



004635⁰⁵

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO**

**FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES
DIVISION DE ESTUDIOS DE POSGRADO**

**TIEMPO POLITICO Y MOVIMIENTOS ARMADOS.
EL FMLN EN EL SALVADOR 1970 - 1992**

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:
MAESTRA EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
P R E S E N T A :
IRENE SANCHEZ RAMOS



CIUDAD UNIVERSITARIA

SEPTIEMBRE 1997

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

***A Edgar, porque desde que fui capaz de escuchar
que me decía: "¿Te has preguntado qué son esas
cosas que brillan allá arriba?" no tuve otra opción
más que alzar la mirada para tratar de contestarle.***

***A Mariana, mi niña de largos silencios, mi pequeño
unicornio azul, que me llevó a enfrentar el reto de
no extraviarlo.***

Por supuesto, para Mi Hulk porque me enseñó a soñar; y para mi Cuan porque me enseñó cómo se construyen los sueños.

A ambos, porque sólo juntos pudieron hacer un todo.

A doña Carmelita, viajera de siempre y sirena que pertenece al mar. Una niña que al igual que a doña Lolita un día les ganó el amor y, sin saberlo, formaron con el corazón un clan.

No me lo explico pero no pude armar una dedicatoria como debe ser. Recuerdo que en 1982 me resultó fácil, pero en 1997 ya no tanto. Tal vez porque demasiada agua ha pasado bajo los puentes en todos estos años. Por ejemplo, no se cómo decirle a mi Concho cuánto me formó su amor a los libros y el haberme enseñado a disfrutar a Ravel a oscuras; o decirle a Liliis que nadie como ella ha sido mi cómplice, mi confidente, en fin, mi hermanita. Pero, bueno, tampoco con mi Cachá logré organizar mis ideas para decirle que sus bromas, sus maldades y sus ocurrencias están en mis recuerdos y ahora más que nunca las extraño y las necesito; y a Yolanda, decirle que siempre me es muy grato verla, aunque sea cada año como a las mariposas Monarca que la visitaron en su infancia. Después pensé que también era difícil decirle a mi Fos que con sus ácidas bromas siempre me dijo, y me dice, verdades irrefutables y que me encanta ver que desde su campo, sigue queriendo cambiar al campo; y difícil también era decirle a Adalita que no he sabido cómo agradecerle el cariño y la confianza que me mostró al pensar que yo podría ser una buena madrina. Cuando pasó a ordenar lo que podría decirle a mi Mec, la cuestión se complicó porque ingenuamente él cree que es alumno y no sé como hacerle entender que en realidad es mi maestro, mi parámetro, mi referente; y a Lourdes porque tampoco he sabido decirle que los códigos ocultos de esta familia tan rara son tan complementarios como lo son las ciencias de la naturaleza y las del hombre. Y cuando pasó a mi Maus, no logré hilvanar algo coherente para decirle que, siendo el más pequeño, tal vez tuvo que soportar algunos celos infantiles, pero sin duda ahora concentra todo lo que quisieramos ser...y hacer; y qué decirle a Amanda, una mujer que sabe combinar sensibilidad, inteligencia y madurez, todo ello sin perder la frescura gracias al enorme corazón que tiene.

Y después de ver que necesitaba de más tiempo para organizar todo esto, decidí que mientras tanto podría ponerme a pensar en los clones, a los cuales no quisiera dejar de decirles cuánto los quiero -me refiero, por supuesto, a Julio, Ana, Erika, Sergio, Claudia, Dani, un Licald, Mali y, por si fuera poco, un clon que todavía está guardado. Entonces me percaté que una dedicatoria para tantos era demasiado difícil de redactar.

Así es que, por último, decidí que me resultaba más fácil decirles, simplemente, que soy muy afortunada al ver que la familia que yo he formado está rodeada de todos ellos.

**"los mejores artesanos del mundo"
los que poblaron "Cuscatlán, donde bate la
mar del Sur",
los que "tienen el cielo por sombrero",
los que tienen "un corazón motivado de
esperanza y de razón"
"mis compatriotas, mis hermanos".**

**A ellos, con el mismo respeto y admiración de
siempre
(y con el permiso de Roque por usurpar y mezclar
las dos frases más bellas de aquel poema que
escribió con el corazón)**

TIEMPO POLITICO Y MOVIMIENTOS ARMADOS. EL FMLN EN EL SALVADOR
1970-1992.

TIEMPO POLITICO Y MOVIMIENTOS ARMADOS. EL FMLN EN EL SALVADOR 1970-1992.

Tesis que para obtener el grado de Maestra en Estudios Latinoamericanos presenta Irene Sánchez Ramos.

RESUMEN.

El objetivo de la investigación es brindar algunos elementos teóricos y analíticos susceptibles de ser aplicados al estudio de los movimientos armados en América Latina, tomando como caso a la insurgencia salvadoreña. Se abordan los antecedentes, desarrollo y viraje de la estrategia del movimiento armado en El Salvador y los cambios en el contexto nacional y regional que enmarcaron cada una de estas fases.

La hipótesis principal es que la estrategia del FMLN fue, en su concepción y aplicación, adecuada al contexto político nacional en los años setenta y hasta los primeros años de la década de los ochenta; a lo largo de esta última entró a un proceso de paulatino desfasamiento respecto del contexto debido a los profundos cambios nacionales, regionales y mundiales; y, finalmente, perdió viabilidad al despuntar la década de los noventa.

Si bien la concepción estratégica del FMLN sufrió estas modificaciones, esta organización mantuvo intacto su poder como estructura político-militar. Esta situación permitió a la insurgencia realizar el viraje estratégico en 1989 trasladando su acumulación política a la mesa de negociaciones.

La investigación abarca hasta 1992, año en que se firman los Acuerdos de Paz entre la insurgencia y el gobierno salvadoreño, con lo cual el FMLN se convierte en partido político y se despoja de su carácter político-militar.

TIEMPO POLITICO Y MOVIMIENTOS ARMADOS. EL FMLN EN EL SALVADOR (1970-1992).

INTRODUCCION. I

CAPITULO I EL DEBATE SOBRE LA VIA DE LA REVOLUCION. DEFINICION DE LA ESTRATEGIA. 1

1.1. El debate latinoamericano.	1
1.2. La ruptura en la izquierda: los ejes del debate en el Partido	6
1.3. El contexto nacional del debate. Deterioro del régimen y crisis económica.	14
1.4. Se gesta un movimiento popular de nuevo tipo.	18
1.5. Los primeros núcleos político-militares.	22
1.6. Los frentes de masas en la concepción general estratégica.	29
1.7. La estrategia político-militar.	32

CAPITULO II. ENTRE LA TEORIA Y LA PRACTICA, LA REALIDAD. 37

2.1. Del desgaste del modelo de dominación a la crisis.	45
2.2. Estructura organizativa y concepción político-militar: los frentes de masas y los primeros pasos de construcción de la fuerza armada.	52
2.3. Octubre 1979-marzo 1980: una coyuntura de definición.	55
2.4. Las fuerzas revolucionarias ante la opción de poder.	60

CAPITULO III. LOS FACTORES DEL DESFASE DE LA ESTRATEGIA. LAS RAZONES DEL VIRAJE. 68

3.1. Dos proyectos frente a frente.	74
3.2. Enero de 1981: una ofensiva sin insurrección.	84
3.3. La estrategia norteamericana: un actor de primer orden.	89
3.4. En busca de una nueva institucionalidad.	93
3.5. El panorama regional se transforma.	101
3.6. El movimiento popular emerge con una cara distinta.	105

CAPITULO IV. LA DIALECTICA ENTRE LO POLITICO Y LO MILITAR. LOS PASOS DEL VIRAJE. 113

El manejo de lo político y lo militar en el FMLN: una periodización tentativa.	115
4.1. 1970-1980: movimiento popular y autodefensa.	118
4.2. 1981-1986. La guerra en el centro.	121
4.3. 1986-1989: un mismo esquema para una situación distinta.	127

CAPITULO V. EL FIN DE UNA GUERRA SIN INSURRECCION. CONSOLIDACION DEL VIRAJE.	139
5.1. Ofensiva de noviembre de 1989: insurrección popular, de nuevo la gran ausente.	139
5.2. Noviembre de 1989: convencimientos mutuos.	146
5.3. 1989: se consolida el viraje estratégico.	152
5.4. Enero 1989: una propuesta inusitada, primera evidencia del viraje.	164
PARA INICIAR EL BALANCE.	174
BIBLIOGRAFIA	183

INTRODUCCION.

Los procesos sociales están hechos de pequeños acontecimientos. Las grandes derrotas y las grandes victorias de los proyectos que la sociedad se plantea en una coyuntura dada están formadas de un sinnúmero de actos de la vida cotidiana que van creando proyectos personales, familiares, de grupo, sociales; estos proyectos individuales involucran un conjunto de decisiones que no siempre son considerados relevantes para el análisis. Sin embargo, son esos invisibles procesos de toma de decisiones los que en coyunturas precisas se constituyen en la base del movimiento que ejerce una sociedad.

¿Qué otra cosa es, si no, la decisión colectiva para crear o formar parte de una organización y lograr así fines políticos? ¿No es acaso una insurrección popular (para mencionar uno de los fenómenos políticos más intensos) la confluencia de innumerables decisiones personales?

Sin duda, en la cotidianidad están presentes las múltiples influencias del contexto. Un acto de decisión individual -aun cuando sea de manera inconsciente- tiene un ingrediente de libertad personal, pero también está determinado por el tipo de sociedad en que vive el individuo y, más aún, por el momento (sea crítico o no) por el que atraviesa esa sociedad. Los procesos, pues, están conformados por actos individuales y colectivos que se entrelazan y condicionan mutuamente. Separarlos es parte del método para estudiarlos; enfatizar en uno de ellos, forma parte del proceso analítico; sin embargo, invalidar a cualquiera de ellos en función de privilegiar a uno solo, sería desconocer que la historia se

II

construye tanto por la acción del individuo como por la acción colectiva, social.

El presente de El Salvador tiene la cara de su pasado, sobre todo de su pasado reciente. La década de los años setentas y, sobre todo, la década de los años ochenta constituyen el hoy de ese país y, en gran medida, su futuro. Es una historia -como la de cualquier otra formación social- que está armada a partir de pequeñas historias cotidianas, muchas de ellas cristalizadas en relatos, crónicas, novelas, cuentos, entrevistas; muchas otras, latentes en la memoria de todos y cada uno de los protagonistas anónimos. No es mi tarea rescatarlas en estas páginas, aunque debo confesar que me hubiera gustado. Sin embargo, todas y cada una de ellas en cierta forma estarán reflejadas. La historia del proceso salvadoreño se nutrió de innumerables actos del acontecer cotidiano. Si éste no se ve reflejado en el escrito, no significa que esté ausente. Simplemente, este espacio es demasiado breve para dar cabida a todas esas pequeñas historias individuales que hicieron posible la Historia de los años ochenta en El Salvador.

• • • • •

Al finalizar la década de los ochentas el tema de la revolución vuelve a estar en la mesa del debate. Pero a diferencia de otros periodos, las grandes transformaciones mundiales que se sucedieron una tras otra a lo largo de la década, hicieron que el debate ahora tuviera un punto de referencia distinto. Si en los sesentas la izquierda latinoamericana discutió -por decirlo de manera general- básicamente alrededor de cuál era la vía idónea

III

para hacer la revolución (la armada o la no armada); y luego, en los setentas aquellos que se mantenían a favor de la vía armada, discutieron sobre nuevas formas estratégicas para conducir ésta; en el ocaso de los años ochenta lo que se puso en cuestión fue la revolución misma.

Con el telón de fondo del derrumbe del socialismo real y el avasallador avance de un capitalismo que se renovaba, la revolución como proceso de cambio social drástico y profundo quedó tan cuestionada como cuestionados sus métodos para realizarla. En este marco, si la revolución se haría a través de las armas o no, resultaba algo irrelevante; lo que estaba en el centro del debate era si la revolución tenía vigencia, más allá de cómo había que hacerla.

Después de todo, la primera revolución en el mundo había mostrado su debilidad como alternativa al capitalismo; y, en América Latina, la primera revolución socialista, la cubana, se mantenía -según decían- tan sólo por la terquedad de su líder y el autoritarismo de su régimen; mientras, por su parte, los revolucionarios nicaraguenses enfrentaron en los resultados electorales la evidencia de que eso que llamaban revolución sencillamente no podía ser. Todo esto formó parte de los argumentos que supuestamente mostraban que la revolución era una reliquia del pasado, reforzados además por la evidencia de que el sistema que la revolución quería cambiar más bien se renovaba y fortalecía.

Para buena parte de la izquierda, los datos que esta realidad imponía le llevaron a pensar que, en efecto, quizá la revolución había quedado atrás. Pero para otros, esos mismos datos fueron asumidos como la prueba más clara de que era necesario re-pensar

IV

las cosas de nuevo: formas, métodos, análisis, concepciones, discursos, visiones y encuadres políticos, con el único fin de demostrar, primero, que la revolución seguía vigente porque era necesaria, aún más en sociedades claramente injustas y excluyentes como las nuestras y, segundo, que sólo sería viable si ese proceso de reflexión sobre lo que había pasado en el mundo y hacia dónde se encaminaba éste se realizaba con seriedad, profundidad y, sobre todo, imaginación.

El debate hoy continúa pero quizá, a diferencia de los primeros años de la actual década, con un ánimo menos pesimista por cuanto la reflexión sobre lo sucedido en los años ochenta ha encontrado explicaciones, consolidado algunas certezas y, claro, abierto nuevas dudas y mantenido otras.

Decíamos párrafos arriba que si la revolución misma estaba en cuestión, obviamente los métodos para realizarla también. En este orden de cosas, lo que más críticas ha recibido -desde incluso cualquier posición política- ha sido la vía armada. Si las insurgencias al finalizar los años ochenta estaban aceptando la negociación y el desarme, no había mejor prueba de que las armas dejaban de ser un método viable, sobre todo cuando una de las insurgencias, la salvadoreña, que había mostrado poseer una enorme fortaleza, había aceptado la negociación con el gobierno al que combatió durante diez años. La opinión más generalizada fue que, en efecto, cualquier intento de tomar las armas para impulsar el cambio social estaba destinado al fracaso y, por tanto, quienes todavía las usaban debían asumir los nuevos cambios mundiales, mientras que los que pensarán en tomarlas debían desistir de hacerlo. La vía armada estaba muerta y enterrada.

V

Presento de manera general esto porque fue en el marco de este ambiente que decidí que me era necesario re-pensar el proceso salvadoreño. No cansaré al lector describiendo los pormenores del camino que finalizó en este escrito, sino más bien abordaré algunas de las cuestiones a las que hasta aquí he llegado y que dan contenido a estas páginas.

* * * * *

El salvadoreño es un proceso revolucionario que no triunfó, pero tampoco fue derrotado. Hasta ahora los estudios sobre la revolución habían tenido frente a sí movimientos triunfantes o movimientos derrotados y para cada uno había explicaciones sobre el porqué habían concluido de una u otra forma. En el caso salvadoreño la modalidad con la cual se llega al fin de una etapa no resultaba tan clara, sobre todo porque la salida negociada ni fue una tabla de salvación, ni el proceso negociador fue exclusivamente para determinar la modalidad de desarme de la insurgencia. En efecto, los Acuerdos de Paz introdujeron importantes modificaciones en el sistema político salvadoreño y, por cierto, una insurgencia derrotada no habría sido capaz de impulsarlas en la mesa de negociaciones. Pero, al mismo tiempo, esas transformaciones que quedaron plasmadas en los Acuerdos estaban muy lejos de tener la profundidad que se plantearon como meta los revolucionarios salvadoreños desde la década de los años setenta.

Así es que pareciera, entonces, que para El Salvador no podíamos quedarnos sólo con la idea de una revolución derrotada o con la idea de una revolución victoriosa. El eje que tomé para

VI

tratar de entender esto fue el de la estrategia bajo la cual el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) surgió, desplegó su inserción con el movimiento popular e impulsó el proceso en su país. Es a partir de la estrategia insurgente que esta investigación se desarrolló.

Cada una de las cinco organizaciones que formaron el FMLN nació bajo una concepción político-militar para impulsar la vía armada. Esta concepción tuvo como punto de partida la crítica a la concepción "foquista" de las guerrillas en los años sesenta según las cuales el proceso revolucionario sería impulsado a partir, precisamente, de un "foco" guerrillero que desde la montaña iniciaría el trabajo político-organizativo en las fuerzas sociales llamadas a convertirse en los sujetos de la revolución. Como veremos en este escrito, las organizaciones político-militares en El Salvador definieron en los años setenta que el camino de la revolución tendría que seguir un esquema distinto. El nuevo debería integrar la fuerza militar y la fuerza política en un mismo proceso.

Así, con una concepción político-militar, las organizaciones armadas salvadoreñas desde los años setenta se plantearon como objetivo tomar el poder para, desde él, reconstruir al país en un sentido revolucionario. El camino por el que la concepción político-militar los llevó, hizo posible impulsar y dirigir a uno de los movimientos de masas más impresionantes y sólidos de toda la historia salvadoreña y -me atrevería a decir- también de América Latina. Desde mi punto de vista, la concepción estratégica de las organizaciones armadas fue uno de los elementos clave para el desarrollo de ese poderoso movimiento de masas que convulsionó a la

VII

sociedad entera; también fue la concepción estratégica con la que las organizaciones político-militares se insertaron en el movimiento de masas, la que permitió que ese vínculo fuera firme y, aun con altibajos producto del desarrollo de los acontecimientos, se mantuviera constante a lo largo de todo el proceso de lucha.

Creo que este sólo aspecto -la modalidad organizativa bajo la concepción político-militar- es en sí mismo un tema a analizar, tarea que, por cierto, no asumí aquí más que de manera muy superficial, aunque la considero una veta que deberíamos abordar a profundidad. De este amplio tema, yo tomo como mi punto de partida el que la estrategia de la insurgencia salvadoreña, bajo la concepción político-militar, tenía como objetivo último la toma del poder para transformar el país en un sentido socialista.

¿Era viable alcanzar ese objetivo? Según lo desarrollo en este trabajo, sí lo fue hasta un periodo del proceso; más tarde se fue desfasando, hasta llegar a un punto en que, entonces sí, se hizo inviable. La explicación de este camino desde lo posible hasta lo inviable sólo puede entenderse si volteamos la mirada hacia el contexto. Ninguna estrategia política (sea armada o no) podría evaluarse sin la necesaria comparación con el contexto que pretende modificar (o, en todo caso, mantener). Tiempo político y estrategia son dos partes de un todo.

El proceso entre la eventualidad del triunfo y la inviabilidad del mismo se desarrolló en tres fases. Previo a ellas se dio un periodo de preparación que corre desde la fundación de las organizaciones político-militares en los primeros años de la década de los setentas, las cuales inician el trabajo de inserción en el movimiento popular; en 1977 el fraude electoral contra la oposición

VIII

democrática propicia la concentración de elementos políticos que profundizarán la crisis política del régimen salvadoreño. En efecto, la opción electoral queda definitivamente cerrada en ese periodo, lo cual -como lo desarrollaremos- genera el crecimiento impresionante de las organizaciones político-militares. La crisis política en el país se profundiza paralelamente al fortalecimiento del proyecto revolucionario. Tras el fracaso de la opción reformista liderada por los jóvenes militares golpistas del 19 de octubre de 1979, la revolución vivirá la prueba de fuego: mostrar vocación de triunfo.

La primera fase, así, la ubico entre el periodo inmediatamente posterior al golpe de Estado de octubre de 1979 y hasta la ofensiva general del FMLN de enero de 1981. Al iniciar 1980 El Salvador vivió una situación revolucionaria en el sentido más clásico del término. Crisis política, crisis económica, crisis en la clase dominante, todo lo cual estaba acompañado de una incuestionable fortaleza del proyecto popular. En los primeros meses de 1980 existe un evidente "ánimo insurreccional" en una gran franja de la sociedad, el cual no se corresponde con una fuerza equivalente en el plano militar. Las organizaciones político-militares valoran que esta situación no es la adecuada para el asalto al poder, pues al no contar con suficiente fuerza en lo militar el pueblo insurreccionado no tendría garantizada su defensa ante una previsible masacre por parte del ejército. En resumen, entre enero y agosto de 1980, el factor militar estaba insuficientemente desarrollado, mientras la insurrección popular aún era posible. Más tarde, en enero de 1981, el FMLN inicia la ofensiva insurgente en condiciones que el movimiento popular estaba en una fase de reflujo

IX

después de la tremenda represión desatada contra él. La insurrección prevista por el FMLN no se presentó. Por segunda vez no logran empatar guerra e insurrección, los dos factores del binomio que el FMLN mantendrá como el esquema que llevaría al derrumbe del régimen y, en consecuencia, al triunfo de la revolución.

La segunda fase está ubicada entre la instalación de la guerra y hasta 1986. La ofensiva de enero de 1981 no logra su objetivo de toma del poder pero permite la instalación de los Frentes de Guerra de la insurgencia. Durante este periodo, con la guerra en curso, el FMLN logra alcanzar altos niveles de desarrollo militar desarticulando todos y cada uno de los planes contrainsurgentes del ejército salvadoreño que desde el inicio estuvo apoyado y asesorado por el gobierno de Estados Unidos. El esquema guerra-insurrección se mantiene vigente para la insurgencia. Pero -y aquí entramos a un aspecto crucial- en forma paralela al desarrollo de la guerra, la clase dominante salvadoreña inicia un proceso lento, paulatino, pero sostenido de recomposición interna. Impulsa un esquema tendiente a construir una nueva institucionalidad y ésta va afianzándose con cada proceso electoral. El contexto va cambiando y la estrategia insurgente, elaborada al calor de las condiciones políticas concretas de los años setentas, va desfasándose también paulatinamente. Y si a nivel nacional la situación estaba cambiando, también en la región se iban produciendo modificaciones. Más tarde, al finalizar la década de los ochentas esos procesos paralelos se unirán y se agregarán a los cada vez más evidentes cambios que vivía el mundo.

X

Mientras tanto, en 1986, en una histórica reunión de la Comandancia General del FMLN, se valora que la revolución cuenta indiscutiblemente con la fuerza militar que la sustente; el factor insurrección se encuentra en un bajo perfil, de modo que debe ser fortalecido en función de empatarlo con el poderío militar. Sin embargo, el contexto, decíamos, ya era distinto. Mientras que, por su parte, el movimiento popular -con todo y mantener el vínculo con la insurgencia- era muy diferente al que protagonizó las grandes movilizaciones al despuntar los años ochenta. En cuanto a composición, intereses, demandas y liderazgos, el movimiento popular que resurge hacia 1986 quizá podría seguir manteniendo su fuerza y presencia, pero ya no tenía como horizonte cercano la insurrección. Bajo estas condiciones, la estrategia del FMLN se desfasó del contexto. La posibilidad del triunfo de la revolución se alejaba.

Llegamos así a la tercera fase. En noviembre de 1989 la insurgencia despliega una de las ofensivas más impactantes de toda la guerra. Los llamados a la insurrección caen en el vacío y lo que queda claro en ese momento -sin dejar lugar a duda alguna- es que la insurrección popular ya era, a esas alturas del proceso, algo imposible. La estrategia revolucionaria tal como fue concebida desde los años setentas, había perdido viabilidad. La toma del poder ya no era posible, al menos no bajo la concepción y con los objetivos que las organizaciones político-militares habían pensado.

Aquí me parece necesario ya plantear una puntualización. La estructura organizativa político-militar conocida como FMLN no fue derrotada; sin embargo, su estrategia se fue desfasando del contexto que le dio sentido, hasta que, en virtud de esto, se hizo

XI

inviabile. Momento político y estrategia son los dos elementos que entrelazados permiten entender el aparente contrasentido que encierra esta afirmación. La estrategia de la revolución no cuajó en el momento en que las condiciones del contexto eran favorables al triunfo; se fue desfasando en la medida en que el contexto cambiaba, hasta llegar al momento en que una victoria revolucionaria bajo el mismo esquema estratégico entró al terreno de lo imposible. Ahora bien, en tanto que las estructuras organizativas se mantuvieron prácticamente intactas, el hecho de que la estrategia se alejara de la victoria permitió resguardar la acumulación política y militar e impulsar así un proceso hacia la creación de condiciones distintas donde la revolución volviera a ser un objetivo realizable.

En este orden de cosas, el FMLN tiene la capacidad de realizar lo que aquí he llamado el viraje estratégico en condiciones no de derrota, sino sobre la base de todo el potencial político y militar acumulado. En la base de la aceptación por parte del FMLN de que la negociación política se había convertido en el nuevo terreno estratégico, estuvo la convicción de que las condiciones nacionales eran ya distintas y que el viraje era una necesidad a fin de no desacumular la potencialidad político-militar que había logrado la revolución. Por supuesto que esto produjo reacomodos de grandes dimensiones y en todos los sentidos. En primer lugar, entender que el esquema guerra e insurrección debía ser abandonado obligó a una articulación distinta entre objetivos, métodos organizativos y acciones; en términos de concepción, llevó a la reformulación de lo que se entendía por cambio revolucionario y de la vía para impulsarlo.

XII

El proceso revolucionario salvadoreño, en este sentido, tiene particularidades inéditas. La estructura organizativa que lo impulsó y condujo no fue derrotada; la estrategia que le sirvió de marco se desfasó y se hizo inviable. La conjunción de estos dos factores, sin embargo, permitió que esa misma vanguardia con toda la acumulación de la que fue depositaria, jugara un papel protagónico en la apertura de un nuevo periodo político que se definió en la mesa de negociaciones instalada en 1990 y fue puesto en marcha a partir de 1992 con la firma de los Acuerdos de Paz.

Este conjunto de ideas han quedado estructuradas en este escrito de la siguiente manera. Los Capítulos I y II abordan lo que podríamos considerar los antecedentes tanto de la formación de las organizaciones político-militares, como de la crisis política en el país. En el Capítulo III abordo el elemento que me parece medular en el desfase de la estrategia del FMLN: los diferentes aspectos del contexto nacional y regional que fueron transformándose. El Capítulo IV tiene como eje, basándome en una periodización, la forma en que el FMLN manejó a lo largo del proceso la relación entre lo político y lo militar y que, desde mi punto de vista, da cuenta de su capacidad para ir detectando los cambios en el contexto; ello estaría en la base del viraje de la estrategia que se realizará hacia 1989. Finalmente, en el capítulo V abordo las razones concretas que llevaron a la consolidación del viraje de la estrategia.

* * * * *

Aun cuando sea de manera general, no quisiera dejar fuera algunas reflexiones que, desde el proceso revolucionario

XIII

salvadoreño, podríamos hacer de cara a América Latina. En la actualidad, se mantiene casi como verdad irrefutable que la vía armada para provocar los cambios sociales ha quedado totalmente descartada. Desde cierta perspectiva, la actual renovación del sistema capitalista y la derrota del sistema socialista son los argumentos contundentes que sustentan dicha afirmación. En un mundo globalizado, se dice, sólo la nostalgia de algunos podría impulsar el surgimiento de movimientos armados pero, en el caso de que así sucediera, la nueva época a la que ha ingresado el mundo no augura en ningún modo que esas experiencias puedan triunfar.

El problema es el siguiente. De nueva cuenta, tiempo político y estrategia deberían funcionar para considerar la pertinencia o no de una eventual apertura de un ciclo nuevo de luchas armadas en América Latina. Los movimientos armados revolucionarios -y me refiero aquí a los que rebasarían el adjetivo de grupúsculos- no se forman como producto del capricho individual o del ansia de aventura de unos cuantos. Tienen, por el contrario, su origen en lo más profundo de las condiciones de miseria, opresión y exclusión de modelos económicos y políticos que en mayor o menor medida deben recurrir al expediente del autoritarismo o de la simple y llana represión para sostenerse. Cuando tomar las armas es verdaderamente el último recurso para cambiar un estado de cosas insoportable, esa decisión deja de ser tomada por unos cuantos para convertirse en decisión colectiva.

Creo que pocos podrían negar que el ingreso a una nueva época ha significado profundas transformaciones en todos los órdenes. Todos y cada uno de los países latinoamericanos han vivido el impacto de los cambios mundiales y eso es evidente. Pero esos

XIV

cambios no se ubican en el terreno de aquellos factores que han propiciado el surgimiento de movimientos armados. Es decir, la pobreza, la falta de espacios para una verdadera participación política, la falta de democracia, la opresión etcétera perviven en América Latina como males endémicos. Y esto no sólo ha dejado de existir como producto de la nueva época a la que ha ingresado el mundo, sino por el contrario se han profundizado.

En tal sentido, sigue vigente el caldo de cultivo que ha dado origen a los movimientos armados en nuestra región, por más que de manera simplista se aduzca que eso es cosa del pasado. En tanto la posibilidad de un resurgimiento de movimientos armados esté presente -más allá de la voluntad individual o los deseos personales- creo que lo que deberíamos abordar es la viabilidad o no de esas eventuales experiencias armadas que surjan en el futuro. Para ello creo que es imprescindible asumir que, en efecto, el contexto se ha modificado profundamente y, por tanto, la modalidad estratégica debe contemplar esos cambios.

Una de las hipótesis que manejo aquí con respecto al caso salvadoreño -la referente a qué aspectos del contexto nacional y regional influyeron en el desfase de la estrategia político-militar- podría servir de punto de partida para la reflexión acerca de qué tan viable podría ser una experiencia armada en las nuevas condiciones latinoamericanas. No tengo los elementos para intentar siquiera responder a esta interrogante. Pero sí podría afirmar que los movimientos armados en la América Latina de fines de siglo no podrían pensar en alcanzar sus objetivos si su concepción estratégica es esencialmente la misma que manejaron las organizaciones político-militares. Mucho menos las concepciones

XV

foquistas tendrían ahora un mínimo de viabilidad; ese esquema estratégico mostró sus limitaciones hace mucho tiempo. Ambas se agotaron como modalidades estratégicas.

Hoy, América Latina como ninguna otra región es un espacio que contiene experiencias vivas que podrían ser analizadas en función de proyectar qué estrategia superaría a la político-militar, así como ésta, a su vez, superó a la estrategia foquista. En efecto, en América Latina perviven movimientos armados (Perú, Colombia) cuya concepción estratégica puede ubicarse en el periodo histórico anterior; existen también movimientos armados que apuntan algunas novedades, como es el caso del EZLN en México. Quizá las experiencias que hoy existen, más las que concluyeron tras un proceso de negociación (Guatemala, El Salvador, Colombia), podrían darnos luces sobre las que quizá podrían surgir en el futuro.

XVI

* * * * *

Todo proceso de investigación nunca es, en estricto sentido, una labor solitaria. Desde que se elige el tema y hasta que se intenta ordenar palabras, frases y párrafos para convertirlos en capítulos y finalmente en un texto que se entregará para ser leído por otros, invariablemente está la compañía de un gran número de personas. En mi caso, he tenido la fortuna de formar parte desde hace muchos años de la comunidad del Centro de Estudios Latinoamericanos, con cuyos profesores el intercambio de ideas, el debate y el compañerismo han podido mezclarse desde siempre gracias a que nuestro objeto de estudio, América Latina, es también nuestro objeto de esperanza, cariño y preocupación. A todos ellos, mi agradecimiento por haber hecho que mi labor individual adquiriera un sentido distinto.

Desde aquellos remotos tiempos en que llegó a México, Víctor Ferrigno -que según su pasaporte, es guatemalteco, pero que en realidad es latinoamericano- me regaló muchas y largas sesiones donde el debate combinó información, experiencia concreta, método y, sobre todo, mucho corazón. A él agradezco el regalo de su amistad y que ésta se mantenga a pesar de la distancia.

El Dr. Lucio Oliver me ha animado siempre a enfrentar retos que yo creía inalcanzables. Siempre espléndido, Lucio ha compartido su amistad, su visión latinoamericanista y sus ideas conmigo, incluso a través del ciberespacio.

Damelys López, Gloria Carrillo y Elizabeth Valencia -colegas, compañeras y, sobre todo, amigas- con quienes he compartido ideas, sueños, experiencias, desencantos y triunfos. Saber que cuento con ellas me alienta permanentemente.

XVII

El Dr. Eduardo Ruiz, asesor de esta tesis, tuvo la paciencia de escuchar las dudas, alentar los avances y debatir las ideas que se me fueron presentando a lo largo de esta investigación. A él agradezco el haberme brindado su tiempo y su conocimiento sobre la Patria grande.

Por último, pero no por ello menos significativamente, debo agradecer aquí la invaluable y muy especial ayuda de la Dra. Iliá Jiménez, una profesionista que nunca separa razón y sensibilidad y a quien siempre he visto como una de mis mejores maestras. Lo que ella me ha aportado es un conocimiento que cargaré en todas las maletas que me vea precisada a hacer de aquí en adelante.

CAP. I EL DEBATE SOBRE LA VIA DE LA REVOLUCION. DEFINICION DE LA ESTRATEGIA.

1.1. El debate latinoamericano.

Podemos ubicar dos grandes momentos del debate latinoamericano en torno a la revolución. El primero de ellos se desarrolló en los años inmediatamente posteriores al triunfo de la revolución cubana; el segundo, hacia la segunda mitad de los años sesenta. Agregaría un tercero -que sólo de manera implícita forma parte de los objetivos de este escrito, pero que es necesario mencionar-: el debate que sobre la revolución en nuestro continente se generó en las postrimerías de los años ochenta.¹

El fenómeno cubano fue asumido por los revolucionarios latinoamericanos como una prueba fehaciente de que el Socialismo era una meta viable, de que el triunfo sobre el Capitalismo era posible y que ello dependía de la capacidad de asumir las riendas del poder, el cual, por lo demás, se tomaría a través de las armas. Bajo una óptica en gran medida simplista y, en última instancia, superficial sobre los reales alcances y limitaciones de la experiencia cubana, se concluyó que estaban dadas las condiciones objetivas continentales para la revolución. Asimismo, y en tanto la revolución debía ser rural, se asumió al "foco guerrillero" como el método correcto para iniciar la revolución.

¹ Es interesante anotar que en este debate más reciente se cuestiona incluso a la revolución misma. En los años sesenta la discusión gira en torno, principalmente, a **la vía** y, en algunos casos, respecto de **los objetivos**, pero la revolución no se pone en duda. Por el contrario, ella es el punto de partida. En los años ochenta, sin embargo, para muchos fue necesario argumentar incluso sobre la vigencia y necesidad del cambio revolucionario en nuestros países.

El debate sobre el futuro de la revolución tuvo como punto de partida el cuestionamiento a la concepción tradicional sobre la estrategia de lucha de los Partidos Comunistas pero también las de las organizaciones sindicales y del movimiento popular en general.

La concepción gradualista de la lucha enarbolada por los PC era tachada por sus críticos de reformista. Tal concepción se basaba en la idea de que era necesario impulsar a fondo las contradicciones del capitalismo (asumiendo el carácter dependiente de éste) puesto que eso crearía las condiciones para la lucha revolucionaria con objetivos socialistas. Una de las prácticas derivadas de esta visión, y que fue el blanco de las críticas más fuertes, se refería al tipo de alianzas que los PC se plantearon: al hacer la distinción al interior de las clases dominantes entre sectores ligados a los monopolios extranjeros, y sectores cuyo espacio económico privilegiado era el territorio nacional -razón por la cual entraban en contradicción con aquéllas-, las dirigencias partidarias decidieron aliarse con estas últimas, en muchos casos aduciendo que por esa posición en el espectro de fuerzas dominantes mundiales, las burguesías nacionales tenían una visión "nacionalista" del desarrollo.

Cabe añadir que, no obstante que esta decisión fue asumida como parte de un movimiento táctico -en función de crear condiciones para la revolución- en realidad acabó por convertirse en una tarea estratégica. En efecto, la construcción de alianzas se fue convirtiendo en un fin en sí mismo; en ese sentido, profundizar tales alianzas y, sobre todo, mantenerlas, fue llevando a los PC a

asumir decisiones políticas frente al movimiento obrero que en poco abonaban a la "creación de condiciones" para la revolución.

La crítica de fondo a la concepción "gradualista" era que ésta funcionaba a la zaga del proceso de desarrollo capitalista, es decir, dependía del ritmo que éste llevara -lo cual significaba ir siempre detrás de la política impuesta por los sectores dominantes- y no de los ritmos, tiempos y objetivos que se plantearan los revolucionarios. Una de las críticas interesantes a esa concepción, fue precisamente que la lucha revolucionaria debía desligarse del proceso que llevaba el capitalismo en nuestros países y, por el contrario, era necesario crear condiciones que fueran llevando a un rompimiento real con éste. La revolución, entonces, debía crear las condiciones de su propio desarrollo, para lo cual era imprescindible independizarse del proceso que imponían las burguesías nacionales.

En este marco de crítica y en base a un análisis sobre la revolución cubana no exento de esquematismos y superficialidad, se derivó que la revolución era un "hecho inevitable" y que la lucha guerrillera era la alternativa.

Sin embargo, a fines de los años sesenta las grandes previsiones sobre la agudización de la crisis del modelo capitalista latinoamericano no se habían cumplido, no obstante la creación de focos guerrilleros en diversos países de la región. Y no es que los índices nacionales no mostraran un serio deterioro de las economías latinoamericanas. De hecho, como se verá pocos años después, el modelo económico iniciado en la posguerra entraría en un paulatino estancamiento hasta llegar a un franco agotamiento a

fines de los años setenta. Pero lo cierto es que la ola revolucionaria en los albores de la década de los sesentas no afectó en su esencia el funcionamiento global de los sistemas económicos y políticos latinoamericanos.

Entre la primera y la segunda mitad de la década de los sesentas el panorama político latinoamericano había dado un viraje importante: de la revolución cubana a la trágica muerte del Che en Bolivia, América Latina transitó de la esperanza por el cambio social a una realidad regida por los golpes de Estado, los regímenes contrainsurgentes y la Alianza para el Progreso.

Era evidente en esos años que la etapa de ascenso revolucionario en América Latina había llegado a su fin, mientras que la contrarrevolución ganaba espacios y se consolidaba en todo el continente. Las diversas experiencias guerrilleras iniciadas bajo el influjo de la revolución cubana habían sido derrotadas o, al menos, neutralizadas. Los intentos guerrilleros en Brasil, Venezuela, Perú, Paraguay, Argentina y otros países, fueron aniquilados, aunque en algunos casos como en Nicaragua, Guatemala, Colombia, las estructuras insurgentes sobrevivieron con un muy bajo perfil durante varios años.

En efecto, tras la oleada revolucionaria, el panorama latinoamericano cambió drásticamente: la sucesión de golpes de Estado (Brasil, Guatemala, Ecuador, Bolivia, Argentina), la contundente presencia norteamericana ejemplificada con la invasión a República Dominicana y la represión a diversos movimientos populares, fueron algunos de los sucesos relevantes que mostraban una coyuntura de evidente descenso del fenómeno revolucionario. No

es el caso pormenorizar aquí las razones de dicho descenso (Bambirra, 1975), pero lo cierto es que en él influyeron tanto factores referentes a las propias limitaciones de la concepción estratégica (foquismo), como a la capacidad de despliegue contrainsurgente de los gobiernos latinoamericanos en el marco de la política norteamericana (Maira, 1990; Flores Pinel, 1980).

Es durante este periodo de reflujo que la izquierda latinoamericana inicia de nueva cuenta el debate sobre la revolución. Al igual que unos años antes, nuevamente el eje de la discusión es la vía de la revolución, pero ahora estarán incorporadas las experiencias guerrilleras foquistas como un elemento más que enmarcará el contexto. Para buena parte de la izquierda, la reciente derrota de las experiencias armadas servirá como argumento contundente para mostrar que la vía armada no era la estrategia correcta; para otros, el análisis de las causas de dicha derrota deberá ser la plataforma para reconsiderar métodos, concepciones, formas organizativas y tácticas dentro de la vía armada. En general, el debate con los Partidos Comunistas se mantiene prácticamente en los términos en que enunciábamos arriba, aunque ahora la polémica agregaba en algunos casos la posición crítica de los comunistas respecto de la vía armada basados en las derrotas de las guerrillas foquistas.²

Pero el debate de la izquierda latinoamericana en torno a la vía de la revolución también incluyó, como decíamos arriba, la

² Existe un texto muy interesante sobre este aspecto de la polémica desde una posición que, defendiendo la vía armada, analiza las causas de la derrota de las guerrillas foquistas y debate con la posición contraria a la vía armada que sustenta el Partido Comunista de El Salvador: Cfr. Dalton (1970)

reflexión sobre los factores que propiciaron la derrota de las experiencias armadas de los años sesenta. Esta giró alrededor de dos puntos de debate: la lucha armada como aspecto insustituible sólo en los momentos finales del proceso, es decir, previos a la toma del poder; y la lucha armada como proceso que debía construirse desde ya, en función de crear las condiciones.

Una vez definidas ambas posturas respecto de la vía armada -la que sostenía su inviabilidad y la que recuperaba su vigencia pero bajo formas organizativas distintas- la discusión se concretizó hacia caminos diversos.

1.2. La ruptura en la izquierda: los ejes del debate en el Partido Comunista de El Salvador.

Pocos años después del triunfo de la revolución cubana se abre en El Salvador el debate al interior de la izquierda. Mientras en Nicaragua y Guatemala iniciaban las primeras experiencias guerrilleras, en 1962 el Partido Comunista de El Salvador (PCS) da los primeros pasos de la discusión interna. Su intensidad, sin embargo, sólo crecerá como producto de la propia situación política del país hacia los últimos años sesentas y llegará a la ruptura en 1970.

Podríamos sintetizar el debate al interior del PCS -núcleo más importante de la izquierda hasta principios de los años setenta- alrededor de la existencia de dos tendencias políticas: la hegemónica y que había marcado la línea de acción política, según la cual la revolución era un largo y gradual proceso de acumulación de fuerzas; y otra, que cobró importancia hacia la segunda mitad de

los años sesenta y se le conoció como la "línea integralista", cuya visión del cambio social revolucionario era un proceso sobre el cual una organización política estaba llamada a incidir y, por tanto, habría que combinar distintas formas de lucha armadas y no armadas.

El debate se centró principalmente en la vía de la revolución, es decir, a través de qué camino era posible provocar el cambio revolucionario. Pero tras ese aspecto, se escondían otros que, desde mi punto de vista, no aparecieron de forma clara en ese momento sino hasta los años setenta: la caracterización del periodo, la caracterización del régimen, la forma organizativa (partidaria) y la propuesta organizativa de cara a la sociedad. A la distancia, es posible afirmar que tras la definición de si el cambio social debería ser impulsado en el país a través de la lucha armada o no, se estaban definiendo aspectos globales de la estrategia.

La caracterización del periodo se constituyó en un marco fundamental del debate. En apariencia las dos líneas políticas al interior del PCS aceptaban la necesidad de la lucha armada en el país, aunque aun en este aspecto se dio una discusión alrededor de la inexistencia de condiciones geográficas adecuadas para el desarrollo de la guerrilla. Algunos miembros del PCS cuestionan la viabilidad de la lucha armada en un país como El Salvador cuyas características geográficas eran adversas. La inexistencia de selvas, la pequeñez del territorio, la alta densidad demográfica,

etcétera, eran factores que aparecían en el debate sobre la viabilidad o no de la lucha armada en el país.³

Otro de los temas importantes que apareció en el debate fue ¿cuándo iniciar la lucha armada?. El PCS ciertamente aceptaba a la lucha armada como una vía para la toma del poder, lo cual explica, por ejemplo, la creación del Frente Unido de Acción Revolucionaria que pretendió constituirse en el brazo armado del Partido.⁴ No obstante, el FUAR fue activado en el marco de una estrategia política en la que, en los hechos, la opción armada no tenía cabida. Si según la estrategia del PCS, la ruta de la revolución era un largo camino gradual que buscaría primero, en alianza con la burguesía "moderna", desarrollar a plenitud el capitalismo para después plantearse el cambio revolucionario, la opción armada estaría contradiciendo la implantación del "periodo democrático" de la revolución. Es decir, la propia concepción del cambio

³ En estos años se trabaja la idea de la revolución centroamericana, es decir, la idea de que la revolución triunfaría sólo en una situación de generalización de la lucha a nivel regional. En el caso salvadoreño, la posibilidad de implantar la lucha armada se daría sólo bajo el concepto de "guerra popular regional" donde la retaguardia ("la selva") sería el territorio hondureño, guatemalteco y nicaraguense. A fines de los años setenta esta idea -que, por lo demás, no tuvo un desarrollo exhaustivo- se abandona, sobre todo tras el triunfo de la revolución nicaraguense y el desarrollo de la fuerza militar de la guerrilla salvadoreña. (Harnecker, 1993) El Partido Revolucionario de los Trabajadores, integrante del FMLN, surgió bajo esta idea de "revolución regional".

⁴ Como antecedentes del FUAR se encuentran los "Grupos de Acción" que forma el PCS en 1959 durante la dictadura de Lemus y que tienen la consigna de derrocar al gobierno con las armas e incluso hace llamados a la insurrección. Tras el golpe de Estado que se lleva a cabo para evitar que la caída de Lemus sea producto de la creciente movilización popular, los Grupos de Acción desaparecen. En 1961 se funda el FUAR, el cual desaparece en 1963 sin haber realizado ninguna acción significativa. Puede verse Plataforma Programática del FUAR, en Valle (1993: 191-224)

revolucionario lleva al PCS a la conclusión de que la lucha armada será necesaria después, pero no en esa coyuntura. De ahí la efímera existencia del FUAR: sólo tres años después es disuelto sin haber realizado ninguna acción relevante.

El fracaso de este experimento reforzó a la fracción que, aceptando la necesidad de la vía armada, argumentaba -tras una evaluación del momento político- que aún no existían las condiciones para su despliegue. Para la dirigencia del PCS, el periodo político por el que atravesaba el país requería de la construcción de un "amplio frente democrático, antioligárquico y antimperialista" a partir del cual se fuera acumulando fuerza hasta propiciar una correlación favorable al movimiento de masas. (Lungo, 1986)

De ahí que el Partido movilizara sus recursos principalmente al trabajo con el movimiento sindical y a la construcción de alianzas con la fracción no oligárquica de la burguesía salvadoreña y sectores medios democráticos. En este marco concepcional cobra sentido la formación de la Unión Democrática Nacionalista (UDN) que permitirá al PCS romper en cierta forma con la atadura de la clandestinidad en la que estaba obligado a permanecer desde 1932. La UDN funcionará, entonces, como el brazo legal del Partido y tendrá un papel relevante en la conformación de alianzas amplias, sobre todo en los procesos electorales.

Además de estos esfuerzos organizativos, me parece necesario recuperar el importante papel que jugó el PCS al interior del movimiento sindical. No podemos obviar que dentro de la lógica de su estrategia, el Partido funcionó como un elemento muchas veces

cohesionador y otras tantas generador de organizaciones obreras que, en su momento, y a su nivel, rompieron las barreras del burocratismo, de la dependencia hacia el gobierno de turno e incluso de la represión estatal. En 1948, por ejemplo, impulsa la creación del Comité de Reorganización Obrera Sindical Salvadoreña (CROSS) que se convirtió en un eje aglutinador del movimiento obrero independiente -sobre todo en centros industriales de San Salvador, San Miguel y Santa Ana- en momentos en que la Ley de Conflictos del Trabajo (1946) prohibía el derecho a huelga; más tarde, en la segunda mitad de los años cincuenta y, tras la desarticulación del CROSS, el gobierno salvadoreño tiene "manos libres" para impulsar organizaciones obreras cúpula que le servirán de base de apoyo.

La reactivación que experimenta el movimiento sindical hacia los años sesenta se debe en gran parte al trabajo que hacia esos años retoma la izquierda salvadoreña, entre la que se encuentra por supuesto el PCS. Así, en 1964 se fundan el Comité Unitario Sindical Salvadoreño (CUSS) y la Federación Unitaria Sindical de El Salvador (FUSS), los cuales tendrán un papel relevante en la reconstrucción de un sindicalismo independiente.

Lo que interesa destacar aquí con estos ejemplos es que el PCS tuvo un papel importante en momentos clave del desarrollo del movimiento obrero. Su concepción gradualista de la lucha, aunada al papel estratégico que le otorgaba al proletariado como eje conductor de la lucha, lo llevaron a privilegiar a ese sector. No cabe duda que, además de este aspecto, el PCS hizo importantes aportes en rubros diversos, independientemente de que en sentido

estricto no alcanzara plenamente el objetivo de "crear las condiciones para la lucha de carácter socialista". En un contexto específico y en coyunturas determinadas los comunistas salvadoreños tuvieron una acción destacada. Pero a fines de los años sesenta, como veremos más adelante, la estrategia del Partido era inadecuada para actuar sobre un contexto que exigía formas distintas de organización.

Desde mi punto de vista, probablemente esto ya era percibido al interior del PCS desde mediados de los años sesenta, de ahí la aceptación, en principio, de la lucha armada al tiempo que se mantenía como línea política la gradualidad en el proceso de acumulación de fuerzas. Mientras ésta fuera la línea principal para definir la acción, la lucha armada se mantendría como una eventualidad -necesaria e importante sin duda-, pero no como parte constitutiva del esquema estratégico. En realidad -como siempre sucede en estos casos- afirmar o negar una determinada vía es, en verdad, algo irrelevante puesto que el problema central radica en cuán congruente es en la práctica lo que se asumió desde el punto de vista conceptual.

En otras palabras, lo relevante es el nivel de congruencia que exista entre la estrategia y sus diversos componentes. La adopción de un determinado objetivo estratégico plantea la adopción también de una serie de acciones políticas que tienen (o deben tener) una lógica dentro del conjunto. Por eso es que el FUAR no tuvo, ni podía tener -en el marco de la línea estratégica del PCS-, gran transcendencia. Fue una pieza que no encajó en el todo. Y es por

esa misma razón, aunque en sentido inverso, por la que la UDN jugó un papel de gran importancia.

Ahora bien, para "los integralistas", las características del periodo político que vivía el país obligaban a una redefinición del trabajo político. Como veremos más adelante, las huelgas de fines de los años sesenta (la de los obreros de Aceros, S.A. y las del magisterio), así como el impacto de la guerra con Honduras, estaban conformando una situación de crisis política en el país, frente a la cual debería construirse una alternativa de izquierda hasta ahora inexistente.

Así tenemos que, si bien ambas posturas dentro del Partido aceptaban en principio a la lucha armada, la esencia del debate estaba en profundas diferencias en cuanto a concepción y tiempos políticos, es decir, ¿qué papel jugaría la lucha armada en la estrategia general? y ¿cuándo desarrollarla?. Para la línea hegemónica dentro del PCS la lucha armada fue vista más como la construcción de un aparato armado dentro del Partido que como la construcción de un partido político-militar.

¿En donde estriba la diferencia? Básicamente en la concepción sobre el papel que juega "lo militar" dentro de una concepción política determinada. ¿Ambos aspectos funcionando de manera paralela? ¿Uno sobredeterminando al otro? ¿Los dos fundidos en una misma concepción? A riesgo de caer en un esquematismo burdo -pero con el afán de ilustrar las características generales de la discusión-, podemos afirmar que cada una de estas preguntas aluden a las tres concepciones en debate: la primera fue la opción asumida por el PCS y se concretizó a través del FUAR; la segunda, sintetiza

la opción foquista que permeó a las organizaciones guerrilleras latinoamericanas en los años sesenta; la tercera, iniciada en los primeros años de la década de los setenta, se constituyó en lo que más tarde conoceríamos como organizaciones político-militares.

En la discusión sobre la viabilidad o no de la lucha armada en el país, también las condiciones geográficas salvadoreñas formaron parte de los argumentos contra la vía armada. País pequeño, sin montañas altas o macizos montañosos, con una gran comunicación entre los poblados, El Salvador contravenía todas las condiciones geográficas que -al menos en la visión "foquista" preponderante en los años sesenta- eran requerimientos básicos para iniciar y desarrollar la lucha armada. Más adelante, todas las organizaciones que conformarán el FMLN coincidirán en que, contrariamente a lo que se pensaba, fueron esas condiciones geográficas adversas a la lucha guerrillera las que obligaron a introducir novedades organizativas importantes.⁵ A principios de los años setenta las distancias entre una y otra concepción dentro del PCS se habían hecho a tal grado insalvables que la ruptura interna apareció como una conclusión lógica. Salvador Cayetano Carpio y un pequeño grupo de comunistas deciden abandonar el Partido para iniciar la construcción de una organización política bajo concepciones distintas. Se crea, así, en abril de 1970 la organización Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí (FPL) en la total clandestinidad. Fue ésta la primera organización de "nuevo tipo" en El Salvador, a la cual seguirían otras más en el marco de una estrategia político-militar.

⁵ En efecto, las cinco organizaciones coinciden en que, a falta de montañas, "pegarse a la población" se convirtió en el requisito esencial.

1.3. El contexto nacional del debate.

***Deterioro del régimen y crisis económica.**

El debate político que se realiza en función de construir el futuro requiere, para definir su pertinencia, de contrastarlo con las condiciones globales del momento. Esto así, sobre todo si nos referimos a un debate que, no obstante incluir aspectos teóricos, pretende definir fundamentalmente la práctica, esto es, el camino concreto e inmediato a seguir bajo determinadas condiciones. El debate al interior del PCS ciertamente estuvo influenciado por el momento político latinoamericano; pero la definición del camino propiamente nacional no estuvo separado de lo que en ese momento caracterizaba a El Salvador. Ningún debate fructifica cuando sólo la influencia externa lo dinamiza; en este caso, tuvo resultados prácticos en tanto se definió a partir de la caracterización de la coyuntura nacional, más allá del hecho de que el tema del futuro de la revolución fuese el eje de la discusión entre la izquierda revolucionaria latinoamericana.

¿Cuál era, entonces, el contexto salvadoreño de fines de los años sesenta que propició fuertes, agudas y profundas polémicas dentro del PCS? ¿Qué fue lo que hizo pertinente discutir sobre "el futuro de la revolución salvadoreña"? ¿fue correcta o no la línea opositora al interior del PCS?

En rasgos muy generales -y relevando sólo aquellos aspectos que considero nos acercan a responder las preguntas anteriores- es necesario destacar, en primer lugar, el debilitamiento del grupo dominante como producto de la guerra con Honduras en 1969, los primeros signos de la crisis interna y de la crisis del MCCA, así

como los reajustes políticos nacionales que se dan como resultado de esta situación (Salazar Valiente, 1981; Gordon, 1989). Es posible afirmar que al final de los años sesenta se articulan los principales rasgos de la década siguiente. Hacia la segunda mitad de los setentas, se habrá de configurar una situación revolucionaria, cuyo germen está en las postrimerías de los años sesenta.

Uno de factores característicos de la situación nacional a lo largo de los años setenta es la crisis del modelo de dominación que, ante la presencia de otro factor igualmente decisivo (la acción popular) abrirá una profunda crisis de hegemonía que en el último año de la década llevará a lo que podríamos considerar una situación revolucionaria. (Serrano, 1980)

¿Cuándo se inicia ese proceso acumulativo? Si existe un acontecimiento que definió en lo esencial el rumbo político de El Salvador durante la década de los setentas -y, en consecuencia, el carácter de la crisis que desembocó en la guerra de los años ochenta-, éste fue sin duda la guerra con Honduras en 1969 (o, más correctamente dicho, los resultados que obtuvo el gobierno salvadoreño de esa guerra). Este evento además de ser expresión de la crisis al interior del Mercado Común Centroamericano (con las secuelas en la economía nacional que esto propició), fue también la causa que dio origen al deterioro del sistema político salvadoreño y al reajuste social que experimentó el país durante la década de los setentas.

En efecto, la aventura bélica de los gobernantes salvadoreños desató una cantidad impresionante de consecuencias que resumiremos a continuación (Jiménez, 1974; Dalton, 1974; Gordon, 1989: cap.3)

La guerra entre estos países no fue propiamente la causante de la crisis del MCCA, sino resultado de ella. Como es sabido, el comercio entre El Salvador y Honduras en el marco del MCCA benefició al primero, resaltando y profundizando las históricas desigualdades entre ambas economías* En el plano social, Honduras había sido desde muchas décadas antes la "válvula de escape" para el problema de sobrepoblación de El Salvador. El beneficioso comercio con Honduras fue sólo uno de los aspectos que permitió que el modelo económico funcionara con relativa estabilidad; la otra parte lo constituyó el propio territorio hondureño al cual se desplazaron grandes contingentes de población de la zona norte salvadoreña.

Es decir, el problema de la tierra -en un país con apenas 21 mil km2 y con la más alta densidad de población de toda la región centroamericana- fue un problema que se pudo manejar con más o menos amplios marcos de control durante varios años debido a la

* Cifras comparativas entre ambos países (1963)

	El Salvador	Honduras
PNB (mill. de dol.)	521.7	345.1
PEA (agricultura)	60%	66%
PEA (industria)	13%	8%
PEA (otras actividades)	27%	26%
ENERGIA ELÉCTRICA (kw)	65,000	25.93
CARRETERAS (km)	8,950	3,228
VIAS FERREAS (km)	586	1,313
ANALFABETOS	52%	59%

(en Carías, 1971)

descompresión que significaba el territorio hondureño. De ahí que cuando el gobierno de ese país -presionado por los terratenientes nativos para que detuviera el incremento de tomas de tierras por parte de los campesinos- decide dictar la reforma agraria, los miles de salvadoreños que vivían en tierras de Honduras fueron expulsados; creando así un problema grave al gobierno de El Salvador.

Más allá de las causas reales -de carácter eminentemente económico-, lo cierto es que tras los resultados de la guerra que en el plano político fueron negativos para El Salvador no obstante haber salido victorioso militarmente- uno de los efectos más fuertes fue, precisamente, el regreso de cientos de familias salvadoreñas a su país. Poco tiempo después, la presión por la obtención de tierras se haría sentir, constituyendo a la larga uno de los factores de impulso organizativo de la población campesina (Cabarrús, 1983; Samaniego, 1980).

Por otra parte, y tras la euforia nacionalista despertada en las semanas previas a la guerra y durante las horas en que ésta duró, para la clase dominante el panorama interno dejó de ser el mismo. De hecho el golpe recibido fue más allá de la coyuntura específica de la guerra: tuvo repercusiones incluso en el propio sistema de dominación construido a lo largo de décadas. Los resultados de su aventura contra Honduras -que, de haberle sido favorable le hubiese significado afianzar su presencia económica en aquel país y hacer permanente y "oficial" la presencia de parte importante de su población en tierras hondureñas- tuvo exactamente los efectos contrarios. Menos de una década después esa clase

dominante se vio enfrentada a las secuelas políticas dejadas por la crisis económica agravada tras la guerra, cuyos primeros signos quiso remontar enfrentando militarmente a Honduras.

El deterioro de la base económica fue minando también las bases del sistema político que dejó de tener los márgenes de maniobra suficientes como para manejar la situación política que cada vez se hacía más precaria. Desde el punto de vista de las fuerzas políticas, el propio desgaste del grupo gobernante, aunado al crecimiento de su actividad organizada entre la población, fue preparando las condiciones que en pocos años irían configurando una oposición política fuerte.

El cuadro de la crisis política estaba en proceso de armarse. La crisis económica fue agudizándose, las exigencias de la oposición partidaria y de la población en general ante el deterioro de sus niveles de vida se acrecentaban y profundizaban; frente a ello, las respuestas represivas se hacían cada vez más violentas. Los márgenes para la búsqueda del consenso -de por sí estrechos- por parte del régimen cedían el paso a la acción represiva. Sobre este contexto volveremos en el siguiente capítulo.

1.4. Se gesta un movimiento popular de nuevo tipo.

Coincidentemente con los primeros signos de deterioro que presenta el régimen -caracterizado por una fuerte contradicción entre sectores de la clase dominante-, se van construyendo condiciones distintas de despliegue de la fuerza popular. En las ciudades las acciones más representativas y de mayor impacto serán

las huelgas magisteriales ⁷ y la huelga obrera de 1967 que se convertirá en huelga general progresiva; en el ámbito rural, el soterrado proceso de cambios que se van dando y tendrán su expresión evidente hacia mediados de los años setenta. (Cabarrús, 1983; Menjívar, 1980; Samaniego, 1980).

A pesar de sus limitaciones, el proceso industrializador propiciado por el Mercado Común Centroamericano modificó la estructura social salvadoreña. El crecimiento industrial propició el aumento numérico del proletariado en las ciudades, mientras que en el sector rural se daba un proceso de proletarianización creciente. (Menjívar, 1979; Vilas, 1994: cap. II).

Una de las valoraciones que forman parte del debate al interior del PCS se refiere al diagnóstico sobre la situación del movimiento popular y, más concretamente, el movimiento obrero en las ciudades. Aquí cabría apuntar que, en efecto, al interior del PCS existe un análisis poco profundo de la situación organizativa del campesinado. Las dos líneas en disputa se centran más en los cambios en el régimen y los signos que presenta la rearticulación del movimiento sindical en las ciudades. Serán las organizaciones político-militares más tarde, las que verán las transformaciones en el movimiento campesino (donde la Iglesia había hecho un trabajo muy importante desde fines de los años sesenta) y buscarán tener incidencia en él.

⁷ En 1967 se había fundado la Asociación Nacional de Educadores Salvadoreños (ANDES-21 de junio). En 1968 impulsan una huelga que dura 56 días; a partir de ese año y hasta 1972 los maestros impulsarán grandes jornadas de lucha atrayendo hacia sí a un amplio abanico del movimiento sindical. ANDES tendrá un papel de primera importancia hasta los primeros años de la década de los ochenta.

Pero en el periodo que ahora nos ocupa, como mencionamos arriba, dos son los movimientos que sirven como parámetro de discusión sobre los cambios que se han operado al interior del movimiento sindical y que centran el debate alrededor de la exigencia de buscar una articulación diferente: el movimiento magisterial y la huelga obrera de 1967.

Ambas concentraron las principales características de la movilización popular hasta, por lo menos, el estallamiento de la crisis política a mediados de los años setenta. La huelga magisterial nucleó a un importante contingente de sectores medios y estudiantiles. La huelga de los obreros de IUSA en 1967 abría espacios de trabajo conjunto alrededor de la solidaridad con los obreros de esta fábrica de capital japonés.*

Las movilizaciones populares de fines de los años sesenta tendrán casi todas un denominador común: movimientos huelguísticos que inician a partir de alguna demanda concreta (generalmente aumento salarial) que crecen por efectos de una solidaridad que incluye a sectores sociales diversos y frente a lo cual los organismos sindicales pro-gubernamentales por lo general se ven obligados a asumir una posición de defensa de sus agremiados; y, por otra parte, el crecimiento del movimiento de solidaridad

* Movimiento de enorme importancia en la reactivación del movimiento sindical por varias razones: se ensayan métodos de acción en ese momento novedosos, logran atraer la solidaridad de amplios sectores de la población, introduce aspectos de "seguridad" entre los obreros y, sobre todo, logra romper el monopolio de la Central sindical gobiernista obligando a la dirigencia a participar en favor de los huelguistas. Este movimiento, que termina cuando la huelga general progresiva iniciaba, marcará un momento muy importante en la reactivación del movimiento popular que habrá de desarrollarse en los años setenta. (Carpio, 1976)

obliga, también por lo general, a reconsiderar su posición. (Valencia y Ruiz, 1988)

La corriente "integralista" dentro del PCS advierte que el movimiento popular -bajo el impulso de la organización sindical- se encuentra en una etapa distinta de lucha. En contra de la política dictada por el PCS, el movimiento sindical rompe con la visión burocrática y rompe en la acción con la traba oficial del Código del Trabajo que niega mediante artilugios legalistas, el derecho de huelga. Las grandes movilizaciones de trabajadores cubrirán, así, tres caminos: romperán en la práctica con la traba legal impuesta por el Código del Trabajo; rebasarán la política pacifista del PCS; y se convertirán en un eje que irá agrupando a diversos sectores (estudiantiles, señoras de los mercados, pobladores de tugurios, entre otros) golpeados por los primeros signos de la crisis económica.

Al valorar esta coyuntura, algunos sectores de la izquierda dentro y fuera del PCS concluyen que en El Salvador el movimiento popular ha cambiado y que los instrumentos tradicionales de lucha y, sobre todo, el papel del Partido son insuficientes para dar respuesta a las nuevas exigencias políticas del país. Para esta izquierda, por lo demás, los tiempos nacionales presagiaban cambios sustanciales -sobre todo tras la guerra con Honduras- frente a los cuales había que prepararse.

Las dos líneas en disputa en el PCS se centran más en los cambios con respecto al régimen y los signos que presenta la rearticulación del movimiento sindical en las ciudades. Serán las organizaciones político-militares, más tarde, las que verán las

transformaciones en el movimiento campesino (donde la iglesia ya ha "adelantado" el trabajo de manera muy importante) y buscarán incidir en éste a través de las organizaciones que se fueron formando desde los años sesenta. Probablemente las organizaciones político-militares ante la necesidad de construir la fuerza militar (y bajo la idea de que el campo es una retaguardia fundamental) entran a hacer trabajo ahí y es cuando se dan cuenta de ese movimiento organizativo iniciado por la iglesia. Lo rearticulan y desarrollan en función de sus objetivos político-militares.

1.5. Los primeros núcleos político-militares.

En sentido estricto no existe una estrategia a la cual referirse cuando analizamos al FMLN. En realidad se trata de una estrategia de acción que unifica cinco formas particulares de desarrollo. Existe, por cierto (y de no ser así no podríamos referirnos a la organización FMLN como eje articulador del proceso) puntos de coincidencia esenciales, tales son: la vía, el objetivo estratégico y, en rasgos generales, la caracterización del periodo y de las diferentes coyunturas.

Pero también es absolutamente cierto que las diferencias se plasmaron en grados distintos y formas diversas a lo largo de todo el proceso desde los primeros esfuerzos conjuntos con el movimiento popular hacia mediados de los años setenta, hasta la unificación en diciembre de 1980, así como en coyunturas posteriores de gran importancia (la ofensiva de 1981, la ofensiva de 1989) y en aspectos también de gran relevancia como la solución política, el

diálogo, algunas acciones militares, el trabajo con el movimiento de masas, etcétera.

Estamos ante cinco historias distintas cuya unidad debe ser vista como un proceso que muchas veces fue contradictorio, en algunas exitoso, en otras fracasó (aspectos que habremos de revisar en los siguientes capítulos), no obstante que, desde una visión global del problema, es posible afirmar que logró en coyunturas y situaciones clave unir la acumulación que cada organización fue logrando en ámbitos distintos, en diversos sectores sociales e incluso en regiones geográficas diferentes dentro del país.

Estamos, pues, ante cinco historias con sus particulares orígenes y desarrollos que, unidas, conformaron el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN): Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí (FPL), Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN), Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC) y Partido Comunista Salvadoreño (PCS).*

* **FPL:** Surgen en abril de 1970 con ex-miembros del Partido Comunista Salvadoreño.

ERP: Se organiza en 1971 con miembros radicalizados de la Democracia Cristiana. En 1973 se da un intenso debate interno alrededor de la crítica a lo que se conoce como la "desviación militarista" en la organización, es decir, contra la idea de que la conducción militar basta para conformar una vanguardia revolucionaria. Hacia 1974 se intensifica el debate y se forman dos tendencias: una encabezada por Sebastián Urquilla y otra por Roque Dalton. Tras el "ajusticiamiento" de este último, se escinde el ERP y ese grupo formará la Resistencia Nacional.

FARN: Nace en 1975 tras la trágica ruptura interna en el ERP.

PRTC: Originalmente aparece en 1971 bajo el nombre de Organización Revolucionaria de los Trabajadores. Es fruto de la radicalización de la juventud universitaria que, al igual que las otras organizaciones político-militares, buscan romper con la táctica política tradicional a través de la "implementación de la violencia revolucionaria de las masas

No corresponde en este escrito abundar en las historias particulares de cada organización¹⁰; destacaremos, sin embargo, aspectos relevantes de su concepción estratégica. Se trata de una caracterización en sus trazos más gruesos, cuyo fin principal es posibilitar al lector una idea general del pensamiento inicial que dio origen a estas organizaciones. En ese sentido, de ninguna manera pretendemos agotar todos los aspectos de la estrategia ni tampoco profundizar en ellos. El sentido de estas líneas se reduce a presentar un cuadro resumido que permita ubicar similitudes y diferencias.¹¹

Uno de los primeros elementos del pensamiento estratégico es el **carácter de la revolución**. Para las FPL, la revolución tiene un "carácter popular" bajo la hegemonía del proletariado. El proceso de lucha -cuyo contenido es antimperialista y anticapitalista- tiene por objeto "la conquista del Gobierno Popular Revolucionario", base a partir de la cual se logrará la

con nuevos y superiores métodos de lucha". En 72 establece fragiles relaciones con el ERP que duran muy poco tiempo. Entre los años 1975-76 se realiza el Congreso Constituyente del Partido Revolucionario de los Trabajadores Salvadoreños. **PCS**: Se funda en 1930. En 1979 el PC da un viraje a su estrategia readecuándose internamente. En 1980 participa de la fundación del PMLN

¹⁰ Pueden consultarse, entre una amplia diversidad de trabajos: (PRTC, 1979), (FPL, 1980), (RN, 1983) (Cienfuegos, 1989), (González Janzen, 1981)

¹¹ Cfr., además de los materiales que se sugieren en la nota anterior: entrevistas de Martha Harnecker, (1987, 1989, 1993), Moreno (1981) (Varios, 1980)

"destrucción total" del sistema capitalista y la construcción del socialismo.

Para el ERP la revolución tiene un carácter "antioligárquico, anticapitalista y antimperialista". Para esta organización el objetivo estratégico es la revolución proletaria que, en un proceso de construcción del socialismo, habrá de resolver "los fracasos históricos del capitalismo dependiente". El proceso revolucionario tiene como "fuerzas motrices" a los jornaleros y campesinos pobres bajo la dirección del proletariado.

Las FARN consideran que la revolución tiene un carácter "nacional, democrático e independiente". Visualizan que el objetivo político del proceso tiene dos etapas: la primera buscará derrotar "la escalada fascista" y la segunda (la "etapa revolucionaria" propiamente dicha) habrá de establecer un gobierno popular revolucionario con el apoyo de la pequeña burguesía democrática que fincará sus bases sobre una "democracia popular".

Para el PCS la revolución es "democrática, antioligárquica y antimperialista como paso previo a la revolución socialista". La revolución democrática tiene como tareas fundamentales la destrucción del aparato político-militar que "sostiene el orden establecido por las clases dominantes" y la "conquista de la democracia", esta última íntimamente vinculada al derrocamiento de la "dictadura y de la oligarquía". Según el PC, el triunfo de la revolución socialista dependerá del "éxito de las tareas de la revolución democrática".

Bajo una concepción similar a la del PCS, el PRTC reivindica al marxismo leninismo como su "guía ideológica" y se maneja en los

mismos marcos concepcionales sobre la revolución. Un matiz importante, sin embargo, es su percepción sobre el carácter regional de ésta y su vínculo con las revoluciones nacionales. El PRTC nace originalmente como organización regional con estructuras partidarias en Honduras, El Salvador y Guatemala, todas ellas bajo la concepción de que el triunfo de las revoluciones nacionales depende del avance revolucionario en la región en su conjunto.

Otro elemento a destacar es la definición que las organizaciones político-militares harán sobre el **sujeto de la revolución**. Según la concepción estratégica de las FPL, el proletariado es considerado la "clase motriz de la revolución", el cual tiene como "aliado fundamental" al campesinado pobre y como "aliados secundarios" a "algunos" grupos de la pequeña burguesía y de las capas medias urbanas y rurales. Es con la unidad de estas clases y sectores sociales que se podrá enfrentar al "enemigo principal": el "imperialismo yanqui y la burguesía criolla".

EL ERP aduce que el sujeto histórico de la revolución está compuesto por los jornaleros y campesinos pobres ("fuerzas motrices de la revolución") y el proletariado ("fuerza dirigente"). Con algunos matices pero con una similar concepción, las FARN consideran al proletariado como la "fuerza motriz dirigente" y al campesinado como la "fuerza motriz principal" de la revolución. Según ambas organizaciones, el "enemigo principal" es la oligarquía nacional y el imperialismo.

Aun tras el viraje estratégico de 1979, el PCS sostuvo su definición del proletariado como el sujeto de la revolución, el cual, en alianza con el campesinado y con las capas medias

conformaría el bloque que enfrentaría al enemigo principal: "la oligarquía, el imperialismo, la reacción local e internacional y los verdugos del pueblo".

Para el PRTC el sujeto de la revolución y, por tanto, hacia quien dirige los esfuerzos organizativos serán "las masas explotadas obreras y campesinas" del país.

Dentro de la adopción de la vía armada en el marco de la estrategia para la revolución, también las organizaciones político-militares definieron su propia **línea estratégica**. En agosto de 1977, el Consejo Revolucionario de las FPL adopta como línea la "guerra popular prolongada", la cual define como una "estrategia integral que combina todas las formas de lucha del pueblo" (política, ideológica, reivindicativa, pacífica, violenta, legal e ilegal). Para las FPL el eje fundamental es la lucha armada "expresión más elevada de la violencia política de las clases explotadas".

El ERP define su estrategia alrededor de la "guerra revolucionaria del pueblo con una línea insurreccional". Para esta organización, la prioridad es la lucha armada y la necesidad de conformar un ejército del pueblo. Desde sus orígenes esta organización privilegió la lucha armada y, dentro de ella, enfatizó en el aspecto militar por encima del político. De hecho, de aquí surge la discrepancia con la corriente Resistencia Nacional al interior del ERP que concluyó en el asesinato de Roque Dalton en 1975. Tras el fraude electoral de 1977 el ERP afina su concepción estratégica al percibir que la crisis política del país se definirá

a través de una insurrección, lo cual la lleva a replantearse como esencial el trabajo político con las masas.

Por su parte, las FARN asumen como línea estratégica a la insurrección armada que "combina la lucha política con la militar" y la "lucha militar con la lucha de masas". En ese marco, "lucha armada, desarrollo político-militar del pueblo y la más amplia participación de las masas" son los ejes estratégicos. Para las FARN, la lucha armada se desarrolla en dos formas: la lucha armada de las masas (actividades milicianas de autodefensa que complementan la acción guerrillera y, por otra parte, la lucha armada de los "grupos especializados" (guerrilla).

Desde la perspectiva del PCS la estructura partidaria juega un papel de primer orden. En el proceso de viraje, el PCS acepta que "la contienda política legal es un campo de lucha agotado" en el país. Según una valoración de su dirigente Shafick Handal, "fue en febrero de 1977 cuando se agotó el proceso electoral y vino el viraje en gran escala de las amplias masas hacia la lucha armada" (Handal, 1983). Ya bajo la adopción de la vía armada y valorando que existen las condiciones para un desenlace insurreccional, el PCS crea a fines de 1979 las Fuerzas Armadas de Liberación. Asume, entonces, a la lucha armada como el eje principal de la estrategia y precisa que es fundamental no abandonar "el proceso organizativo de las masas trabajadoras urbanas". La lucha armada y la lucha política son "elementos que en una correcta combinación preparan la irrupción del movimiento revolucionario".

Con este brevísimo y muy general recuento, intento dar cuenta de algunos puntos centrales que hacen a la concepción estratégica

que guió la fundación y desarrollo de las cinco organizaciones que más tarde formarían el FMLN. Es en este marco conceptual que se inserta su concepción político-militar de la lucha.

1.6. Los frentes de masas en la concepción general estratégica.

Más allá de las diferencias, las cinco organizaciones (incluyendo al PCS tras el viraje de 1977 y al "militarista" ERP después de ese año), tienen un denominador común: el énfasis que dan al trabajo político con el movimiento popular. Sea bajo el objetivo de consolidar la guerra popular prolongada, o bien teniendo a la insurrección como la línea a seguir, lo cierto es que las cinco organizaciones desplegarán, sobre todo a partir de la segunda mitad de los años setenta, un intenso trabajo político organizativo que cubrirá prácticamente a todo el espectro del movimiento popular.

Resulta sintomático que es después del escandaloso fraude electoral de 1977 cuando literalmente el movimiento popular se vuelca hacia las organizaciones político-militares. Estas fundirán su concepción estratégica con las urgencias políticas del movimiento popular alrededor de una forma organizativa que jugó un papel de primer orden en la precipitación de la crisis nacional: los frentes de masas. Ejes de atracción para la organización de la población y plataforma de la acción política, los frentes fueron, durante la segunda mitad de los años setenta y hasta 1980 en que la agudísima represión gubernamental los lleva a la desintegración, el centro organizativo de la actividad político-militar.

Los frentes de masas se consolidaron como núcleos a través de los cuales las cinco organizaciones lograron concretizar su concepción político-militar. Lograron fundir en ellos la diversidad de formas de lucha (armadas, no armadas, legales e ilegales) e integrar a vastos sectores politizados de la población. Fueron también los núcleos organizativos dentro de los cuales fue posible consolidar la fuerza militar desde el nivel de la autodefensa armada hasta la conformación de los grupos guerrilleros.

Una de los primeros frentes de masas fue el Frente de Acción Popular Unificada (FAPU) organizado en 1974 por la entonces todavía fracción que dentro del ERP se conoció como Resistencia Nacional. Precisamente es ésta -que en 1975 tras el asesinato de su líder, Roque Dalton, se escinde del ERP y se reestructura como una nueva organización- la que inaugurará la conformación de frentes de masas en su intento por consolidar el trabajo político entre el movimiento popular. Al año siguiente, en 1975, también las FPL impulsan la creación de otro frente de masas, el Bloque Popular Revolucionario (BPR). Ambos, el FAPU y el BPR serán los dos frentes de masas de mayor influencia en todo el periodo.¹²

¹² Organizaciones que conformaron el Bloque Popular Revolucionario:

- +Federación de Trabajadores del Campo
- +Asociación Nacional de Educadores Salvadoreños
- +Unión de Pobladores de Tugurios
- +Movimiento de Estudiantes Revolucionarios de Secundaria
- +Fuerzas Universitarias Revolucionarias 30 de Julio
- +Universitarios Revolucionarios 19 de Julio
- +Movimiento de la Cultura Popular
- +Comité Coordinador de Sindicatos "José Guillermo Rivas"

Organizaciones que conformaron el FAPU:

- +Federación de Campesinos Cristianos Salvadoreños
- +Movimiento Revolucionario Campesino
- +Frente Universitario de Estudiantes Revolucionarios Salvador Allende

Ya iniciada la actividad tanto del BPR como del FAPU y con la continuidad del trabajo político de la Unión Democrática Nacionalista (frente popular creado por el PCS en los años sesenta), las otras organizaciones político-militares impulsan la creación de otros frentes: en 1977 el ERP funda las Ligas Populares 28 de febrero (LP-28) como parte del cambio en la concepción al que aludíamos arriba en el sentido de que esta organización concibe como línea correcta la consolidación de la insurrección popular y, por tanto, inicia el trabajo político con las masas que había descuidado desde su fundación; finalmente en 1979, el PRTC formará el Movimiento de Liberación Popular (MLP).¹³

Bajo este marco organizativo, la situación nacional salvadoreña vivirá una paulatina pero sostenida crisis política. Tras el fraude electoral de 1977 la espiral represiva se irá incrementando; paralelamente, las organizaciones político-militares con sus frentes de masas (cuya relación se mantendrá en la clandestinidad hasta por lo menos 1980) se irán convirtiendo en el factor decisivo que ahondará las contradicciones interclase

+Asociación Revolucionaria de Estudiantes de Secundaria
+Organización de Maestros Revolucionarios
+Vanguardia Proletaria

¹³ Organizaciones que conformaron las LP-28:
+Ligas Populares Campesinas
+Ligas Populares de Secundaria
+Ligas Populares Obreras
+Asociación de Usuarios y Trabajadores de los Mercados
+Comités de Barrios LP-28
Organizaciones que conformaron el MLP:
+Brigadas de Trabajores del Campo
+Comités de Bases Obreras
+Brigadas Revolucionarias de Estudiantes de Secundaria
+Ligas para la Liberación

dominante y en los primeros meses de 1980 se convertirán en un factor de poder dentro del cuadro crítico del país. Este punto de quiebre del sistema de dominación y el papel jugado por las organizaciones político militares será tema del siguiente capítulo.

1.7. La estrategia político-militar.

Un aspecto esencial común a las cinco organizaciones es la concepción que adoptan sobre la vía armada. La definición emerge como producto de dos fuentes: la discusión interna dentro del Partido Comunista de El Salvador a la que aludimos antes, y la crítica a las diversas experiencias guerrilleras de los años sesenta en América Latina. Varios autores coinciden en que también influyó el análisis de la experiencia vietnamita, así como la propia evaluación sobre el momento político nacional.

Sobre el primer aspecto -la crítica al interior del PCS-, ya mencionamos arriba que para las nuevas organizaciones la adopción de la vía armada requería un esfuerzo de construcción de la fuerza militar paralelo a la fuerza política. Aspecto central en este sentido, es el papel que se le asigna al factor militar dentro de la estrategia. Por otra parte, y a partir de la crítica a las organizaciones armadas de los años sesenta, las nuevas organizaciones pretenden evitar lo que consideran el error básico de esas experiencias armadas: la separación entre lo político y lo militar y, aún más, la concepción de que este último factor sería el generador de la organización popular. Se trata, entonces, de una crítica a la concepción foquista bajo la cual surgieron las

organizaciones guerrilleras al amparo de una interpretación muy particular de la revolución cubana.

Como es sabido, el término "foquista" deriva precisamente de esa concepción según la cual la movilización del pueblo en función de la toma del poder iniciaba a partir de un foco guerrillero que irradiaría desde el espacio rural -una vez que lograra un cierto grado de consolidación en base al apoyo campesino- el ímpetu revolucionario hacia las ciudades. Ese parecía ser el esquema estratégico que los revolucionarios cubanos habían seguido para obtener el poder.¹⁴

Las organizaciones político-militares son producto de la crítica a la estrategia para la toma del poder que desarrollaron las organizaciones guerrilleras de los años sesenta. Las organizaciones armadas de los años setenta se alejan del "esquema cubano" en el siguiente sentido: el quid del problema organizativo inicial no estaba en formar un núcleo con preparación militar que después se insertaría en el movimiento de masas; sino, por el contrario, del movimiento de masas surgirían los cuadros políticos que, asumiendo la nueva modalidad estratégica, irían preparando simultáneamente las condiciones militares. En términos de trabajo organizativo, esto significó un cambio importante: los integrantes

¹⁴ En realidad, esta fue una interpretación errónea del proceso puesto que, por lo menos en los primeros años del triunfo lo que se destacó comúnmente fue sólo una parte de la historia, es decir, el desembarco de 12 combatientes que tras superar la difícil prueba de la represión logran consolidarse como fuerza militar y más tarde entrar victoriosos a La Habana. Sin embargo, decíamos, esa fue sólo una parte (importante, sin duda, pero sólo una parte) de la historia. En realidad el triunfo no hubiese sido posible sin la existencia de un poderoso movimiento popular en las ciudades. (Bambirra, 1977)

de las organizaciones político-militares debían tener no sólo formación militar, sino experiencia en el trabajo de masas y relación estrecha con ellas desde un principio.

Si pudiéramos esquematizar algo que por sus implicaciones políticas es ciertamente de gran complejidad, diríamos que la relación se invierte: la fuerza militar debería construirse desde, y no para, el movimiento de masas. La toma del poder estaría precedida, por tanto, del esfuerzo organizativo que debería realizarse en ambos sentidos.¹³

Este es el punto central que marca la diferencia entre las insurgencias armadas foquistas de los años sesenta y las organizaciones político-militares, es decir, su particular concepción sobre la relación (dentro de la adopción de la vía armada) entre lo político y lo militar. Su objetivo es el mismo (tomar el poder), concuerdan en la vía para lograr dicho objetivo (la vía armada), asumen que la superación del atraso económico-social en América Latina sólo es posible destruyendo a la causa que lo genera, el capitalismo. La diferencia esencial entre ambos tipos de organizaciones armadas estará, por tanto, en la modalidad

¹³ Cabe aquí una aclaración: como en todos los ámbitos, los matices suelen ser importantes y en la acción política lo son más aún. En este caso, no todas las organizaciones político-militares vieron a la ruta de la insurrección como la más apropiada para tomar el poder (como es el caso del ERP y las FARN); para algunas - como las FPL y, más tarde, el PCS cuando se integra a la lucha armada en 1979-1980- el camino correcto fue prepararse para una "guerra popular prolongada" (que finalmente concluiría con una insurrección, pero tras un periodo largo). El eje que unificó la estrategia de las organizaciones político-militares fue el que, independientemente de la ruta, era fundamental "reunir" en un sólo trabajo organizativo lo político y lo militar.

específica con la que conciben la vía armada para hacer la revolución.

Desde el punto de vista del esquema organizativo, esta concepción de la vía armada, implicó importantes modificaciones. Construir la fuerza militar dejó de concebirse como la tarea de entrenar a un grupo de cuadros dispuestos a manejar las armas, para convertirse en la formación de una organización cuyos cuadros directamente vinculados al movimiento de masas introdujeran en él la concepción armada de la lucha. Es decir, cuadros políticos a los que se les formaría militarmente pero que mantendrían su vínculo con el sector del movimiento de masas del cual emergieron.

En esta lógica estratégica, no solo en El Salvador sino también en otros países latinoamericanos aparecen movimientos armados alrededor de los años setentas.¹⁴ De las diversas experiencias en el continente, el FMLN fue la organización insurgente que logró desarrollar con más alcance y profundidad prácticamente todos los elementos de la estrategia: amplio trabajo organizativo con el movimiento de masas, combinación de distintas

¹⁴ La ubicación que hago de una fecha tan precisa como "los primeros años de los setenta" es tan sólo como una referencia basada en que el peso de su acción política es evidente durante esa década. En términos estrictos, no todas las organizaciones político-militares surgen exactamente a principios de los años setenta, como podría ser el caso de las que conformaron el FMLN. La guerrilla guatemalteca o los primeros núcleos organizados de lo que después será el Frente Sandinista de Liberación Nacional, así como algunas organizaciones insurgentes colombianas, sólo por poner algunos ejemplos, surgen antes de los setenta. Aún más, la acción de los Tupamaros, si bien se despliega durante la década de los setenta, no la consideraría bajo el esquema de una organización político-militar; más bien me atrevería a decir que, sin olvidar que fueron uno de los más poderosos y sofisticados núcleos de guerrilla urbana, su esquema estratégico mantuvo los elementos esenciales de los sesenta.

formas de lucha, trabajo diplomático de gran alcance, desarrollo en la práctica de su propuesta en las "zonas bajo control", todo esto sustentado en un vasto despliegue de fuerza militar construida a pesar de las condiciones geográficas adversas al desarrollo de la lucha guerrillera.

CAP. II. ENTRE LA TEORIA Y LA PRACTICA, LA REALIDAD.

Una amplia gama de preguntas se abren cuando pretendemos analizar las razones por las cuales una sociedad en una coyuntura determinada se convulsiona. Las grandes movilizaciones sociales - tanto si alcanzan los objetivos que se proponen, como si no- son fenómenos que plantean infinidad de preguntas y constituyen verdaderos laboratorios donde es posible mirar en forma concentrada las contradicciones sociales.

Una pregunta interesante en el ámbito de la movilización social es la que se refiere a la razón por la cual determinadas coyunturas reúnen las condiciones necesarias para que una sociedad, tras el malestar que le produce el reconocimiento de su difícil situación, se cuestione sobre las causas y, posteriormente en algunos casos, llegue al nivel de querer cambiar el estado de cosas existente.

Las condiciones de pobreza, de represión o de cierre de espacios llevadas al extremo, por sí solas no conducen necesariamente al convencimiento de la necesidad de revertir la situación y actuar en función de ello. En muchas ocasiones, por lo contrario, son tales condicionantes las que pueden inhibir de manera importante la acción política. No es casual, por ejemplo, que el terror estatal tenga como fin principal precisamente el paralizar cualquier tipo de actividad política e, incluso, evitar aun el solo intento de crítica y participación activa. El temor a las represalias o, en casos extremos, el miedo a perder la vida inhiben la decisión de participar. En este mismo sentido de inhibición o parálisis operan las condiciones de vida deplorables:

en muchas ocasiones entre más difícil sea la subsistencia diaria la gente estará más inclinada en primera instancia a las soluciones particulares que alivien, precisamente, su cotidianeidad.

Hablo, por supuesto, del "ciudadano común y corriente", del hombre, la mujer y el joven en su cotidianeidad, en la diaria y constante lucha por la supervivencia, por la búsqueda de trabajo y mejoras de su situación. Aun en las peores condiciones, la lucha diaria e incluso aquella que pueda ser planteada para el mediano plazo mantiene un ritmo propio que sólo en apariencia se desliga del contexto. Aún más, podríamos decir sin exagerar que las más de las veces el "encierro" en la lucha cotidiana puede llegar a ser la mejor forma de olvidar lo tremendamente difícil que pueden presentarse las condiciones nacionales. Sin duda esta especie de evasión es endeble y evidentemente ficticia. Si la crisis (sea económica y/o política) tiende a agravarse, el impacto sobre la realidad de cada persona tenderá a romper el ritmo normal de su vida incluso si ésta ya de por sí se desarrollaba bajo las peores condiciones.

Un segundo problema: ¿qué hace que en ciertos casos de dificultad resulte insoportable para la gente la situación, al punto en que reconoce que es menos difícil cambiarla que seguir sosteniéndola? Un constante y permanente agravamiento de las condiciones es uno de los elementos principales, pero no el único. La explicación se encuentra en la existencia de una posibilidad (aun la más mínima) de poder luchar con un relativo éxito para cambiar la situación. ¿De dónde puede provenir esa convicción? Dicho en términos generales, deriva tanto de la debilidad del

contrario -debilidad que significa, por un lado, que ya no puede seguir sosteniendo su poder y, por otro, que es incapaz de ocultar su deterioro-, como también deriva de un autoconvencimiento de que quien quiere cambiar una situación posee fuerza propia. La debilidad del contrario puede pasar desapercibida o, en todo caso, no ser aprovechada si esa sociedad no tiene conciencia de su propia fortaleza.

De ahí surge otro problema. La conciencia de dicha fortaleza para cambiar una situación dada no se traduce automáticamente en capacidad real para lograr el cambio. El deterioro de las condiciones sociales y la conciencia de que es posible cambiarlas requieren un ingrediente que para Lenin resultaba fundamental: la organización. Entre la rebelión social como establecido sin orden (y, por tanto, muy limitada y sin futuro) y la rebelión que se concibe a sí misma como un proceso dirigido a construir el poder, existe la organización como eje cohesionador, como elemento que otorga dirección y sentido a una sociedad que ha entrado al terreno de la disputa política.¹

Pero aquí debemos introducir otro problema: ¿qué convierte el malestar personal o, si se quiere, de pequeños grupos, en un problema generalizado? Si revisamos la historia organizativa de la

¹ Como muchos de los planteamientos marxistas, también la teoría de la organización leninista ha tenido que soportar el descrédito teórico y político. No cabe duda que en muchos casos los planteamientos de Lenin acerca en torno a la organización y al poder han sido usados esquemáticamente y fuera de contexto tanto para el análisis como para la práctica política. Esto es un tema más que se agrega a la larga lista de temas que deben debatirse con seriedad y profundidad pero sobre todo, con creatividad. Sin embargo, como todo esquema teórico que pretende dar un marco de explicación considero que la teoría de la organización leninista tiene aún mucho que aportar para el análisis.

sociedad, encontraremos sin duda muchísimos más casos en los que la intención de organizar se quedó en eso, en intentos precarios. Y no se trata sólo de que los objetivos planteados, la crítica al estado de cosas que se pretende cambiar o la estrategia estén errados; éste pudiera ser el caso, pero también debemos tomar en cuenta la influencia que tiene "el estado de ánimo" de la sociedad. Cuando ésta no considera que están siendo afectados de manera directa o grave sus intereses (porque percibe esto como algo "natural"), o cuando atisba en medio de todo que aún es posible una salida a su situación crítica, seguirá buscando una solución desde lo individual. Así, la conciencia de que organizarse es factor primordial quedará sólo como una convicción de pequeños grupos pero no tendrá abierto el camino para incorporar a la mayoría descontenta. El germen del proceso movilizador es obra de pequeños grupos, pero éstos se transformarán en movimiento sólo si logran sumar voluntades colectivas y darles una dirección.

Un cuarto problema: ¿qué permite que la protesta generalizada se enrumbe hacia un objetivo más allá de la coyuntura misma? Desde la perspectiva leninista, es el factor subjetivo, la organización, la que le da un sentido político a la protesta social. Es este el factor que determina que una coyuntura crítica pueda, en principio, convertirse en una posibilidad de salida revolucionaria. La crisis política en sí misma, al igual que una situación de crisis económica, no pueden en ausencia de este factor, generar los procesos de cambio en un sentido revolucionario, esto es, radical. Una sociedad se cimbra por la acción del sujeto social y, sobre todo, asume un carácter de mayor permanencia y profundidad en la

medida en que el descontento es encauzado por un núcleo² que organiza y cohesiona alrededor de un determinado objetivo.

Es por estas razones (brevemente planteadas aquí) que las grandes convulsiones sociales no pueden ser analizadas desde una sola perspectiva. No siempre son las condiciones extremas las que generan la movilización de una sociedad; así como tampoco la sola existencia de una vanguardia propicia -más allá de lo correcta o no de su estrategia- la participación constante y organizada de la sociedad. Además de estos factores que en principio forman parte de la explicación, están involucrados también elementos más ligados a la "subjetividad" individual que se puede proyectar socialmente y convertirse en acción política cuando a una situación crítica (sea económica o política) se suma la voluntad de cambio.

Tenemos así que el marco de análisis tiene vertientes diversas: deterioro de las condiciones políticas y económicas, trastocamiento de la cotidianeidad, conciencia de que la situación no es algo naturalmente dado, existencia del factor organizativo; todo ello propicia la movilización social, pero ni todos los aspectos deben presentarse para hacerla posible, ni uno de ellos es el único que la explica. Cuando se pretende analizar el cómo estos factores generales se entrelazan para provocar situaciones de gran movilización política en una sociedad determinada, se abre otro elemento más a tomar en cuenta: pareciera ser que cada sociedad

² Utilizamos "núcleo" de manera genérica. Ese núcleo puede asumir formas diversas: partido, sindicato, frente, federación, etcétera. No es el caso discutir aquí la forma organizativa, sino el hecho de que cualquiera que ésta sea, es un núcleo que en mayor o menor medida, y en dependencia de los objetivos, estructura y dirige la acción social.

tiene su propia y peculiar forma de expresarse políticamente. Los aspectos señalados arriba forman el marco general a partir del cual podemos indagar sobre la explicación de las grandes movilizaciones sociales; pero lo cierto es que el detonante (sea político, sea económico) que dispara una situación no siempre es el mismo entre una situación y otra, o entre una coyuntura y otra.

Muy probablemente con esto último estemos entrando más al terreno de las especulaciones que del análisis, aunque no deja de ser interesante plantearse ¿por qué existen sociedades que se movilizan, por ejemplo, ante el alza en el precio de un producto y no ante la visión de los cadáveres aparecidos en las calles? ¿por qué una sociedad es capaz de insurreccionarse ante un fraude electoral pero puede mantenerse pasiva ante el espectáculo de una profunda miseria cotidiana? ¿por qué una sociedad puede soportar años de opresión política (o franca represión) y se subleva ante el asesinato o encarcelamiento de una sola persona? ¿por qué una sociedad que aparentemente tiene un alto nivel de adecuación a la opresión, en algún momento y por efecto de algún evento específico, estalla con una fuerza tremenda capaz de cimbrar a todo el tejido social y político? En otras palabras, ¿cuál es el detonante particular en cada caso, en cada sociedad, en cada coyuntura?

Si se analiza bien, estas preguntas no son simples ejercicios para la especulación. Una mirada a la historia de cada caso concreto de movilización social puede mostrarnos mucho sobre las particularidades de una sociedad determinada. Quizá un estudio en torno a las particularidades pueda abonar mucho sobre los factores generales que movilizan a una sociedad.

Así, por ejemplo, podríamos apuntar que la historia de El Salvador pareciera decirnos que las coyunturas críticas han estado precedidas por una fuerte esperanza de cambio centrado en los procesos electorales; cuando tal esperanza se ha visto frustrada - sea por fraudes, sea por golpes de Estado, sea porque el gobierno elegido desmiente con su práctica las promesas de campaña-, se han abierto momentos de crisis política y de auge movilizador. No siempre han resultado en eventos insurreccionales (1932, 1944, 1971, 1974), pero sí han provocado momentos de gran efervescencia política.

Lo hasta aquí señalado es el marco de preguntas y preocupaciones que surgen del análisis del proceso salvadoreño. En este orden de cosas, las cinco organizaciones político-militares (OPM) son una de las varias respuestas organizadas que se dan en el país ante el deterioro de las condiciones políticas y ante la evidencia de cambios importantes en la actividad del movimiento popular; pero las razones que propiciaron su crecimiento masivo a mediados de los años setentas no pueden ser explicadas sólo en función de la existencia de un desgaste económico y político. Además de esto (que en última instancia nos daría luces más bien sobre el origen de las organizaciones político-militares), las razones de su crecimiento se vinculan con el cierre de opciones opositoras no armadas y la incapacidad del régimen para sostener el modelo de dominación existente.

En otras palabras, las causales que permitieron el surgimiento de las organizaciones político-militares podemos ubicarlas en las

condiciones de deterioro estructural en el país, las cuales generaron la necesidad de formas organizativas distintas a las preexistentes, en tanto éstas mostraban ser insuficientes. Pero la explicación de su crecimiento y su conversión en eje de la actividad política, así como su consolidación como factor de poder, es una tarea que involucra tanto aspectos históricos -el carácter del régimen- como coyunturales. No sólo nos remite a una coyuntura precisa -y, por tanto, a una revisión de la correlación de fuerzas imperante- sino también a abordar el problema de la pertinencia o no de la estrategia política.

Si una caracterización podemos hacer de la coyuntura política que devino en crisis a fines de los años setenta en El Salvador es que en ella se unieron diversos factores: el desgaste del modelo económico en el marco del Mercado Común Centroamericano -evidente tras la aventura bélica con Honduras-, la crisis al interior del grupo dominante cuya oligarquía no podía sostener más el modelo político pero al mismo tiempo tampoco los sectores modernos tenían la fuerza suficiente para imponer otro y, finalmente, la presencia del movimiento popular para quien las formas tradicionales de organización ya no eran suficientes y empiezan a movilizarse bajo el liderazgo y la conducción de las organizaciones político-militares. Crisis económica, crisis política y presencia de un proyecto popular alternativo, son los factores que se unieron a finales de los años setenta en el país.

2.1. Del desgaste del modelo de dominación a la crisis.

La posición que desde su origen asumieron las OPM con respecto a la vía electoral fue de rechazo. No olvidemos el debate al interior del Partido Comunista de El Salvador (PCS) cuya estrategia original y, por supuesto, su discurso organizativo otorgó un papel de primer orden a las elecciones haciendo de éstas un eje organizativo importante para el logro de sus objetivos de largo plazo. En esta perspectiva, el régimen salvadoreño era, un espacio susceptible de ser transformado no suplantado, al menos en el corto plazo. Aun a pesar de las limitaciones que imponía el modelo político, en los años sesenta la institucionalidad en el país mantenía la apertura suficiente que le permitía mostrar cierta imagen de legitimidad.

Sin embargo -y sin desconocer que en algunos sectores la vía electoral era una opción poco viable para cambiar la situación de país-, lo cierto es que la convicción se generalizó, se hizo clara y evidente, primero en las elecciones de 1972 y de manera definitiva en las de 1977. Los burdos fraudes de esos años clarificaron el panorama al movimiento popular en cuanto a las opciones políticas. La acción del régimen hizo más en este sentido que los discursos de las OPM en torno al desgaste de la vía electoral como posible camino para provocar cambios en el país.

Hasta 1977 esta apreciación sobre el campo electoral se limitó a pequeños grupos, a élites políticas al fin de cuentas. Después de esa fecha, esa caracterización se masificó. Y ciertamente el análisis no fue incorrecto: ya desde 1971 era claro que el modelo de dominación salvadoreño empezaba a mostrar fisuras; el

reforzamiento de sus respuestas autoritarias fue derivación lógica de ello.

Los partidos políticos dejaron de ser una opción de cambio por cuanto la vía primordial que les daba razón de ser fue cerrada definitivamente por el régimen en esa coyuntura. La Unión Nacional Opositora (UNO)³ prácticamente se desintegró y cada uno de los partidos que la formaban vivió la salida numerosa de sus miembros, muchos de los cuales pasaron, o bien, a engrosar las filas de las OPM, o bien a contruir otros partidos que respondieran a la nueva coyuntura que se abría. La presencia de las ya entonces activas OPM se vio así reforzada.

El desgaste del modelo de dominación oligárquico llegó a su límite en la segunda mitad de los años setenta. Lo que permitió un vuelco a la situación y convirtió ese desgaste en crisis fue que la opción popular ya tenía un marco organizativo. Frente a esto el régimen no tuvo el tiempo ni la capacidad para afianzar un proceso de reacomodo, solucionar las contradicciones internas y lograr la recomposición sin afectar en esencia la estructura política. Por el contrario, la presencia de un proyecto alternativo que contaba con fuerza organizativa y base social rompió de manera definitiva la posibilidad, en esa coyuntura, de una eventual recomposición del poder oligárquico.

La salida, por tanto, no se mantuvo dentro de los límites del esquema. Aun sin la presencia del movimiento revolucionario el

³ Alianza formada por el Partido Demócrata Cristiano, el Movimiento Nacionalista Revolucionario y la Unión Democrática Nacionalista (esta última, como ya hemos dicho, creada por el PCS). Participa en las elecciones de 1971 y 1977.

modelo político requería de cambios y readecuaciones para mantener su funcionamiento. Pero fue la existencia de las OPM las que cambiaron la historia de esa coyuntura: el proyecto revolucionario se convirtió en actor de primer orden.

+ + +

El sistema político salvadoreño funcionó prácticamente sin tropiezos durante los años sesenta, en gran medida gracias al crecimiento económico propiciado por el MCCA. La buena marcha de la economía permitió la apertura de canales de participación política a los cuales accedieron cada vez más ampliamente los sectores medios. La consolidación paulatina de una oposición partidaria (representada sobre todo en el Partido Demócrata Cristiano) no representaba en realidad ninguna amenaza para los militares en el poder; después de todo, el margen que otorgaba la bonanza económica era en cierta medida amplio.

Sin embargo, la inclusión de los sectores medios no significó el mismo nivel de apertura en el ámbito de la organización popular, ni siquiera en los primeros años del MMCCA. En el área rural, desde 1932 se mantenía la expresa prohibición de cualquier tipo de organización campesina, mientras que en las ciudades se ensayó, con respecto al movimiento obrero, la creación de organismos sindicales pro-gobiernistas como método principal de coptación del movimiento. Cuando este canal institucional fallaba, el expediente represivo salía a la luz.

Las protestas, sin embargo, se mantuvieron casi toda la década de los sesentas en un límite manejable. La acción de organizaciones paramilitares en el campo lograron detener los intentos de protesta, pero el carácter represivo del régimen se mantuvo oculto tras la mampara del crecimiento económico. La relativa estabilidad económica tuvo, pese a todo, una duración muy corta ya que aun antes de concluir la década la situación empieza a modificarse. Como lo mencionamos en el capítulo anterior, la primera respuesta popular significativa que alertó al gobierno fue la huelga de Aceros, S.A. en 1967 y, más tarde, las movilizaciones del magisterio.

Del lado de la oposición partidaria, ésta se nucleará alrededor de una coalición de partidos que enfrentará al monopolio electoral del Partido de Conciliación Nacional. Conformados en términos generales por sectores medios, muchos de ellos provenientes de la intelectualidad que creció durante la bonanza de los años sesenta, estos partidos irán abriéndose espacios de acción importantes. El Partido Demócrata Cristiano (PDC) y el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) se conformaron en los sesentas como el eje opositor que concentró la demanda de impulsar la democracia en el país contra el esquema político de la oligarquía.

Alrededor de estos acontecimientos se irá precipitando la crisis política de los años setenta. La pugna interoligárquica que se genera a raíz del mencionado fracaso político en la guerra contra Honduras tendrá en esta ocasión -a diferencia de otras coyunturas en el país- la presencia de un movimiento popular en ascenso y una cada vez más fuerte oposición partidaria. De ahí que

el descalabro que significó para la clase dominante el resultado de la guerra con Honduras no pudo mantenerse como un problema interno.

En 1970 -en un intento por paliar la crisis derivada del fracaso del MCCA- en El Salvador se ensaya la aplicación de un modelo económico basado en las empresas maquiladoras. Sin embargo, esto agudizó las contradicciones interoligárquicas puesto que no sólo encontró la oposición de los sectores agroexportadores tradicionales, sino generó nuevas demandas sociales en torno a, entre otras, la afectación de que habían sido objeto los pobladores de aquellas zonas donde se instalaron las maquiladoras, así como demandas de aumento salarial y, sobre todo, la eterna exigencia de eliminar las trabas que el Código del Trabajo imponía para hacer efectivo el derecho de huelga.

En este marco de acumulación de contradicciones concluye el gobierno del Coronel Fidel Sánchez Hernández en julio de 1972. Las elecciones de febrero de ese año serán el escenario donde habrá de mostrarse de manera muy clara la gestación de la crisis en el país. La demanda popular por la democracia tuvo su expresión en el amplio apoyo de las organizaciones populares y sindicales otorgado a la Unión Nacional Opositora y a su candidato José Napoleón Duarte. Pese a las pugnas interoligárquicas y a las cada vez más evidentes contradicciones al interior del ejército, los sectores más "duros" cerraron filas en torno al candidato del partido oficial, el Partido de Conciliación Nacional y de esta manera recurrieron al ostentoso fraude que dio el triunfo al Coronel Arturo Armando Molina. Él sería el llamado a restaurar el orden que paulatina pero sostenidamente se deterioraba en el país.

Pero los comicios de 1972 si bien evitaron el triunfo de la oposición, se convirtieron en un verdadero cisma político pues destaparon las pugnas interoligárquicas, sobre todo, las existentes en las Fuerzas Armadas. La tendencia democrático-constitucionalista del ejército vio en el fraude y el consiguiente triunfo del Coronel Molina, el creciente avance de la tendencia "fascista" (Guidos, 1980; Castro, 1984), a la cual intenta frenar mediante un golpe de Estado que no logra cuajar.*

Pero estos comicios y sus resultados fraudulentos serán apenas el preámbulo de lo que ahí en adelante será la tónica del régimen salvadoreño frente a la oposición: la historia se repitió en las elecciones legislativas de 1974 y en las presidenciales de 1977 donde nuevamente y cada vez de manera más escandalosa, se le arrebató el triunfo a la coalición UNO. Pero el fraude no fue la única herramienta que el régimen usó contra los opositores; el modelo de dominación presentaba ya tantas fisuras y, por otro lado, la efervescencia popular crecía a pasos tan agigantados, que el expediente represivo se convirtió en el arma fundamental para evitar la crisis política.

El régimen de Molina desató la represión indiscriminada contra prácticamente todos los sectores sociales: la Universidad de El Salvador y otras universidades del país, los sindicatos, las organizaciones barriales, los partidos opositores, la iglesia

* El intento de golpe de Estado (25 de marzo de 1972) pretende revertir el fraude contra la UNO. La acción deja un saldo de 100 muertos y obliga a José Napoleón Duarte, candidato de esa coalición, a asilarse en la embajada de Venezuela. Tras esto, la fracción de los "duros" no dejarán de acusar a la UNO de "insurreccional" y "antidemocrática".

progresista, los campesinos, fueron el blanco de la acción paramilitar y los cuerpos de la policía militarizada. Da inicio, así, un largo periodo de masacres a marchas, manifestaciones, protestas donde la represión fue dejando de ser selectiva para convertirse en masiva e indiscriminada hacia los últimos años de la década.

El modelo de dominación sustentado en la oligarquía y en los sectores duros del ejército no resistirá la avalancha social posterior a las elecciones presidenciales de 1977*. El nuevo fraude desatará la protesta y radicalizará las posiciones: gran cantidad de cuadros y militantes de la oposición partidaria e importantes contingentes de los sectores populares organizados ingresarán a las organizaciones político-militares; dentro de la Democracia Cristiana y el Movimiento Nacionalista Revolucionario se dan importantes debates que concluyen con rupturas internas ante la radicalización de algunos grupos; las organizaciones político-militares experimentan un crecimiento inusitado. La vía electoral ha quedado definitivamente cerrada.

El régimen del Gral. Carlos H. Romero que asume el poder tras el fraude de 1977 tiene como respuesta única la represión. La paulatina polarización política, el asesinato, la desaparición y el encarcelamiento de opositores corren paralelos al aumento de las protestas. Las organizaciones político-militares enfrentarán una situación distinta a la que las vio surgir a inicios de los años setenta.

* Para una revisión del clima político de estos años, véase

2.2. Estructura organizativa y concepción político-militar: los frentes de masas y los primeros pasos de construcción de la fuerza armada.

Si en los primeros años de la década de los setentas las OPM enfrentaron el reto que significó sostenerse como organizaciones y tratar de crecer en medio de un clima represivo que las obligaba a la clandestinidad; a mediados de la década tuvieron que resolver el reto de la masificación en un marco de creciente polarización política, de aumento de la represión gubernamental y de radicalización del movimiento popular. Por primera vez desde su fundación las organizaciones armadas se vieron ante la prueba de fuego de toda organización política: confrontar la teoría con la realidad.

Aún antes de la etapa de crecimiento masivo -que podemos ubicar tras las elecciones de 1977- las OPM habían ensayado acciones armadas. Además de todo el periodo de "entrenamiento", estas actividades estuvieron vinculadas inicialmente a las llamadas "recuperaciones" (asaltos a bancos, robo de armas a la policía, secuestros de oligarcas) dirigidas a la obtención de fondos y algunas armas. Si bien el objetivo principal era fortalecer en el plano económico a la organización, estas acciones armadas no dejaron de servir como foguero en la formación militar de cuadros en las etapas iniciales.

Pero por supuesto que fue el trabajo político organizativo con el movimiento popular el terreno donde se habría de concretizar la concepción político-militar. El esfuerzo organizativo de cara al movimiento popular fue consolidándose en sectores estudiantiles, obreros, campesinos y en los barrios. Y fue a partir de estos

núcleos organizados que fueron formándose las primeras células para el trabajo militar. La concepción político-militar de las OPM les llevó a ensayar formas distintas de vinculación con ellos de tal forma que en el proceso no dejaran de estar unidas la fuerza militar y la fuerza política, ambas en construcción. De ahí que sólo quien ejercía un cierto liderazgo -"trabajo de masas"- en el sector al que pertenecía podría ingresar a una célula armada. (Carpio, en Harnecker, 1993:54-67)

La actividad militar propiamente vinculada a la concepción estratégica fue aquella que tuvo como fin desarrollar la autodefensa popular. Como parte de una necesidad real debido al incremento de la represión, la autodefensa se enmarcó dentro de la concepción político-militar: es decir, en estos años no fue responsabilidad directa de los cuadros de las OPM, sino se organizó a partir de los propios sectores (sindicales, estudiantiles, de los tugurios) (La profundización de estos métodos se hará en el siguiente capítulo).

Un elemento crucial en la consolidación de la estrategia político-militar fue la creación de los frentes de masas bajo la dirección de cada una de las cinco organizaciones político-militares. (Fuerzas Populares de Liberación tiene su frente de masas: Bloque Popular Revolucionario; Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional/Frente de Acción Popular Unificada; Ejército Revolucionario del Pueblo/Ligas Populares 28 de febrero; Partido Revolucionario de los Trabajadores Salvadoreños/Movimiento de Liberación Popular; Partido Comunista Salvadoreño/Unión Democrática Nacionalista).

Con la creación de los frentes de masas se resolvió un aspecto esencial: la forma en que se vincularían las acciones de masas con el desarrollo de la fuerza militar. Lo que en el plano teórico es el eje de la concepción -la especial relación entre lo político y lo militar- encontró en la formación de los frentes de masas su concreción. A partir de la movilización nucleada por los frentes, la fuerza militar se fue desarrollando como parte íntimamente relacionada con los objetivos políticos: la actividad militar, inicialmente bajo la forma de autodefensa armada, fluyó acompañada de objetivos políticos precisos. Y otro aspecto también de gran importancia fue el hecho de que no era el grupo armado el que acompañaba a las masas en su acción, sino los grupos armados se formaron a partir de los propios integrantes del movimiento de masas. Este es un aspecto representativo en el proceso salvadoreño.

Esa forma organizativa propició la articulación de diversos caminos organizativos. El importantísimo trabajo de la iglesia popular desplegado desde la década de los sesentas sobre todo en el área rural (Cabarrús, 1983), el avance organizativo del movimiento obrero que desde fines de los años sesenta había logrado superar a las federaciones pro-gubernamentales, el proceso ascendente en la organización magisterial, estudiantil y barrial; todas ellas eran corrientes organizativas que pudieron confluír alrededor del eje que representan los frentes de masas.

Bajo la fuerte influencia de las organizaciones político-militares, cada frente de masas dará estructura y cuerpo a un conjunto de demandas cuya tónica es la diversidad. Y, más tarde, hacia el final de la década de los setentas cuando la crisis

política se presenta en toda su plenitud, los frentes de masas cumplirán una doble tarea que fue fundamental: por un lado, consolidarán el proceso de unidad a través de la Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM), serán el vehículo que afianzará la hegemonía popular en el bloque opositor de fuerzas dentro de la alianza con el Frente Democrático Revolucionario (FDR) que aglutinaba a la llamada "oposición democrática".

Así, el esquema frentista impulsado por las organizaciones político-militares -algunas con objetivos insurreccionales, otras con objetivos de consolidación de fuerzas preparadas para la guerra prolongada, pero todas, al fin, bajo la concepción de reforzar la hegemonía del "bloque popular"- se conformaron como el núcleo que permitió unir lucha política y lucha militar; asimismo, articuló las demandas de sectores diversos y las llevó desde el nivel de las reivindicaciones hasta, en el momento de la crisis política, lograr una vocación de poder; finalmente, se constituyeron en el instrumento que garantizó la presencia popular en el bloque de alianzas opositorias facilitó el proceso de unidad. Si se revisa a la distancia, esa estructura organizativa mostró su pertinencia política tanto como parte importante en la gestación de la crisis, como en el momento en que ésta se profundiza a tal grado que abre lo que se conoce como una "coyuntura de poder".

2.3. Octubre 1979-marzo 1980: una coyuntura de definición.

El golpe de Estado de octubre de 1979 organizado por la "juventud militar", es el último intento no reaccionario de recomposición del modelo de dominación. Su objetivo implícito fue

ciertamente detener el avance popular cuyos signos apuntaban claramente a consolidarse como una alternativa real de poder. Sin embargo, la salida planteada por el ala democrática del ejército sin duda representó también el esfuerzo por contener el avance de los sectores más duros del propio ejército y de la oligarquía. El modelo de dominación estaba evidentemente en crisis y su cambio era ya una necesidad a todas luces insoslayable; la estructura política, sin embargo, aún podía (y debía) ser salvada frente a un proyecto popular en proceso constante de consolidación.

Frente a la alternativa de un cambio donde la resolución de la crisis conllevara la caída del sistema político, o un cambio que no afectara la esencia de la estructura política, la juventud militar se decide por lo segundo.

Entre febrero de 1977 -fecha del fraude electoral- y octubre de 1979 se despliega la crisis política.* El desgaste a que se enfrenta en régimen del Gral. Romero crece geométricamente frente una movilización popular en constante ascenso. Tan sólo entre julio (fecha de la toma de posesión) y diciembre, se llevan a cabo 11 huelgas, además de tomas de tierras y ocupaciones de Ministerios y embajadas organizadas por los frentes de masas (sobre todo, el BPR y el FAPU). Durante todo el año de 1978 y hasta el golpe de estado en octubre de 1979 el movimiento popular asumirá estas acciones como su forma principal de movilización.

* Al conocerse el fraude contra el Coronel Ernesto Claramount, candidato de la UNO, a favor del Gral. Carlos Humberto Romero, 50 000 personas realizan el 20 de febrero una protesta en la Plaza Libertad en San Salvador. El 28 de febrero el gobierno en funciones declara el estado de sitio que da como resultado el asesinato de 100 personas. Las Ligas Populares 28 de febrero, frente de masas del ERP, toma su nombre de los sucesos de esa fecha. (Guidos, 1979)

Como parte de los intentos con pretensiones de legalidad que emprende Romero para frenar al movimiento popular, a fines de 1977 aprueba la Ley de Defensa y Garantía del Orden Público (24 de noviembre) cuya finalidad fue cubrir con un manto legal la represión. A pesar de ello, ésta no puede ocultarse ni ante los salvadoreños ni ante la comunidad internacional. Es así que la política de derechos humanos de la administración Carter se convierte en un factor de presión muy importante contra el gobierno salvadoreño. Con el afán de evitar dicha presión, Romero convoca al Foro Nacional en el que pretendidamente se examinaría la situación del país y se buscarían soluciones a la crisis política.

Las fuerzas políticas convocadas -aquellas a las que el régimen consideraba "moderadas"- rechazaron la invitación y el Foro Nacional terminó por ser una reunión entre los representantes del gobierno, fuerzas armadas y los sectores duros de la oligarquía. Como alternativa, algunas organizaciones partidarias y sindicales convocan a un Foro Popular⁷ cuya principal conclusión es que la

⁷ Fuerzas integrantes del Foro Popular: los partidos Movimiento Nacionalista Revolucionario, Unión Democrática Nacionalista y Demócrata Cristiano; las Ligas Populares 28 de febrero (frente de masas del ERP), la Confederación Unitaria de Trabajadores Salvadoreños (CUTS), Federación Unitaria de Sindicatos Salvadoreños (FUSS), Federación Nacional de Trabajadores Salvadoreños (FENASTRAS), Federación Sindical de Trabajadores de la Industria del Vestido, Similares y Conexos de El Salvador (FESTIAVCES), Central de Trabajadores Salvadoreños (CTS), Central Campesina Salvadoreña (CCS), Asociación General de Empleados Públicos y Municipalidades de El Salvador (AGEPMES), Asociación de Trabajadores Agropecuarios y Campesinos de El Salvador (ATACES), Federación de Sindicatos de la Industria de la Construcción, el Transporte, Similares y Conexos (FESICONSTRANS), Sindicato Textil de Industrias Unidas, S.A. (STIUSA), y el Partido Unionista Centroamericano.

democratización del país es una tarea urgente y sólo podía ser obra de las organizaciones populares.

El fracaso de estos dos intentos del régimen da cuenta del agotamiento de todos los canales tradicionales de dominación. Ni la represión -que se ha generalizado desde 1975 y se recrudece desde 1977-, ni los intentos de sostener cierta legalidad, logran construir un opción dentro de los límites que pretende el régimen ni logran detener la movilización popular. En mayo de 1979 se decreta el estado de sitio y es entonces cuando la represión más abierta e indiscriminada se afianza como la única alternativa.

Las fuerzas políticas se polarizan. El país se divide entre dos soluciones cada vez más claras: la sustentada por la oligarquía y el ala "fascista" del ejército, y la liderada por las organizaciones político-militares y los frentes de masas. Las propias fuerzas políticas que en el pasado unieron esfuerzos alrededor de la vía electoral, abandonaron de manera definitiva en este periodo ese camino al considerarlo completamente agotado. La UDN, el MNR y algunos sectores del PDC profundizan en su acercamiento con los frentes de masas, y con ello refuerzan en forma por de más importante al bloque de fuerzas revolucionarias.

Este periodo debe entenderse también como un triunfo (sin duda temporal, pero triunfo al fin) de los sectores ligados al modelo político oligárquico sobre el sector moderno de la clase dominante. Estos sectores -los grandes perdedores de la aventura contra Honduras- no lograron reconstruir su fuerza ni siquiera a partir del modelo económico basado en la industria maquiladora; no tuvieron tiempo de recuperarse ante la profundidad de la crisis

política. Aún más, el desarrollo de ésta y la búsqueda por encontrarle solución produce divisiones al interior de los propios sectores "modernizantes": por un lado, estarán quienes buscarán la aplicación de reformas políticas para desarticular el avance del movimiento popular y, una vez encauzado éste, iniciar las reformas económicas; y, por otro lado, estarán quienes buscararán la combinación de reformas político-económicas con el aniquilamiento de la "subversión". Tanto los primeros -apoyados por la oficialidad joven del ejército-, como los segundos -cuya propuesta tenía el aval del gobierno de James Carter- no pudieron detener el fortalecimiento de los sectores oligárquicos. El Gral. Romero y el modelo político que representaba se afianza sobre la represión al movimiento popular y la imposición de su esquema al resto de la clase dominante.

Sin embargo, el esfuerzo por detener la crisis mediante el decreto de estado de sitio fracasa: las organizaciones populares enfrentan niveles de represión todavía más agudos tras la medida, pero aun así mantienen y refuerzan su nivel de movilización. Ya no será entonces sólo el modelo de dominación fincado en el poder de la oligarquía lo que está en peligro. El régimen en su conjunto empieza a deteriorarse mientras la oligarquía pierde capacidad de dirección y las fisuras al interior del bloque de fuerzas dominantes se hacen día a día evidentes. Todos los ingredientes de la crisis política gestada desde 1975 empiezan a unirse. •

En esta coyuntura de inminente peligro para el sistema político -con una oligarquía errática en sus decisiones y un ejército cuyo poder no puede sostener al conjunto del bloque

dominante- cobra fuerza el ala democrática del ejército, la llamada "juventud militar". La decisión de organizar el golpe de Estado de octubre de 1979 será, como decíamos arriba, el último intento de salida no reaccionaria a la crisis, la cual se pretendía afianzar mediante el desplazamiento de los sectores más represivos que seguían sosteniendo un modelo de dominación irremediabilmente agotado.

2.4. Las fuerzas revolucionarias ante la opción de poder.

Entre octubre de 1979 y marzo de 1980 El Salvador vivió una de las coyunturas más críticas de su historia reciente.* Fue en ese periodo que de manera clara y contundente se enfrentaron sin mediaciones dos proyectos políticos diametralmente opuestos; fue también el periodo en que ambas propuestas de nación invirtieron todos sus recursos en función de derrotar al contrario. Ciertamente después de 1980 se sucedieron momentos donde el proyecto gubernamental y el revolucionario obtenían avances o se enfrentaban a retrocesos, momentos donde se rearticulaban fuerzas, alianzas y acciones, pero el nuevo marco político del cual derivarán las tendencias posteriores del proceso quedará fincado en esos meses. En efecto, a partir de 1980 y, sobre todo, una vez desatada la guerra interna en enero de 1981 se presentaron coyunturas críticas pero ninguna de ellas -salvo la de los primeros días de la ofensiva insurgente de noviembre de 1979- tendrán un carácter de definición.

* Un interesante y detallado análisis sobre esta coyuntura, puede verse en Gordon (1989: 276-305).

El modelo de dominación oligárquica sólo se sostenía con el expediente de la represión indiscriminada; la salida reformista que pretendieron impulsar los sectores modernizantes de la burguesía junto a la juventud militar no logra cuajar puesto que ello exigía como condición principal el desplazamiento de los sectores duros y estos, por su parte, estaban severamente golpeados, pero no liquidados. En ese sentido, el modelo de dominación no lograba recomponerse ni recurriendo a la represión, ni mediante la ejecución de reformas. El viejo modelo oligárquico se resistía a morir y el modelo reformista en ciernes no tenía la fuerza suficiente para hegemonizar. Esto, a fin de cuentas, mantenía en grave peligro a la clase dominante salvadoreña y su proyecto en conjunto.

Frente a una situación política tan polarizada como la de esos meses, la alternativa liderada por las organizaciones político-militares se convierte en el polo que atrae a las fuerzas opositoras. Mientras la Junta de Gobierno entre octubre de 1979 y marzo de 1980 -lapso durante el cual todavía se encuentra integrada por sectores de la llamada "oposición democrática"- hace esfuerzos desesperados por lograr una salida reformista, las organizaciones político-militares consideran que se ha abierto una situación en la que es viable la salida revolucionaria a la crisis. En función de ello, enfilarán todo el potencial organizativo logrado hasta entonces, establecerán alianzas con la oposición democrática y buscarán a toda costa reforzar lo que en ese momento constituye su flanco más débil: la fuerza militar.

Tras la valoración de los frentes de masas respecto al carácter de la Junta de Gobierno* se toma la decisión de no apoyarla por considerarla instrumento para desarticular la movilización popular. Inicia entonces todo un proceso de radicalización que busca preparar las condiciones para una eventual toma del poder. El poder se convierte en un horizonte ya no tan lejano. La estrategia político-militar se enfrenta entonces a su primera gran prueba de fuego: enmedio de una situación revolucionaria, dirigir el esfuerzo popular hacia la toma del poder, es decir, llevar al extremo las contradicciones para provocar un momento en que

Más que reconstruir paso a paso los pormenores de esta coyuntura que he llamado de definición, creo que este primer gran momento de decisión requiere de ser analizado en cuanto a su significado y consecuencias. Todos los "ingredientes" de una situación de gran movilización política que reseñamos al iniciar este capítulo, estaban presentes a fines de 1979 y principios de

* FAPU: "...el golpe había surgido de tres tendencias dentro de las fuerzas armadas: la fascista, la pro-yanqui y la del movimiento de la Juventud Militar....La solución que encontraron fue un acuerdo momentáneo entre las tres fuerzas golpistas; solución que significaba la derrota parcial de los fascistas, pero no su derrota total".

BPR:"La Junta no significa más que la búsqueda de un modelo de dominación, más burgués si se quiere, acorde a la necesidad de cambio del patrón de acumulación de capital".

LP-28: "Consideramos a esta Junta como de derecha y apoyada al mismo tiempo por las fuerzas democráticas".

PCS: "Nosotros no creemos que ahora se haya abierto un camino evolutivo, gradual y pacífico de transformación de esta sociedad injusta".
(Varios, 1980)

1980: en un proceso acumulativo la sociedad salvadoreña fue adquiriendo, primero, la convicción de que su entorno económico y político no formaban parte "natural" de su cotidianeidad y, más tarde, la conciencia de que el cambio era necesario y, sobre todo, posible. Este proceso que llevó años y cuyo impulso fue obra colectiva de diversas fuerzas políticas (incluyendo al ala progresista de la iglesia católica) logró concentrar su fuerza y tener direccionalidad a partir del esfuerzo desplegado por las organizaciones político-militares.

Estas hicieron posible que la acumulación política alcanzada por el movimiento popular y, en su terreno, por la oposición partidaria estuvieran presentes durante la coyuntura en que el modelo de dominación muestra signos claros de agotamiento. En todo caso, acelera el proceso descendente de la élite política que durante años sustentó el poder en el país. Como en todo proceso social, los actores políticos imprimen su sello a los acontecimientos pero éstos también afectan de un modo u otro a los actores. Así, las OPM que nacieron como respuesta alternativa a un modelo que empezaba a presentar signos de deterioro, más tarde serán una de las fuerzas que convertirán ese deterioro en crisis; y, una vez desplegada ésta, las OPM se verán obligadas a confrontar su concepción político-militar bajo la cual surgieron, con la realidad que la propia situación de crisis les impuso.

Las OPM no provocaron el agotamiento del modelo de dominación, pero sí fueron la principal causa de su crisis. El modelo se agotaba ya desde fines de los años sesenta por cuanto dejó de responder a las expectativas de la fracción moderna de la

burguesía: ningún modelo de modernización podía cuajar frente a la tozudez de una oligarquía tremendamente autoritaria en lo político y totalmente avejentada en lo económico. Hasta aquí las OPM seguían siendo actores de reparto.

En el proceso de convertirse en actores principales fueron aplicando las propuestas político-militares que conformaban su concepción estratégica. Bajo ese marco iniciaron una relación distinta a la que las organizaciones de izquierda tradicionales habían establecido con el movimiento popular; con las estructuras de autodefensa surgidas de las propias organizaciones populares, construyeron lo que más tarde sería uno de los más poderosos ejércitos insurgentes; lograron recoger y organizar en su momento el descontento de una parte de la población que buscaba salidas radicales cuando aún la situación política no era crítica; y estuvieron presentes como alternativa política a la desesperanza de todos aquellos que, creyendo en los procesos electorales, vieron el fin de sus expectativas con los fraudes del régimen.

En el desarrollo de esto, las OPM fueron convirtiéndose en el núcleo organizativo de acciones políticas que profundizaron la crisis de un modelo de dominación que de cualquier forma ya no tenía mucho futuro. Sin embargo, si bien este modelo exigía cambios profundos, no necesariamente el proceso debía implicar fracturas sociales; los sectores modernos de la clase dominante venían ejerciendo una presión paulatina pero sostenida en función de cambios políticos (desde los años sesenta, por ejemplo, los procesos electorales cumplían esa función de cambio gradual). Pero la historia torció su rumbo. En su papel de actores de reparto, las

OPM fueron adquiriendo experiencia. Cuando ya iniciada la década de los sesenta ni la misma clase dominante fue capaz de impulsar reformas al ejercicio de su dominación, las OPM estaban ya dentro del movimiento popular del país y eso introdujo cambios en la escena que recurrentemente se venía repitiendo en el país: las clases dominantes dirimieron siempre internamente sus diferencias. Las OPM pasaron a ser actores principales que, además, pretendían dirigir una obra nueva.

Es aquí donde debemos hacer por primera vez -entre las muchas veces que habremos de hacerla a lo largo del escrito- la pregunta que guía este trabajo: desde el punto de vista político, ¿fue pertinente la estrategia de las organizaciones político-militares salvadoreñas? Hasta el momento en que se produce lo que aquí he llamado la coyuntura de definición (octubre 1979-marzo 1980) esta pregunta podría ser contestada afirmativamente. En términos de los objetivos que las OPM -independientemente de los matices en cada una- se plantearon desde su origen, la concepción estratégica mostró ser la adecuada. En efecto, las OPM se propusieron construir una alternativa política popular al proyecto de las clases dominadas, más allá de si éste era reformista o autoritario; para ello definieron que las formas tradicionales de relación que la izquierda (para decirlo genéricamente) había ensayado durante décadas no garantizaban la consolidación de un proyecto popular revolucionario puesto que, desde su concepción, el problema principal no estaba tanto en el modelo político sino en el carácter del régimen que le daba cuerpo. Este régimen se sustentaba en el poder de una oligarquía que a lo largo de la historia había

mostrado ser refractaria al cambio, cuestión que no varió sustancialmente ni siquiera cuando el MCCA desató ciertos aires de modernización en el país.

Frente a un régimen con estas características los gradualismos en política parecían no llevar a nada. El modelo de dominación podría ser más o menos autoritario según lo permitiera la mejor o peor situación económica. Por efectos de una casi inercia política, probablemente sí el país hubiese logrado sortear la crisis con el esquema económico basado en la industria maquiladora que en los años setenta se pretendió impulsar, tal vez podría haberse dado un nuevo periodo de apertura política. Sin embargo, a la distancia, podemos decir que aún si las maquiladoras hubiesen logrado revertir las dificultades económicas (cuestión poco probable), la crisis mundial de los años ochenta y sus consecuentes transformaciones, de cualquier forma habrían obligado a profundos cambios en el país.

Evidentemente, las OPM no tenían en su agenda esta eventualidad, pero lo cierto es que la concepción bajo la cual surgen y se desarrollan se adelantó, sin saberlo, a construir la alternativa popular en un periodo en que la clase dominante pudo haber resuelto el problema por sí misma. En ese marco, la estrategia de las OPM mostró ser correcta. En las condiciones políticas y económicas del país en los años setenta; frente a un régimen con las características del salvadoreño; en base a una estructura institucional que por obsoleta y refractaria al cambio había perdido legitimidad; en un momento en que la "oposición democrática" no podía ocupar un espacio real en el juego político;

en condiciones así, la propuesta política liderada por las OPM tuvo un alto grado de adecuación con la realidad.

El desfase entre realidad y propuesta política vendrá más tarde generado por diversas causas (las cuales abordaremos en los siguientes capítulos). Pero hasta 1981 cuando el, para entonces, recién formado FMLN lanza la primera ofensiva, las decisiones estratégicas de las OPM mostraron ser correctas, si por esto entendemos su concordancia con las características del momento político en que se encontraba el país.

CAPITULO III. LOS FACTORES DEL AGOTAMIENTO DE LA ESTRATEGIA. LAS RAZONES DEL VIRAJE.

¿Bajo qué parámetros podemos definir si una estrategia política es correcta o no? Pareciera que con sólo comparar objetivos con resultados estaríamos en condiciones de contestar esta pregunta. Si esto fuera así, las cosas se facilitarían. Bastaría con revisar aquellos casos en que una organización política de cualquier tipo y signo logra lo que se propone para aceptar que, en efecto, su estrategia la llevó al triunfo; la ruta contraria sería similar: aquellas organizaciones que han sido derrotadas, lo fueron a causa de errores en su concepción estratégica. Con esto, tendríamos que en América Latina sólo dos estrategias insurgentes -para ubicarnos en el ámbito que aquí nos preocupa- que se plantearon la toma del poder podrían ser consideradas correctas: la cubana y la nicaragüense. Fuera de ellas, la lista de insurgencias armadas cuya estrategia "no fue adecuada", sería bastante larga.

Por muy esquemático que parezca esto, lo cierto es que generalmente en los análisis y apreciaciones sobre las insurgencias armadas latinoamericanas se suele, en última instancia, utilizar como parámetro el hecho de si la organización política triunfó o fue derrotada.¹ El problema es mucho más complicado que eso. En el terreno del enfrentamiento político se agrega un amplio abanico de aspectos: la estrategia del contrario, la fuerza propia y la del

¹ Pero no sólo en el análisis se suele abordar el problema desde esta lógica. Lo más grave es cuando esto se ha llevado también al terreno de la acción política. La historia de los movimientos armados en América Latina nos brinda muchos ejemplos de cómo algunas organizaciones han pretendido repetir artificialmente experiencias triunfantes.

contrincante, la capacidad para ganar adeptos, el manejo de la acumulación con que se cuenta, entre muchos otros. Si una estrategia política es capaz de superar en el terreno de la táctica (en el terreno concreto del enfrentamiento) los problemas que se le presentan, estaríamos bien en considerarla adecuada. Esto es cierto, pero el logro parcial o total de los objetivos que se propone una organización, los cuales se enmarcan en una determinada concepción estratégica, depende sin duda de un elemento decisivo: **el periodo político**. Lo pertinente o no de una estrategia depende de sí misma, de su correcta concepción, pero fundamentalmente del momento político en que es planteada. Por supuesto que ello no deriva mecánicamente en el triunfo, puesto que éste, en efecto, depende en grado sumo de una correcta puesta en práctica y de la capacidad para superar los obstáculos en el proceso mismo del enfrentamiento, pero el nivel de adecuación con el "periodo político" es condición esencial para abrir expectativas reales de triunfo. La victoria no es algo indefectible, pero las derrotas muchas veces sí lo son.

Más que hablar de estrategias "correctas" o "incorrectas", me parece que lo apropiado es, entonces, hablar de estrategias "adecuadas" o "no adecuadas" a una etapa o a una coyuntura política. Esto nos lleva a plantearnos si una estrategia se propone objetivos adecuados (y, por tanto, susceptibles de ser alcanzados), dadas las condiciones sociales, políticas y económicas sobre las cuales pretende incidir. Acercarnos de esta manera al problema posibilita que el análisis tenga un punto de partida distinto. No será a partir del triunfo o de la derrota de una organización, sino

a partir de la caracterización del periodo político, donde iniciaríamos el camino para valorar su pertinencia. Y no sólo esto, sino también los diferentes elementos que la componen: sus objetivos, sus métodos, sus acciones, sus propuestas, etcétera.

Pero, por cierto, este es un primer parámetro para el análisis. También debe estar presente el método, la forma con la que cada organización asume que su estrategia puede consolidarse y alcanzar los objetivos que se propone. Me parece que los estudios sobre las insurgencias armadas latinoamericanas se han centrado más en el método (o los métodos) que en la comparación entre la concepción estratégica -que enmarca a éstos- y su adecuación con la situación política. En otras palabras, nuestras principales preguntas han sido, por ejemplo, ¿fue o es el foquismo un "método" incorrecto? ¿lo es o no el "método" político-militar?; pero creo que hemos olvidado una pregunta aún más definitoria: ¿pretender la toma del poder por medio de las armas para instaurar una sociedad distinta a la que conocemos, es factible? Este último cuestionamiento es el que nos obliga a mirar hacia las condiciones sociales y políticas concretas si queremos contestarlo.

Creo que el análisis debería involucrar ambos tipos de preguntas. Una y otra nos pueden permitir respuestas menos simplistas que, por el contrario, estuviesen a la altura de la complejidad de un problema que tiene la doble característica de ser parte del terreno del análisis pero también del terreno de la acción política. En el plano de estudiar el fenómeno de las insurgencias armadas latinoamericanas, me parece que esta es una forma de abrir el análisis. Sin duda es de gran utilidad para el

estudio de las insurgencias que ya fueron; pero aún más útil es para analizar a aquellas que hoy, en las condiciones actuales, siguen actuando y aquellas otras que eventualmente surjan en el futuro.²

+ + +

El FMLN, una de las más poderosas insurgencias armadas latinoamericanas, dejó una pregunta en el aire: ¿por qué siendo depositaria de una enorme acumulación política y militar no logra su objetivo estratégico, tomar el poder? La comparación es ineludible: el FSLN en Nicaragua con muchos menos recursos, sobre todo de carácter militar, encabeza la insurrección popular que desmorona al régimen y derrota al ejército somocista. Los acontecimientos posteriores al 19 de julio de 1979 son parte de otra historia; la que aquí nos es útil es la que hizo posible un resultado distinto al del proceso salvadoreño.

No forma parte de los objetivos de este trabajo hacer un estudio comparativo entre los distintos resultados que cada experiencia tuvo; menciono el caso del FSLN sólo con el fin de hacer notar la complejidad de la pregunta. Con sus lógicas diferencias, ambas organizaciones armadas enmarcaron su acción

² Como se habrá notado, parto de asumir que la lucha armada no es un fenómeno frente al cual sólo podemos utilizar verbos en pasado; nadie puede asegurar seriamente que, debido a las transformaciones mundiales que todos conocemos, la lucha armada es historia cerrada. El problema no está en si resurgirá o no un periodo de movilización armada en América Latina (las condiciones en la región, en todo caso, parecen apuntar a que sigue latente la posibilidad), sino en cuán viable es, o será, ésta.

dentro de la concepción político-militar, ambas "superaron" la concepción foquista respecto de la vía armada, ambas lograron una inserción indiscutible con las masas e impulsaron un objetivo revolucionario. Ambas, sin embargo, concluyeron de manera diferente sus experiencias políticas como organizaciones armadas.

Las organizaciones insurgentes que se formaron en los años setenta en El Salvador tras la valoración de que en las condiciones políticas del país las estrategias tradicionales de la izquierda no provocarían el cambio revolucionario, demostraron al finalizar la década lo pertinente de su apreciación. Como planteamos en el capítulo anterior, cuando se desata la crisis política en el país - producto de condiciones nacionales pero profundizada por la movilización popular- las organizaciones político-militares (OPM) estuvieron en condiciones de evitar que la solución sólo quedara en manos de las clases dominantes. En este plano, su concepción sobre la necesidad de contar con una alternativa popular -la cual, desde su perspectiva, no podría generarse a partir de las formas tradicionales en que la izquierda en el país había funcionado-, mostró ser correcta.

También de cara a los resultados de un trabajo organizativo estructurado a partir de una concepción político-militar contraria al esquema foquista, las organizaciones que formaron el FMLN mostraron ser eficaces. No sólo el autoritarismo y la barbarie del régimen salvadoreño empujaron a grandes contingentes de la población a un acercamiento a las OPM, éstas ya tenían presencia dentro del movimiento de masas y habían logrado resolver uno de los dilemas que el foquismo no logró salvar y que formó parte de

las causas de su derrota: el que la necesidad de la lucha armada surgiera del propio movimiento de masas y que de sus filas se formaran los combatientes. Al iniciar la década de los ochenta la concepción político-militar había logrado en esencia concretizar su propuesta: el FMLN no era un grupo armado que se "implantaba" en el movimiento de masas, que buscaba "el apoyo" popular, sino era el núcleo organizativo que conducía la lucha por implantar un proyecto asumido por las masas.

¿Qué sucedió entonces? Me parece que la respuesta está en algo que apuntábamos al inicio: la concepción estratégica bajo la cual el FMLN movilizó, organizó, condujo e impulsó el proceso, se desfasó de las condiciones sociales y políticas que le dieron sentido y coherencia a su estrategia. Esas condiciones, que en los años setenta le otorgaron carta de credibilidad e hicieron viable y posible el logro de los objetivos que se proponía, sufrieron una modificación a tal punto, que consiguieron que la estrategia -la cual había mostrado su oportunidad y pertinencia- se alejara cada vez más del contexto y, por tanto, fuera perdiendo paulatinamente viabilidad.

En este orden de cosas, afirmar que el FMLN no toma el poder a causa de una concepción estratégica incorrecta, cierra la posibilidad de una explicación más profunda. Creo, más bien, que no toma el poder debido a que el tiempo político en que esto era posible (1980 y parte de 1981) dado que seguían vigentes y llevadas al extremo las condiciones sociales y políticas en función de las cuales tenía sentido la estrategia; ese tiempo político, decíamos, se agotó para el proyecto revolucionario. Las razones que

explicarían esto nos lleva al terreno de la táctica propiamente dicha.³ Pero lo cierto es que, hacia 1983, el panorama político salvadoreño empezó a dar muestras que se estaba transformando hasta llegar a ser profundamente distinto al que vio nacer a las OPM. Este capítulo tiene la intención de analizar estas modificaciones.

La readequación estratégica que hace el FMLN en función de un escenario que ha cambiado radicalmente, forma parte de un largo proceso que sólo habrá de cristalizar hasta 1989, momento en que el FMLN concretiza un viraje estratégico. Pero ya los objetivos eran distintos y, por tanto, la forma de alcanzarlos también.

3.1. Dos proyectos frente a frente.

Si, como decíamos en el capítulo anterior, el periodo que va de octubre de 1979 (con el golpe de Estado de la juventud militar) hasta marzo de 1980 (cuando definitivamente es derrotada la salida planteada por la oficialidad democrática), fue una coyuntura de definición, el lapso entre esto y la ofensiva general de enero de 1981 es un periodo en que los dos proyectos políticos se encuentran frente a frente, sin mediaciones, sin intermediarios. Es el periodo en que el conflicto se presenta de la manera más cruda y profunda. Con todo y lo dramático de la guerra que inicia en 1981, no es a partir de ella que los dos polos del conflicto, los dos proyectos de clase, se enfrentan cara a cara.

³ Las razones por las cuales la ofensiva de 1981 no logra el objetivo principal, por lo general se han analizado más en el terreno de la táctica: Villalobos (1981) (Guardado, 1989:36-42) (FMLN, 1987)

Entre octubre de 1979 y marzo de 1980 queda definido el carácter del conflicto: éste es, sin duda, un conflicto de clases y sus representaciones políticas. De ahí en adelante, las distintas fuerzas se reagruparán y, más allá de los matices o diferencias políticas, tenderán a acercarse a uno u otro de los polos.* Una vez que el carácter del conflicto queda al desnudo, el periodo siguiente (marzo 1980-enero 1981) puede catalogarse como una situación de profundo tensionamiento de ambas fuerzas políticas, en donde tanto la victoria como la derrota tienen la misma probabilidad de ocurrir para cada una de ellas.

A partir del golpe de octubre de 1979 las diversas fuerzas políticas se van definiendo. La primera Junta de Gobierno surgida tras el derrocamiento del Gral. Carlos H. Romero, en su composición mostrará el intento por unir a las fuerzas políticas de la llamada oposición democrática y a los sectores no represivos del ejército* en aras de aplicar su plan de reformas. Entre enero y abril la juventud militar es incapaz de controlar a los sectores duros del ejército y la oligarquía, quienes desatan la represión más

* Esta situación de polarización política no se mantendrá a lo largo del desarrollo del conflicto. Más adelante revisaremos cómo y por qué esto va cambiando, pero lo cierto es que en esa coyuntura esta era la característica principal del escenario político en el país.

* La primera Junta de Gobierno estuvo integrada por: el Cnel. Adolfo Majano, principal representante de la juventud y militar y líder del golpe de estado; el Cnel. Jaime Abdul Gutiérrez, miembro de la fracción pronorteamericana del ejército; Mario Andino, en representación del sector empresarial; Ramón Mayorga (Rector de la UCA, jesuita); Guillermo Ungo, del socialdemócrata Movimiento Nacionalista Revolucionario y representante del Foro Popular. (ver nota 7 del cap. II)

despiadada (si es que esto es posible) contra el movimiento popular.

Este, por otra parte, incrementa su actividad y radicaliza sus posiciones. El movimiento popular ingresa a una fase de acción distinta dejando atrás formas de lucha que fueron características del periodo 1975-79 (tomas de tierras, embajadas y ministerios, principalmente). A partir de enero de 1980 el movimiento popular utiliza las manifestaciones y la huelga como formas principales de lucha. Así, el día 22 se realiza una de las manifestaciones más impresionantes que se recuerde en el país al congregarse a alrededor de 200,000 personas para, en el marco del aniversario de la insurrección de 1932, anunciar el proceso de unidad de los frentes de masas; la siguiente gran manifestación en que se convierten los funerales de Monseñor Oscar Arnulfo Romero será el 31 de marzo. Ambas son violentamente reprimidas.

El proceso de unidad es otra de las importantes características de la coyuntura. La formación de la Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM)* es la expresión de la unidad de todos los frentes de masas, lo cual celebran precisamente con la manifestación del 22 de enero. En abril de 1980 los frentes de masas agrupados en torno a la CRM, establecen una alianza unitaria para la acción con el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) y con Movimiento Popular Socialcristiano (MPSC, escisión del PDC). Se forma, entonces, el Frente Democrático Revolucionario (FDR) que unirá a las organizaciones que forman los frentes de masas con los

* Se funda el 11 de enero de 1980 inicialmente por el BPR, el FAPU y la UDN (ésta última se retira de la Junta de Gobierno); unos cuantos días después se integran las LP-28 y el MLP.

partidos políticos.' El proceso unitario girará en esta coyuntura alrededor de la Plataforma Programática del Gobierno Democrático Revolucionario (GDR),* lanzado en febrero del 1980 por la CRM. A partir de abril, fecha en que se forma el FDR, las distintas fuerzas que lo componen organizarán sus actividades y ampliarán las alianzas.

Este proceso unitario es crucial. De hecho, anuncia la alianza que continuará durante todo el proceso y que habrá de perfilar una participación conjunta de las diversas fuerzas políticas de la oposición armada y no armada. El FDR y lo que unos meses adelante será el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN,

⁷ Además de los mencionados, se integrarán al FDR el Movimiento Independiente de Profesionales y Técnicos de El Salvador (MIPTES), la Asociación General de Estudiantes Universitarios (AGEUS), la Federación Unitaria de Sindicatos Salvadoreños (FUSS), la Federación de Sindicatos de Trabajadores de Alimentos, Vestido, Textiles, Similares y conexos de El Salvador (FESTIAVCS), la Federación Nacional de Sindicatos de Trabajadores Salvadoreños (FENASTRAS), Federación Sindical Revolucionaria (FSR), Sindicato Textil de Industrias Unidas (STIUSA), Sindicato de Trabajadores del Instituto Salvadoreño del Seguro Social (STISS). Se adscriben en calidad de observadores: la Universidad de El Salvador (UES) y la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA).

* El programa del GDR se da a conocer el 23 de febrero de 1980. Se proponía para el mediano plazo la construcción de "una sociedad nueva". Las organizaciones firmantes coincidieron en que esa sociedad no significaba un salto inmediato al socialismo. Se planteaba, más bien, integrar un "gobierno democrático, revolucionario, nacionalista, no alineado y pluralista" que impulsaría una serie de cambios radicales a nivel económico, social y superestructural. Según la Plataforma Programática, el GDR estaría basado en órganos de poder poular a cuyas directrices habría de sujetarse la futura Junta de Gobierno; desde una perspectiva social, se preveía crear alternativas al problema de vivienda, salud, educación, cultura, desempleo y se proponía establecer una nueva política salarial. Para esto, el GDR asumirá como prioridad la nacionalización de las principales industrias y una verdadera reforma agraria y urbana. Cfr. FMLN-FDR (1981).

unidad de las cinco organizaciones político-militares) mantendrán desde que establecen su alianza a partir de 1980 y hasta el fin del proceso, importantes diferencias en cuanto a planteamientos estratégicos, valoraciones sobre la coyuntura, sobre eventos políticos como el diálogo o las elecciones, etcétera. Sin embargo, su unidad se mantendrá a pesar de ello.

Durante 1980 el proceso unitario se consolida. Todas las organizaciones que forman el FDR serán el blanco de la represión, de tal manera que la unidad no sólo es parte de una estrategia acorde con la polarización que se va gestando en el país, sino forma parte de la posibilidad de supervivencia, sobre todo cuando entre enero y abril de ese año la Junta de Gobierno es rebasada por los sectores dispuestos a detener mediante la represión cualquier signo de fortaleza del contrario. La unidad de las fuerzas democrático-revolucionarias será la expresión de la polarización política y, al mismo tiempo, del fortalecimiento del polo revolucionario.

El ascenso del movimiento de masas es espectacular desde la manifestación del 22 de enero. El 24 de marzo de ese año es asesinado Monseñor Romero, arzobispo de San Salvador, y la efervescencia popular se desata de manera impresionante. Todos los signos parecen apuntar a que la insurrección popular es inminente. Las OPM tensionan fuerzas, pero en ese momento su poder militar se circunscribe a las estructuras de autodefensa que se han venido consolidando desde los últimos meses de 1979 y más aun desde la masacre a la manifestación del 22 de enero. Sin embargo, con todo

ESTA TESIS NO DEBE SALIR DE LA BIBLIOTECA

y tener una autodefensa bien organizada, las OPM la consideran insuficiente de cara a una eventual insurrección.

A fines de marzo se produce una tercera reorganización de la Junta de Gobierno. Los sectores democráticos que la conformaron en octubre de 1979 han renunciado ante la cerrazón de los sectores más duros del ejército y de la oligarquía. De los personajes de la oposición política democrática que participaron de la Junta, sólo José Napoleón Duarte del PDC se mantendrá en ella. Esta tercera Junta significará el retorno pleno y evidente de los sectores oligárquicos al control del aparato estatal. El Cnel. Majano, líder de la juventud militar que encabeza el golpe de Estado en octubre de 1979 se mantendrá también en la Junta hasta diciembre de 1980 pero ya sin ningún tipo de control frente a los sectores represivos que han retornado al poder.*

La efervescencia popular expresada en una gran cantidad de actividades de masas entre enero y marzo, a partir de este último mes y una vez que esa forma de lucha parece ir hacia el agotamiento tanto por el esfuerzo humano que significan las grandes manifestaciones como por el recrudescimiento de la represión, se abre un periodo muy importante donde la huelga será la forma principal de lucha.

Los preparativos para la insurrección continúan. Las OPM han valorado que la salida a la crisis abre la oportunidad de tomar el

* La acción de las bandas paramilitares queda, así, sin control. La vieja ORDEN (Organización Democrática Nacionalista) fundada en 1967 por el Gral. Alberto Medrano y el mayor Roberto D'aubisson ante lo que ya para esos años se veía como un paulatino ascenso de la protesta campesina, asume el sangriento papel de la represión junto a otras organizaciones paramilitares como Falange, Escuadrón de la Muerte, Mano Blanca y Unión Guerrera Blanca.

poder y encaminan sus esfuerzos a preparar la insurrección. Su propio proceso unitario se expresa por primera vez en mayo de 1980 al formar la Dirección Revolucionaria Unificada. Frente a un movimiento de masas que presenta todos los signos de estar a punto de lanzarse a una insurrección, las OPM parecen caminar con cierto retraso. El proceso unitario es una necesidad urgente, sobre todo por cuanto ya se están llevando a cabo enfrentamientos en algunos puntos del país.

Dos llamados a huelga serán definitorios en esta coyuntura en cuanto a capacidad de las OPM para encauzar la acumulación lograda durante todos esos meses en función de una insurrección popular. En medio de un clima tremendamente represivo contra los frentes de masas y sindicatos en las ciudades y, en el campo, contra la población en general (baste recordar la masacre del Río Sumpul en mayo donde participa el ejército hondureño apoyando a su similar salvadoreño y dejando un saldo de 600 personas asesinadas), el FDR hace un llamado a la huelga general. Ya con la experiencia del paro general del 17 de marzo, se realiza los días 24 y 25 de junio una huelga general que, según estimaciones, paraliza al país en un 50 por ciento, significativamente en la capital San Salvador. La huelga del 13, 14 y 15 de agosto que tendrá una efectividad del 70 por ciento (ECA, 1980) será, paradójicamente, el punto más alto de movilización popular pero marcará también el inicio del descenso en la curva. (Gilly, 1981)

En efecto, a partir de agosto es posible ver a un movimiento popular agotado por el enorme esfuerzo realizado desde 1978 y significativamente tras los meses que siguen al golpe de estado de

octubre de 1979; las grandes manifestaciones de inicios de 1980 más todos los recursos movilizados en los dos paros generales de junio y agosto llevan a un proceso de descenso en la movilización popular. Pero sobre todo, la tremenda represión (indiscriminada y masiva) que caracteriza a la respuesta gubernamental de todo 1980 ha causado estragos: el movimiento popular entra a una fase de reflujo que puede ubicarse a mediados de agosto tras la huelga de ese mes.¹⁰

Por lo demás, el proceso unitario refleja ya a estas alturas de 1980 que, dentro de la alianza opositora, el sector revolucionario (CRM-DRU) hegemoniza la conducción del proceso. Prácticamente todas las formas de movilización desde enero hasta agosto son organizadas y dirigidas por las dos instancias que unifican a los frentes de masas y a las OPM (éstas últimas en proceso de construcción de la unidad de fuerzas militares). La llamada "oposición democrática" en todo este proceso tiene, sin duda, un papel esencial en términos de organización de un mayor abanico de fuerzas, pero asimismo en este periodo la propia polarización en el país las lleva a ir a la zaga de la conducción revolucionaria. A lo largo de 1980 todo parecía indicar que no había cabida para las soluciones intermedias.

¹⁰ El 21 de agosto STECEL (sindicato nacional electricista afiliado a FENASTRAS) realiza un paro de labores; los 2,000 sindicalistas exigen la derogación del decreto que prohíbe la sindicalización a empleados públicos, así como la reinstalación de los obreros despedidos a raíz de su participación en la huelga general de mediados del mismo mes. Al día siguiente del paro el gobierno militariza los servicios públicos y encarcela a los doce dirigentes de STECEL. En los primeros días de septiembre los electricistas realizan un nuevo paro por la liberación de sus líderes, pero éste no tiene ningún éxito.

El clima político entre enero y agosto, por tanto, no puede ser menos que calificado de pre-insurreccional (con mucho más evidencia entre enero y marzo). Los llamados a salir a las calles y a realizar paros o huelgas, son acatados a pesar de que la represión es un peligro evidente. Al menos hasta agosto de 1980 es claro que sólo bastaba un llamado al levantamiento general para que éste fuera respondido. Las OPM, sin embargo, valoran que un levantamiento en las condiciones de fuerza militar en que se encuentran iba dirigido al fracaso. Muy probablemente la decisión de no llamar a la insurrección produjo una discusión muy fuerte al interior de la DRU; quizá eso explique la salida de una de las organizaciones (FARN), la cual se reintegrará en octubre.

El reflujo del movimiento de masas se hace aún más profundo al ser descabezada prácticamente toda la dirigencia del FDR en noviembre de 1980. Seis de sus dirigentes son secuestrados durante una conferencia de prensa y posteriormente aparecerán asesinados. A pesar de que en la misa oficiada en honor a ellos aparecerá la nueva dirigencia del FDR lo cierto es que el golpe recibido, sobre todo si se piensa que eran momentos en que se estaba preparando la insurrección, fue demoledor.

Para la DRU -que el 10 de octubre se transformará en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN)-, existe un acuerdo básico: la sola insurrección de las masas no basta para derrotar al ejército y, en consecuencia, al régimen. De aquí en adelante se consolida la idea que para el FMLN será la fórmula capaz de obtener el triunfo: la unión entre guerra e insurrección,

es decir, la fuerza militar y la fuerza de las masas cuya confluencia será garantía de victoria.

Bajo este supuesto, a partir de septiembre una cantidad importante de los cuadros políticos insertos en el movimiento popular se trasladan a engrosar las filas de las fuerzas propiamente militares. La represión ha causado estragos, sin duda, pero también la necesidad de acrecentar la fuerza militar en función de empatar ésta con una eventual insurrección -a la cual, a pesar del reflujo de masas, aún se valora como probable- provoca un cierto debilitamiento en el movimiento popular.

Desde la perspectiva del recién formado FMLN, en 1980 el país estaba viviendo una situación revolucionaria. De ahí que el esfuerzo principal se haya dirigido desde septiembre a unir las diversas acumulaciones que en el trabajo de masas y en el aspecto militar, así como en el ámbito de las relaciones políticas externas, tenían cada una de las cinco organizaciones a fin de ponerlas en función de la fase preparatoria de la insurrección. A pesar de los signos de reflujo, para el FMLN ésta aún era posible. De hecho, todo el trabajo político con el movimiento de masas durante 1980 tuvo como objetivo principal sostener la acumulación al interior del movimiento popular mientras a marchas forzadas se trabajaba para lograr un mínimo de fuerza militar que acompañara una eventual insurrección. En esencia, el FMLN buscaba superar esta debilidad que hizo que, cuando el ánimo insurreccional en las masas estaba presente (enero-marzo 1980), la insurgencia hubiese sido incapaz de asumir su papel de conducción.

En estas circunstancias, los llamados al diálogo que poco después de su fundación lanza el FMLN, no sólo tienen un mínimo impacto político en el país, sino también al interior mismo de la unidad. Estos llamados a la Junta de Gobierno tienen el objetivo de dialogar sobre las formas y mecanismos que pudiesen frenar la cada vez más evidente injerencia norteamericana en el conflicto¹¹ y lograr así una "solución entre salvadoreños".

La Junta de Gobierno ignora tales llamados a dialogar. Por su parte, el FMLN continúa los preparativos de la ofensiva general que finalmente será lanzada el 10 de enero de 1981 bajo el supuesto de que el pueblo se lanzaría a la insurrección. Cabe señalar que en la decisión de lanzamiento de la ofensiva incidió de manera muy importante el contexto internacional: contra las predicciones, Carter había sido derrotado por un candidato, Ronald Regan, que durante toda su campaña manejó un lenguaje ultraconservador. El triunfo de Reagan presagiaba condiciones totalmente adversas para los movimientos revolucionarios.

3.2. Enero de 1981: una ofensiva sin insurrección.

Más que un análisis de los aspectos militares de la ofensiva de 1981 (vid. Villalobos, 1981: 11-12; ECA, 1981:19-24), mi intención en esta parte del escrito es revisar sus consecuencias en otros planos. Por todos es conocido que a partir de esa ofensiva se abre en El Salvador un nivel distinto del conflicto -la guerra- lo

¹¹ Visto en perspectiva, hacia octubre de 1980 el papel jugado por el gobierno norteamericano era mínimo, sobre todo si se le compara con la contundencia que adquiere tras el ascenso de la Administración Reagan en febrero del siguiente año.

cual deriva en un replanteamiento de la situación por parte de cada una de las fuerzas políticas. Pero mi interés no es tanto analizar los pormenores de la guerra interna, sino abordar el significado de una ofensiva que no empató con la insurrección y, sobre todo, las consecuencias posteriores para la estrategia del FMLN.

El 10 de enero de 1981 -y frente a un movimiento de masas que no sale del periodo de reflujo- se inicia lo que inicialmente el FMLN llamó "ofensiva final" y que más adelante aclarará, fue una "ofensiva general". Uno de los aspectos menos analizados es el por qué del fracaso. Con el ánimo de apuntar tan sólo algunos elementos que debieran ser tomados en cuenta para un análisis más profundo, podríamos decir que influyeron no sólo errores de conducción (algunos de los cuales se presentaron en las primeras horas del lanzamiento de la ofensiva) (Villalobos, 1982:2-5) sino, fundamentalmente la falsa apreciación sobre el ánimo de las masas urbanas. Estas, no se lanzaron a la insurrección. Las valoraciones acerca de que el esfuerzo militar podría hacer salir del reflujo al movimiento de masas quedan desmentidas por una realidad evidente: ese movimiento de masas que durante buena parte de 1980 se movilizó de manera impresionante -algunas veces incluso con intenciones insurreccionales- había llegado al agotamiento. Fue imposible remontar la etapa de reflujo.¹²

¹² Así queda registrado en el Parte de Guerra # 1: de las ocho acciones del primer día de la ofensiva que en ese documento se describen, sólo una se refiere a brotes insurreccionales en barrios de la periferia de San Salvador (FMLN, enero 1981), el resto son ataques a cuarteles, enfrentamientos armados, tomas de radiodifusoras, etcétera.

Me parece necesario apuntar que esta apreciación -es decir, la valoración del FMLN con respecto a la posibilidad de recuperar el ánimo insurreccional de las masas- tenía un error de fondo: prácticamente durante todo el proceso el FMLN concibió a la insurrección popular como un fenómeno que puede ser provocado por una organización político-militar, y no como un estallido social de altísimo nivel que, si bien requiere de una conducción política y un trabajo organizativo en función de crear condiciones, no puede ser ella misma la generadora del espíritu insurreccional.

El problema es otro. Las masas se organizan y luchan por sus reivindicaciones económicas, sociales y políticas, pero no prefiguran concientemente que lo hacen para insurreccionarse. La insurrección como tal es producto, en última instancia, de una profunda conciencia colectiva, primero, acerca de que las condiciones sociales y políticas se han agravado extremadamente y, segundo, que se avizora una mínima posibilidad de triunfo. Ninguna "vanguardia" puede introducir esta percepción en el movimiento de masas; puede, en todo caso, como apuntábamos arriba, acelerar el proceso de polarización política, llevar al extremo las contradicciones y, sobre todo, puede (y debe) abrir perspectivas de triunfo. Pero su función es organizativa y de conducción para dirigir el proceso. Con toda la complejidad que esto implica, esa vanguardia no puede ir más allá, no puede hacer que el movimiento de masas asuma los altísimos costos y riesgos que conlleva disponerse a la insurrección.

Mientras en las ciudades la insurrección, y su esperada combinación con la huelga general, son las grandes ausentes (salvo

brotos aislados en algunos barrios³³), en el campo la situación es distinta. El arraigo político que algunas organizaciones del FMLN tienen en distintos puntos del área rural se expresa con una gran participación que adquiere tintes insurreccionales frente a la toma de cuarteles y/o ciudades. Tras el fracaso de la ofensiva, en el campo se presenta un fenómeno también poco analizado a pesar de su importancia: las masas campesinas que se insurreccionaron no podían dar marcha atrás.

Las acciones insurgentes en el interior del país (salvo el operativo en Santa Ana que fracasa), consolidan lo que será de ahí en adelante la retaguardia militar más importante: el norte y oriente del país. En las zonas rurales insurreccionadas es evidente que había implantación orgánica, y después de la insurrección la población alzada no podía retornar al marco de legalidad, por lo que la organización existente cobró un carácter predominantemente militar, además de que los combates -los más álgidos desde el origen de las organizaciones político-militares- foguearon cuadros, depuraron concepciones militar-organizativas e hicieron dramáticamente evidente que sin unidad no habría triunfo.

³³ "3. Once poblaciones de la periferia de San Salvador se encuentran insurreccionadas. En Ciudad Delgado se hizo retroceder y replegarse a la Guardia Nacional y al Ejército. Otras de las poblaciones insurreccionadas son: Soyapango, Ciudad Credisa, Col. Amatepec, Col. Guadalupe, Santa Lucía, San Martín, Ilopango, Mejicanos y Apopa. En las entradas de Amatepec y Credisa han sido atravesados vagones de ferrocarril". (FMLN, enero 1981). Mientras tanto, el llamado del FDR a la huelga general es acatado por espacio de sólo dos días. La militarización de oficinas públicas y fábricas importantes, junto a los fuertes operativos contrainsurgentes desplegados en la periferia de San Salvador y otras ciudades importantes, fueron obstáculos que no pudieron ser superados

Tras la ofensiva de 1981, la acumulación militar irá en paulatino ascenso profundizando el desfase entre el desarrollo de la guerra y la maduración del ánimo insurreccional al interior del movimiento de masas. Problema éste que, en definitiva, nunca fue superado a lo largo del proceso. Desde esta primera ofensiva y a lo largo del proceso de guerra, incluyendo la última de las grandes ofensivas insurgentes en noviembre de 1989, el esquema se mantuvo: guerra e insurrección serían los dos factores que debían empatar para provocar una coyuntura de poder.

Ciertamente a partir de 1981 la guerra en el país permeó al conflicto y, sin duda, las repercusiones humanas de esto son algo que no puede obviarse. Pero en cuanto a los objetivos de mi escrito, considero que más allá de la crudeza con la que se desarrolló el conflicto -cuyo análisis no por casualidad la Comisión de la Verdad tituló De la locura a la esperanza-, éste quedó definido en 1980 y 1981. En 1980 porque la insurrección popular que se gestaba no logra empatar con la, en ese momento, escasa fuerza militar de las OPM; en 1981 porque la ofensiva, que da muestras de que ese flanco débil ha sido superado, no tiene su contraparte con un ánimo insurreccional que hacia esas fechas ha decaído. De ahí que a partir de 1981 la creciente acumulación militar y política que va adquiriendo el FMLN en el curso de la guerra no logra detener lo que más tarde, paulatinamente, se convertirá en su principal obstáculo: el cambio en las condiciones políticas del país. Al no lograr sus objetivos entre 1980 y 1981, los sectores dominantes tuvieron el tiempo político suficiente (del cual carecieron en ese lapso y fue su espada de Damocles), para el

reacomodo interno. Contar con ese tiempo les permitiría impulsar y afirmar un proyecto político que, con la ayuda norteamericana, cambiará profundamente la situación nacional.

Con los resultados de la ofensiva -que, repito, no niegan de ningún modo la indiscutible calidad política y militar del FMLN, sobre todo la que a partir de ahí, en el desarrollo de la guerra, irá mostrando- se abre un periodo distinto en el conflicto. Por lo general, los análisis sobre el proceso salvadoreño se centran en el desarrollo del conflicto en el marco bélico, pero poco se ha dicho sobre el cuadro de consecuencias distinto que se genera a partir de 1981 y que será el principal factor que afectará la estrategia del FMLN: la creación de condiciones políticas nuevas.

En cuanto a lo interno, éstas son: una **nueva institucionalidad**; un **movimiento popular de nuevo tipo**; una **recomposición de las fuerzas políticas** en el país. Y, en el ámbito externo: un **cuadro regional enteramente distinto** al que prevaleció entre 1979 después del triunfo del FSLN en Nicaragua y 1982. Son estos factores actuando interrelacionadamente los que llevarán a lo que aquí hemos llamado el "desfase de la estrategia" original del FMLN. Fue ese cambio lo que, en última instancia, llevó al agotamiento de la estrategia insurgente.

3.3. La estrategia norteamericana: un actor de primer orden.

La estrategia norteamericana impulsada durante la administración Reagan es uno de los factores de mayor impacto en la región en general y en las situaciones nacionales centroamericanas. Con el ascenso de la llamada "nueva derecha" que lleva a Ronald

Reagan al frente de la presidencia norteamericana, da inicio la aplicación de una estrategia económica, política y militar en función de recuperar a nivel mundial la "hegemonía perdida" durante el periodo de James Carter". En América Latina, el primer caso-prueba lo constituyó Centroamérica, concretamente el gobierno sandinista y las insurgencias salvadoreña y guatemalteca.¹⁴

Frente a Nicaragua, el objetivo fue revertir el proceso, destacadamente a través del ejército contrarrevolucionario, pero utilizando también otros instrumentos (Bermúdez y Benitez, 1987); frente a las insurgencias de la región el objetivo fue frenar su avance bajo la consigna de evitar "otra Cuba" en el continente, especialmente en El Salvador (Cavalla, 1980). La asistencia militar norteamericana a la región ascendió vertiginosamente: de 10 millones que fueron otorgados en 1980, para el año 1984 alcanzó los 283.2; de éstos, el 60 por ciento tuvo como destino El Salvador. En la segunda mitad de la década, la ayuda llegó a ser de 852 millones de dólares, de los cuales las dos terceras partes correspondió a El Salvador (Vilas, 1994: 163).

La ayuda norteamericana tuvo un doble papel en El Salvador: por una parte, fue pieza fundamental en el armado de la estrategia contrainsurgente tanto en lo referente a su diseño, como en cuanto al apoyo logístico (Sánchez, 1981, 1986; Bermúdez, 1988); por otra

¹⁴ Véase, entre otros: Halliday (1989: 105-127, 214-245), Insulza (1989:113-135), Selser (1988), Castro (1986)

¹⁵ Sobre la concepción global de la estrategia norteamericana en los ochentas, así como su instrumentación para el caso específico de la región centroamericana (y en cada caso particular), véase el notable estudio de Bermúdez (1988), así como Cuenca (1986).

parte, la ayuda propiamente económica aportó una base sustancial sobre la cual el régimen salvadoreño logró la recomposición política. Ambas funcionaron como el sostén del régimen a lo largo de toda la década de los ochenta y fue crucial en momentos decisivos como enero de 1981 y, más tarde, noviembre de 1989. Sin duda, la debacle del ejército salvadoreño fue impedida gracias a la injerencia norteamericana.

Pero aquí quisiera analizar otro aspecto de la presencia norteamericana y que tiene una relación directa con el cambio en las condiciones políticas del país, las cuales van provocando el desfase de la estrategia del FMLN. Me refiero al proyecto político avalado por la administración Reagan y que no sólo estuvo dirigido a El Salvador, sino tuvo un objetivo de carácter regional. La presencia norteamericana no se circunscribió a los aspectos propiamente militares y de apoyo económico a los gobiernos afines; también se encuadró bajo un marco de carácter político que buscaba reconstruir los regímenes asediados por las insurgencias o bien aquellos que podrían correr el peligro de estarlo.

La regionalización del conflicto fue producto de la estrategia norteamericana. De conflictos cuyo origen estaba dentro de los propios países centroamericanos, el problema se generalizó a otros donde no existía el mismo grado de agudeza en el conflicto interno. Cada país tuvo, dentro del esquema norteamericano, un papel: Honduras funcionó como territorio para la instalación de bases militares (Selsor, 1983) y para el despliegue de las maniobras militares conjuntas (Córdova;1986); Costa Rica formó parte de la pinza política contra Nicaragua; este último fue el territorio

donde se abrió la posibilidad de mostrar la "pertinencia" de la idea de la nueva derecha norteamericana acerca de que era posible revertir los procesos revolucionarios en el poder; El Salvador fue la arena donde fue posible probar el nuevo esquema contrainsurgente reformulado tras la derrota en Vietnam.

No olvidemos la idea prevaleciente en el gobierno norteamericano -resumida en el llamado "efecto dominó"-: tras la "caída" de Nicaragua, el peligro se cernía sobre El Salvador y Guatemala. Dentro de esta lógica, los gobiernos centroamericanos no sólo se encontraban cercados por el gobierno nicaragüense, sino internamente lo estaban por los alzados en armas. La llamada política de "doble carril" (Cuenca, 1986) aplicada por Estados Unidos funcionó bajo esos supuestos y, por tanto, la ayuda económica y militar resultaba esencial para sostener a los regímenes asediados y les daría la posibilidad de construir una nueva institucionalidad, aspecto esencial que cerraría la pinza contra la subversión. De esta manera, la injerencia norteamericana no sólo sirvió de dique a los movimientos insurgentes sino se constituyó en un pivote esencial de la reestructuración del poder en la región.

Desde la perspectiva norteamericana el régimen salvadoreño se encontraba en medio de dos fuegos: por una parte, la extrema izquierda representada por la guerrilla y sus aliados y, por otra, la extrema derecha. El aval político al esquema de recomposición que inicia la clase dominante a partir de 1982 funcionó bajo este esquema, de ahí que por una parte el gobierno norteamericano sostuvo hasta el final la ayuda económica a El Salvador y mantuvo

bajo presión a los sectores más recalcitrantes de la derecha salvadoreña dentro del ejército y dentro de la oligarquía.

Y esta concepción encajó perfectamente en el esquema que los sectores modernos de la clase dominante salvadoreña decidieron impulsar. Mientras se sostenía el esfuerzo de guerra, ese nuevo esquema fue paulatinamente aplicado en el país.

3.4. En busca de una nueva institucionalidad.

El piso sobre el cual se sostenía la estrategia del FMLN y que le dio sentido, coherencia y marcó ritmos en su sentido más esencial, fue cambiando. La lógica del poder y el esquema de dominación en el país se fue modificando sin que el FMLN detectara y, sobre todo, valorara el carácter de las transformaciones que se daban en el contexto político.

Una vez que el ejército salvadoreño gracias a la invaluable ayuda norteamericana logra contener su debacle ante la ofensiva del FMLN en 1981 y una vez que a partir de 1983 es clara la percepción de que la guerra no tendrá una solución en el corto plazo, los sectores en el gobierno empezarán a prepararse en dos sentidos: por un lado, para enfrentar una guerra de largo aliento; y, paralelamente, para iniciar el proceso de recomposición política interna.

Ambos caminos no resultaron de fácil hechura puesto que la insurgencia fue consolidándose tras la rearticulación de sus fuerzas y el recomodo de su estrategia militar en los meses posteriores a la ofensiva, mientras que al interior de la clase dominante la oligarquía había recibido un golpe muy fuerte, pero no

lo suficiente como para aniquilarla por completo. El nuevo proyecto de reinstitucionalización debió no sólo enfrentar la creciente fuerza del FMLN -y el peligro constante de su poder en el plano militar- sino también los obstáculos para el fortalecimiento de un sector del grupo dominante que pretendía estructurar un nuevo esquema de dominación.

El anterior ya había caducado. Más allá de la existencia o no del proyecto popular impulsado por el FMLN, lo cierto es que el modelo político en el país requería de profundas transformaciones que abrieran espacios y posibilidades a un proceso de modernización. Como mencionamos anteriormente, la existencia de un proyecto alternativo al dominante, fue el factor que impidió que esa necesaria modernización, y las contradicciones inherentes a ella, pudiese darse como un proceso dirigido y resuelto exclusivamente entre los sectores del bloque dominante.

De manera que dicha recomposición se inicia en el marco de un profundo conflicto nacional no resuelto. Esta particularidad marcará el proceso de reinstitucionalización del Estado salvadoreño. De ahí que, sin perder su objetivo de modernización, debió revestirse de un ropaje contrainsurgente. En efecto, la búsqueda por una nueva institucionalidad perseguía la doble finalidad de minar por el lado político al FMLN (mientras en lo militar se sostenía la guerra) quitándole el argumento de que las armas eran la única posibilidad de provocar los cambios en un régimen tan autoritario como el salvadoreño, pero también reconstruir el modelo de dominación agotado para dar paso a otro

que pudiese amparar y sostener un modelo que modernizara la economía del país.

No puede dejar de mencionarse que esta readecuación en el sistema de dominación salvadoreño se inscribió en el marco del diseño norteamericano que -ya con Ronald Reagan a la cabeza- se pretendía para la región centroamericana en su conjunto. Es decir, la idea central era "crear" gobiernos de centro capaz de liquidar tanto a la "extrema izquierda" (léase insurgencia) como a la "extrema derecha". Para lograr un mínimo de legitimidad fue necesario impulsar cambios de carácter jurídico que crearan condiciones para consolidar a los procesos electorales como el eje central del sistema político. No es casual, en todo caso, que tanto en El Salvador como en Guatemala los procesos en tal sentido coincidieran en el tiempo.¹⁶

Da inicio, así, a un proceso de institucionalización cuyas primeras expresiones se dan a nivel jurídico con una serie de reformas que permitirán, primero, un reacomodo de las fuerzas políticas y culminarán con la promulgación de una nueva Constitución en 1983. El proceso global de institucionalización vivió dos fases: la primera de ellas tenía como intención el reacomodo del bloque hegemónico que había sufrido un serio revés producto de la ofensiva y sus consecuencias; en un segundo momento -y una vez logrado tal recomposición- las reformas jurídicas se dirigieron a modificar al sistema político como tal.

¹⁶ Un balance interesante sobre ese periodo de la política norteamericana desde Ronald Reagan hasta William Clinton, en Bermúdez (1995: sobre todo cap. IV y cap. VI).

Uno de los ejes sobre los que giró este proceso lo constituyeron las elecciones. El terreno político se fue modificando alrededor de ellas, puesto que en función de su puesta en marcha se generaron recomodos políticos importantes. Uno de los destacados, por las consecuencias que generó, fue el reciclaje de la actividad de los partidos. Los sectores dominantes no oligárquicos comprendieron por primera vez la importancia de organizarse alrededor de un partido, cuestión que hasta ahora no les había sido necesaria puesto que la función era cumplida por las fuerzas armadas. El viejo Partido de Conciliación Nacional (PCN) agrupaba desde los años sesenta a algunos sectores de la oligarquía y su función original (la de servir de parapeto a la presencia del ejército en el régimen) no respondía a las nuevas condiciones en el país ni en términos de su composición clasista, ni en cuanto a sus objetivos políticos. Los sectores modernizantes no cabían en un partido tan desgastado, y tampoco podían quedar al margen de una participación política activa.

ARENA como agrupación que dio cuerpo a un conjunto de propuestas en torno a la salida de la crisis nacional, cumplió un papel de primer orden. Por supuesto que esto no se dio sin fuertes contradicciones internas: ARENA también agrupó en sus inicios a sectores de la derecha más recalcitrantes cuyo líder máximo, Roberto D'aubisson, forma parte de la tremenda historia de represión y muerte en el país¹⁷, pero incluyó también a una derecha cuyo proyecto económico-político rompía con el esquema oligárquico.

¹⁷ Sobre el origen y desarrollo de ARENA, así como de las fuerzas integrantes, véase CINAS (1988:127-161) y Gaspar (1989)

Este último sector se convertirá en hegemónico al interior de ARENA casi al final de la década y llegará a la presidencia del país en 1989 con Alfredo Cristiani.

Pero, decíamos, alrededor de los eventos electorales también otros partidos entran a una etapa distinta. Para 1983 la escena política cuenta con la presencia de varios partidos: ARENA; el Partido Demócrata Cristiano (jugando un papel muy distante de aquel que tuvo en la década de los sesentas); el Frente Democrático Revolucionario (FDR) que agrupa a los partidos Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) (Valle, 1993: 483-512) y el Movimiento Popular Socialcristiano (MPSC) y que, no obstante su participación electoral, mantienen su alianza con el FMLN¹⁴; y el viejo Partido de Conciliación Nacional (PCN).

Destaca en todo esto un aspecto importante: la situación fue perdiendo su característica de enfrentamiento entre dos polos principales. El conflicto político que al iniciar la década de los años ochenta se convirtió en guerra, tenía como actores fundamentales, por un lado, al FMLN en representación de un

¹⁴ Si bien la alianza FMLN-FDR se mantuvo, como se sabe, prácticamente hasta el momento de la firma de los Acuerdos de Paz en 1992, a lo largo del conflicto sufrió modificaciones. Paulatinamente cada uno de los aliados fue separándose de hecho debido al carácter de sus concepciones sobre la forma de resolver el conflicto: el FMLN era una estructura político-militar cuya dinámica estaba, en última instancia, estrechamente ligada con la guerra; el FDR fue reforzando más su actividad en el plano de la participación partidaria. Aunque la alianza se sostenía por cuanto ambas agrupaciones sostenían una visión progresista sobre el futuro del país, su práctica concreta, producto de estrategias distintas para lograr el cambio (una armada y otra no-armada), los llevaba hacia una autonomía cada vez más clara. Hacia 1986-87 cuando la lucha electoral ha sentado sus reales en el país, ambos llegan a una especie de acuerdo a fin de no interferirse mutuamente en sus respectivas actividades.

proyecto popular y todas las fuerzas políticas que giraban en torno a esos objetivos, y al ejército y gobierno, por otro lado, que representaban al proyecto dominante y, también como su contrario, eran el eje que aglutinaba a las fuerzas anti-proyecto popular. Esta situación de extrema polarización fue revirtiéndose bajo los efectos de la reestructuración institucional que va logrando el régimen salvadoreño. Paulatinamente se fue abriendo una compuerta que permitió el fortalecimiento de aquello que atinadamente Ignacio Ellacuría llamó "la tercera fuerza".

En efecto, ese espacio abierto tuvo la virtud de reciclar otra opción fuera de las dos únicas posibles cuando el conflicto se recrudeció. Aquellos partidos que a fines de los setentas dejaron de tener espacios de acción dado el nivel al que llegó el enfrentamiento político, nuevamente tuvieron razón de ser y su actividad adquirió un renovado sentido. Alrededor de ellos, entonces, se fueron agrupando sectores, grupos o individuos para quienes asumir una u otra de las opciones políticas les implicaban altos costos que no estaban dispuestos a asumir. Se fue formando así una franja de actores políticos que se fue conformando como una opción para la participación fuera del esquema bélico.

Más allá del sentido que tuvieron los procesos electorales, más allá que la modificaciones institucionales se basaron en una concepción de democracia profundamente discutible, más allá del marco de guerra y del sostenimiento de éste por parte del ejército, más allá de que hasta el último momento las Fuerzas Armadas apostaron a la derrota militar del FMLN; lo cierto es que la

estructura institucional fue ganando legitimidad dentro del país y, sin duda, de cara al exterior.

Puede argumentarse que dicha legitimidad -en tanto se fincaba sobre bases excluyentes puesto que sólo daba cabida a quienes aceptaran las reglas del juego y frente a quienes no estaban dispuestos a hacerlo seguía presente el expediente represivo-, era una legitimidad frágil. Sin embargo, aun con este carácter, fue lo suficientemente útil como ir distendiendo el panorama político. Aquí es necesario enfatizar que esta "distensión" por supuesto no se refiere a que la guerra dejó de ser un fenómeno al margen, o que los hechos represivos dejaron de existir; por el contrario, como decíamos arriba, el proceso de institucionalización estuvo marcado por un evidente sentido contrainsurgente, de ahí que la democracia a la que tanto se apelaba, en realidad -y paradójicamente- tenía un origen antidemocrático. El FMLN seguía siendo el enemigo a vencer bajo cualquier circunstancia y contra él, y lo que representaba, se aplicaron todos los recursos: los propiamente militares en la guerra, pero también aquellos que, como marcaba el "Plan Unidos para la Reconstrucción" de factura castrense, coadyuvarían a "quitarle el agua al pez" (Sánchez, 1987).

En este sentido, cuando hablo de "distensión" me refiero al hecho de que el afianzamiento de la institucionalidad, propició la existencia de otras fuerzas políticas más allá de las que abanderaban el enfrentamiento principal. Los partidos políticos volvieron a tener un papel importante que desarrollar en las nuevas condiciones y, en un país que empezaba a cansarse de la guerra, esto fue abriendo el abanico de posibilidades para la participación

política. El juego electoral volvió a aparecer para muchos en el país (fuerzas políticas o ciudadanos particulares) como una arena donde los cambios quizá podían ser posibles.

Este fue el panorama que el FMLN (visto en conjunto) no fue capaz de captar en su sentido más profundo ni percibir que, a diferencia de las elecciones de la década de los sesentas y setentas, las que se desarrollaban en el marco de la guerra, tenían un objetivo distinto. Ya no eran exactamente el espejismo mediante el cual el régimen lograba dar la apariencia de democracia y ocultar la cara autoritaria del sistema; las de los años ochenta fueron elecciones cuyo objetivo era consolidar un modelo de dominación nuevo (no democrático, aclaro, pero sí distinto al modelo oligárquico) que sabía que debía abrir espacios reales a la participación política a las nuevas fuerzas. En ese sentido -y sólo en este- las elecciones no eran una farsa, sino el pivote mediante el cual todo el sistema político podría reconstruirse.

Pero el FMLN mantuvo la misma concepción hacia los procesos electorales que tuvo desde los años setenta. En tanto los siguió considerando una "vía agotada" en el país, no fue capaz de percibir que si bien seguían siendo un instrumento de legitimidad, ahora el marco en el que funcionaban era distinto y, por tanto, su finalidad había cambiado. De ahí que, antes de llegar a la percepción del nuevo carácter que habían adquirido las elecciones -conclusión a la que llegan hacia 1989, como veremos más adelante-, su posición fue boicotear los procesos electorales. Y quizá lo más grave es que en el plano de la percepción individual, igual que en las décadas anteriores aunque con todas las distancias del caso, nuevamente

para una porción importante de la población las elecciones volvían a tener algún sentido.²⁸

3.5. El panorama regional se transforma.

Otro de los elementos que empata con las transformaciones internas y que, como pieza de rompecabezas, se va ensamblando para modificar de conjunto las condiciones políticas al grado de llevar al desfase de la estrategia del FMLN, es el contexto regional.

Quiero abordar aquí el impacto que produjo el fenómeno de negociación regional que inicia en 1987 cuando los presidentes centroamericanos (excepto el de Nicaragua) se reúnen en Esquipulas, Guatemala, para encontrar una solución "entre centroamericanos" a un conflicto que amenazaba con sumir a la región en una guerra generalizada. Mi interés es llamar la atención sobre las consecuencias que el proceso de pacificación regional tuvo en los conflictos nacionales, concretamente en El Salvador, y el efecto que esto tuvo en la estrategia del FMLN. Por esta razón no abundaré ni en la estrategia norteamericana que provocó la regionalización del conflicto, ni revisaré los pormenores del proceso regional conocido como Esquipulas.²⁹ Con respecto a estos dos aspectos -cada uno de los cuales es un tema en sí mismo- aquí me restringiré a hacer algunos señalamientos que me permitan enmarcar las razones

²⁸ No quiere decir esto que existiera una credibilidad absoluta de la población hacia las elecciones. Para muestra tenemos los altos índices de abstencionismo.....Pero si bien un gran número de salvadoreños no acudían a votar, tampoco eso los llevaba a asumir activamente otra vía de participación política.

²⁹ En otro escrito intenté una evaluación del proceso y sus consecuencias. Véase, Sánchez (1988).

por las cuales considero que el contexto regional influyó de manera decisiva en el desfase de la estrategia insurgente.

La firma de los Acuerdos de Esquipulas para la pacificación regional en agosto de 1987 marcó un giro importante en el ámbito centroamericano. De una situación donde el riesgo de enfrentamiento militar regional -propiciada por la acción del gobierno norteamericano- era algo inminente, el conflicto se traslada al ámbito de lo político. La primera reunión (Esquipulas I) no sólo muestra por primera vez desde el ascenso de Reagan al poder, un intento de separación del gobierno norteamericano por parte de los presidentes del área²¹, sino fundamentalmente muestra la urgencia por encontrar soluciones políticas a un conflicto que amenazaba con desatar una guerra regional. El proceso impulsado por los países del grupo Contadora (México, Venezuela, Panamá) en aras de desmilitarizar la región había llegado a su límite máximo de posibilidades en 1986 después de haber sorteado las resistencias de los países centroamericanos, así como las presiones y obstáculos del gobierno norteamericano presentes a lo largo de la existencia del Grupo (Guzmán, 1988:cap.2).

De manera que cuando en junio de 1986, fecha perentoria marcada por el Grupo de Contadora para que todos los gobiernos

²¹ Los gobiernos centroamericanos aprovecharon una coyuntura muy especial: recordemos que la administración Reagan (ya en su segundo periodo) está experimentando serios problemas derivados fundamentalmente del escándalo "Irán-contras" que le genera un gran descrédito, además de la recuperación de los demócratas en el Congreso y que desde ahí inician la batalla contra los republicanos a quienes les piden cuentas sobre los costos económicos tan altos que representaba la injerencia en Centroamericana comparativamente con lo que Reagan había prometido a la nación norteamericana al iniciar la década.

centroamericanos firmaran el Acta Final, ninguno de éstos considera conveniente acudir, el Grupo se fue diluyendo. La ausencia de propuestas para desarticular el creciente peligro de guerra regional, impulsó a los gobiernos centroamericanos a buscar otras salidas. Inicialmente a fines de 1986 con la llamada Propuesta Arias (en honor a su autor, Oscar Arias, entonces presidente de Costa Rica), el proceso fue adquiriendo su propia dinámica hasta concluir en agosto de 1987 con la firma del documento "Procedimiento para impulsar la Paz firme y duradera en Centroamérica" en la que los cinco presidentes se comprometieron a resolver el conflicto. (Córdova y Benítez, 1989).

En torno al tema que aquí nos ocupa, me interesa destacar lo que considero son los objetivos implícitos de Esquipulas. Desde mi punto de vista, este proceso representó un camino distinto al impulsado por la estrategia norteamericana, pero compartió sin duda los mismos fines. Es decir, la administración Reagan desplegó su estrategia con dos objetivos precisos: revertir el proceso en Nicaragua e impedir un triunfo de los movimientos insurgentes. Para ello impulsó a la "contra" y apoyó con todo lo necesario el plan contrainsurgente en El Salvador; pero el esquema iba más allá, y tanto Honduras como Costa Rica se vieron asimismo involucrados en los planes norteamericanos. Los regímenes conservadores de la región mantenían su acuerdo con los objetivos norteamericanos, pero cuando el esquema produjo un alto riesgo de guerra se vieron precisados a desarticularla y para ello debieron sentarse a la mesa de negociación. Pero Nicaragua seguía representando para ellos la misma amenaza y las insurgencias armadas se mantenían como un

peligro constante. Los fines, por tanto, no habían cambiado, pero era necesario modificar los medios.

El énfasis se traslada, por así decirlo, de lo militar a lo político. Según el documento firmado en Esquipulas la "desmilitarización" de la región se alcanzaría por tres caminos: reducción de armamento, democratización de los países y negociación con los alzados en armas. Quiero detenerme en los dos últimos, puesto que ahí es donde con mayor claridad puede constatarse que el gobierno sandinista y las insurgencias seguían en la mira. El gobierno sandinista debía democratizarse (léase, llevar a cabo elecciones y permitir la existencia de otras fuerzas políticas), pero también debía negociar con sus propios alzados en armas (en este caso la "contra"); el FMLN y la URNG verían cómo los regímenes a los cuales pretendían derrocar por medio de las armas, abrirían espacios para negociar (por supuesto bajo las condiciones que les impusieran y siempre y cuando fuera en torno a cuándo y cómo entregar las armas e incorporarse a la "vida política").

Cuando para sorpresa de muchos, en agosto de 1987 los cinco presidentes centroamericanos (incluyendo el nicaragüense) firman los Acuerdos, el proceso se echa a andar. La democratización interna -cuyo criterio más importante para medir o no su cumplimiento serán los eventos electorales- y la apertura de procesos de negociación con "los alzados en armas" van sentando sus reales en la región y consolidándose como factores de legitimación ante la opinión pública internacional. Bajo el clima regional que se fue formando, el diálogo y la negociación se fueron convirtiendo cada vez más en un arma importante de los gobiernos

centroamericanos para enfrentar los conflictos internos. La salida negociada llegó a obtener tal grado de legitimación que negarse a ello, acarrearía costos políticos cada vez más grandes tanto para las insurgencias, como para los gobiernos que enfrentaban conflictos armados.

3.6. El movimiento popular emerge con una cara distinta.

La represión desatada contra el movimiento popular en 1980 logró desarticular en la coyuntura la posibilidad (bastante real, por cierto) de una insurrección. Pero sus efectos fueron más allá de eso. Tuvo consecuencias también en el largo plazo. La composición y la estructura organizativa con la cual enfrentó las grandes tareas políticas planteadas desde fines de los años setenta, desaparecieron para dar lugar a un movimiento popular distinto que, por lo demás, debía rearticularse en medio de un escenario que también estaba cambiando. Con la ofensiva de enero de 1981 la presión sobre las organizaciones urbanas decrece para trasladarse en lo fundamental al campo, a pesar de lo cual el movimiento popular urbano no vuelve a recuperar fuerza sino hasta casi iniciando la segunda mitad de los ochenta. Así, las predicciones del FMLN con respecto a que la ofensiva sería un factor que reimpulsaría al movimiento popular, fallaron. Las consecuencias de la represión no se redujeron a obligar a las organizaciones a replegarse, sino que el golpe había tenido consecuencias estratégicas.

También la relación FMLN-movimiento popular se modifica. El enorme esfuerzo que significa la guerra lleva a que desde los

primeros meses post-ofensiva la insurgencia de hecho abandona el trabajo político al interior del movimiento gremial, sindical y popular en general, lo cual incide en gran medida en la profundización del reflujo. Será hasta 1982 en que las organizaciones que forman el FMLN regresarán al movimiento de masas a tratar de recuperar la acumulación político-organizativa lograda en ese ámbito. Pero incluso desde la perspectiva de la insurgencia, también la táctica organizativa debía cambiar puesto que a partir de 1981 la guerra -que no existía antes de la ofensiva de enero- se había convertido en un factor determinante.²³

El repliegue del movimiento popular urbano significó una vuelta a la clandestinidad dadas las condiciones políticas en el país. Este periodo, aunque breve, tuvo que remontar la falta de una dirigencia experimentada ya fuera porque muchos de sus cuadros más fogueados en la lucha habían sido víctimas de la represión, o bien porque muchos otros se trasladaron al trabajo militar en los frentes de guerra. De manera lenta, será hacia 1982 en que empiezan a darse las primeras evidencias del trabajo político de las OPM en función de reactivar al movimiento popular urbano. Pero el verdadero "regreso" de muchos cuadros al trabajo político con el movimiento popular se hará en forma organizada, continua y con objetivos precisos hasta 1985-1986.

El primer esfuerzo de reactivación va a tener como uno de sus frutos más importantes la huelga de trabajadores del Instituto de Vivienda Urbana (IVU) en agosto de 1983, huelga importante puesto

²³ Abundaremos sobre las características de este proceso en el capítulo siguiente.

que alrededor de ella se genera un amplio movimiento de solidaridad que consolidará el citado proceso de reactivación. Este, de hecho, ya se había iniciado desde fines de 1982 al darse los primeros acercamientos alrededor de una plataforma mínima de acción entre el Comité de Unidad Sindical (CUS), el Comité de Sindicatos Independientes (CSI) y la Unidad Popular Democrática (UPD, de orientación pro-oficialista). De tal manera que frente a la huelga del IVU ya existe un cierto camino andado que permite organizar actividades de solidaridad.

A fines de 1983 se forma el Movimiento Unitario Sindical y Gremial de El Salvador (MUSYGES), el cual jugará un papel de gran importancia en el proceso de reactivación porque, dado su carácter amplio y flexible (agrupa, por ejemplo, tanto a sindicatos como a gremios de trabajadores del sector privado y público), se convertirá en un núcleo de atracción de un abanico amplio de sectores de trabajadores; esta característica, incluso, le lleva a impulsar un tipo de demandas y a usar formas de lucha con las cuales coincidirán aquellos sectores de trabajadores que no están dispuestos a incorporarse a organizaciones radicales, pero que, no obstante, tienen demandas que plantear al gobierno.

El año de 1986 es un año de gran actividad organizativa.²³ En

²³ Desde por lo menos 1983 se inicia el repunte de la organización de los trabajadores. Antes de converger en 1986 en un movimiento amplio y pluralista (en cuanto a composición y demandas), durante esos tres años existe una importante actividad pero en pocas ocasiones logrará coordinarse con otras organizaciones. En 1984 se realizan en distintos meses varios paros y/o huelgas: trabajadores del Ministerio de Obras Públicas, del Seguro Social, de Acueductos y Alcantarillados, del Ministerio de Agricultura y Ganadería, del Instituto Nacional de Telecomunicaciones (ANTEL), del Ministerio de Hacienda, de Correos y de la Fabrica de Cementos de El Salvador (CEESA). Todas estas se

febrero diversas organizaciones gremiales y sindicales forman la Unidad Nacional de Trabajadores Salvadoreños (UNTS) y llaman a la realización de la Asamblea Nacional por la Supervivencia de los Trabajadores, donde se discute la posición a asumir frente al programa económico gubernamental²⁴. El 21 de ese mismo mes, la UNTS realiza una de las más grandes manifestaciones públicas desde 1980, enarbolando las demandas consensuadas en dicha Asamblea: control real de precios, aumento de salarios, créditos a pequeños y medianos productores y la búsqueda de una solución política a la guerra a través del diálogo entre el gobierno y el FMLN.

A lo largo de 1986 la UNTS tendrá una gran actividad. Prevalecerán como constantes las demandas de tipo económico así como la exigencia de reanudación del diálogo²⁵ entre el gobierno

realizan durante la campaña para elegir presidente del país. El signo de todas estas acciones es que serán impulsadas prioritariamente por trabajadores del sector público y tendrán poca coordinación entre sí, salvo en el caso de la huelga del Sindicato de Trabajadores Independientes del Seguro Social (STISS) y la del Sindicato de Empresa de Trabajadores de la Administración Nacional de Acueductos y Alcantarillados (SETA), ambas realizadas también en 1984.

²⁴ En enero de 1986 el presidente José Napoleón Duarte lanzó el primer conjunto de medidas del Plan de Estabilización y Reactivación Económica (PERE) cuyo objetivo fue "estabilizar la economía" y sentar las bases de "un nuevo modelo económico-social que beneficie a las mayorías". El PERE surgió de la necesidad de hacer de la base económica nacional una fuente de financiamiento interno de cara al sostenimiento de la guerra, pero tuvo también otro objetivo igualmente importante aunque de más largo aliento: iniciar un proceso de reestructuración de la economía con miras a su modernización. Esto es, tuvo todas las características de los llamados "planes de ajuste". (Una síntesis del documento en: El Salvador. Proceso, 1986).

²⁵ José N. Duarte, quien había asumido la presidencia a través de las elecciones en 1985, había llamado al diálogo al FMLN. Se llevaron a cabo cuatro rondas en las que privó la postura gubernamental de negociar básicamente la conversión de la

y el FMLN. En los primeros días de octubre nace la Unión Nacional Campesina que vendrá a reforzar a la UNTS y cuya presencia en un primer momento no se valora en toda su importancia por la situación que vive el país a raíz del terremoto del 10 de octubre (Lungo, 1987a)

Un elemento que destaca en la conformación de la UNTS es la incorporación, por una parte, de aquellos sectores de trabajadores que habían constituido la base social de la Democracia Cristiana y, por otra, la amplitud de tendencias ideológicas (excepto las de derecha) que constituyen a ese organismo unitario. El trabajo sistemático de la UNTS permite acelerar tanto el repunte del movimiento sindical, como el aislamiento en que se encuentra el régimen democristiano, el cual, intentó debilitar a dicha organización a través de la creación de organismos paralelos.²⁴

En abril del mismo año 1986, se forma la Coordinadora de Trabajadores de Oriente. Su creación hace evidente que la organización sindical rebasa ya el centro del país, sitio tradicional de surgimiento de las más grandes y combativas organizaciones obreras y es muestra, además, de que empiezan a definirse los frutos de la ampliación de las acciones militares del

insurgencia en partido político, mientras que el FMLN sostenía (como los sostuvo hasta el final) que eso debería ser la culminación de un proceso de negociación sobre cambios en la vida nacional. La ronda de septiembre no se realiza y es la razón por la cual la UNTS demanda la reanudación del proceso.

²⁴ En efecto, el 6 de marzo de 1986, a instancias del gobierno de Duarte, se formó la Unión Nacional Obrero Campesina (UNOC) integrada por cooperativas, sindicatos y la disidencia de la Unidad Popular Democrática. Durante su gestión, Duarte renovó una vieja línea de acción gubernamental contra las organizaciones sindicales opositoras: formar organizaciones paralelas.

FMLN hacia esa zona. Por otra parte, como resultado de los diversos operativos del ejército que dejan un saldo de miles de desplazados, se forma en abril la Unión Nacional de la Repoblación, instancia que unifica a diferentes agrupaciones de desplazados que se encontraban dispersas. En julio se crea el Comité de Desempleados y Despedidos y, hacia fines de noviembre, como una de las primeras secuelas políticas del terremoto de octubre, comienzan a organizarse los damnificados.²⁷

Con la formación de la Unidad Nacional de Trabajadores Salvadoreños (UNTS) en febrero de 1986 el movimiento popular urbano ingresa a una fase distinta. Bajo el impulso del trabajo que despliega la UNTS no sólo el movimiento sindical, sino el conjunto del movimiento popular restablecerá alianzas anteriores, buscará nuevas, reorganizará sus actividades, unirá demandas, organizará actividades conjuntas, en fin, con la UNTS el movimiento popular encontrará el eje organizativo y el referente político que había perdido tras la desarticulación de los frentes de masas en 1980 y que, en la nueva etapa política del país, le resultaba tan necesario.²⁸

Ahora bien, entre aquel movimiento popular de fines de la década de los setentas -factor de primer orden durante la crisis de 1980-, y el que resurge con fuerza en 1986 habrá importantes diferencias. En primer lugar, su composición es distinta. Al lado

²⁷ Entre otros, cfr. Lungo (1987b).

²⁸ Una periodización interesante sobre este proceso, puede verse en (Valencia y Ruiz, 1988). Para una caracterización del movimiento de masas desde la década de los sesentas: (Lungo, 1986)

de algunas organizaciones sindicales que lograron sobrevivir a la represión, actuarán nuevos sujetos que son producto directo de la guerra (desplazados, refugiados, comités de madres de desaparecidos) o de la profundización de la crisis económica (fundamentalmente, trabajadores del llamado sector informal, así como desempleados y despedidos). Destaca el hecho de que en la nueva etapa los empleados públicos será un sector muy activo, a diferencia de fines de los setentas en donde los sindicatos de obreros de la industria habían sido el sector mayoritario y el principal impulsor de la actividad.

Las demandas lógicamente tienen un carácter distinto. Son acentuadamente económico-sociales, aunque hacia 1986 es notorio cómo se van combinando con demandas político-democráticas como las relativas a la paz, al diálogo y a la libertad de los trabajadores detenidos. Entre 1983 y 1986 las demandas económicas evolucionarán de una ubicación estrictamente sectorial hacia una plataforma general. Entre 1984 y 1986 se incrementará el número de huelgas de solidaridad (Valencia y Ruiz, 1988: 15-20). Y, sobre todo, será distintivo del periodo de reactivación el que hacia 1986, alrededor de la UNTS, se unirán una amplia gama de organizaciones no sólo sindicales o gremiales, sino algunas otras (como los desplazados o los comités pro-derechos humanos) surgidas como producto directo de la guerra.

Tenemos así que en la segunda mitad de los ochenta el movimiento popular que había inaugurado esa década con altos niveles de politización, que había alcanzado un alto grado de radicalidad al punto de haber visto la cercanía del poder político,

que había sido el protagonista más importante de luchas impregnadas de gran heroísmo y combatividad; ese movimiento popular tenía ahora, a mediados de la década de los ochenta, nuevos dirigentes, nuevas demandas y nuevos actores. De ningún modo había perdido esa capacidad organizativa que lo distinguió desde al menos los años setenta, ni dejaba a un lado la percepción de que en el país la situación no era halagüena, y tampoco dejó de pensar en la necesidad del cambio. Pero lo cierto es que los supervivientes de la represión de 1980 tenían ahora a su lado actores que en el pasado no le habían acompañado, debían desenvolverse en un escenario distinto y se enfrentaban a una forma distinta de dominación, todavía no democrática y abierta a la participación total del pueblo, pero ciertamente distinta a la que enfrentaron al finalizar la década anterior e iniciar la que ahora estaba en su segunda mitad.

Y fue sobre este movimiento popular que había cambiado tanto, hacia el cual el FMLN mantuvo su misma caracterización. Es decir, para las organizaciones político-militares seguía siendo viable "despertar" al movimiento popular e impulsarlo hacia una situación eventualmente insurreccional. En otras palabras, lograr que esa enorme fortaleza militar que ya para estas fechas caracterizaba al FMLN, empatara con la fuerza de un movimiento de masas dispuesto a la insurrección. Esta idea la desarrollaremos en el siguiente capítulo.

CAPITULO IV. LA DIALECTICA ENTRE LO POLITICO Y LO MILITAR. LOS PASOS DEL VIRAJE.

El recorrido por las experiencias de movimientos armados en América Latina nos muestran un aspecto recurrente: independientemente de su planteamiento estratégico, lo militar termina ocupando en un momento dado un lugar de mayor relevancia que lo político.¹ Este proceso sustitucionista es mucho más claro y de más pronta aparición en los movimientos armados "foquistas", pero no deja de estar presente en los que fueron fundados bajo la concepción político-militar.

Como una suerte de fatalidad histórica, la lógica de las armas termina por imponerse, sobre todo cuando el conflicto alcanza niveles de agudeza muy altos. Podría contrargumentarse, con toda razón, lo irremediable de esta sustitución cuando el enfrentamiento se da en el terreno directo de dos enemigos armados. Sin duda, la realidad de la guerra impone su lógica en una situación así. El problema es cuando los objetivos militares se "independizan" de los objetivos políticos a tal grado que se despojan de su carácter

¹ Una organización que asume la vía armada, por el sólo hecho de aceptar que sus objetivos serán alcanzados con el concurso de las armas, evidentemente incorpora en su estrategia aspectos de carácter militar (concepción, estructura, objetivos, formas de organización, etcétera). Es en este sentido que aquí hago la distinción entre "lo político" y "lo militar". Lo primero lo asumo como el trabajo organizativo con el sujeto (en este caso, el llamado "movimiento popular") y lo segundo es todo aquello referente al esfuerzo armado. Uno y otro van dirigidos en una misma dirección (objetivos estratégicos) y tienen a un mismo sujeto al cual organizar. Pero es obvio que uno y otro aspecto tiene lógicas particulares y requieren incluso de estructuras propias. Por supuesto, ambos tienen un mismo objetivo político, y al ponerse en funcionamiento el esfuerzo por lograr éste, el mayor o menor equilibrio que mantengan dependerá, en primer lugar, de la concepción estratégica de la organización armada y, en segundo, de las condiciones concretas de la lucha.

coyuntural para convertirse en el objetivo estratégico. "Ganar la guerra" ya no es el medio (para tomar el poder, para transformar a la sociedad) sino el fin. Y, en este caso, las estructuras y las decisiones militares -que por supuesto tienen sus propias lógicas- rebasan e incluso llegan a borrar a las estructuras y decisiones políticas.

Tenemos innumerables ejemplos en donde las organizaciones de masas pierden su dinámica, agotan sus recursos humanos y materiales, desdibujan su acción, en aras de fortalecer "lo militar".

Es evidente que el equilibrio entre lo militar y lo político no es algo que se establezca por la sola voluntad de la organización armada. El riesgo está presente en cualquier momento y el debate interno siempre aparecerá, se tenga claridad o no del problema. Ahí están para muestra las discusiones entre los revolucionarios cubanos "del llano" y los de "la montaña"; las que entablaron los "muchachos" nicaragüenses de la montaña con los cuadros urbanos³; y para mencionar casos donde el equilibrio entre lo militar y lo político no se logra establecer o, una vez en escena, se rompe, están las experiencias uruguaya, boliviana, brasileña, la guatemalteca de los años sesenta y la mexicana de los setenta.

La relación entre lo político y lo militar es, pues, un problema permanente. Lo interesante es analizar las formas que asume y las acciones (si las hay) que se ejecutan en torno a resolver esta contradicción. En la concepción foquista que permeó

³ Cfr. Taibo II (1997: caps. 15-16), Cabezas (1988: caps. 44ss.)

a las insurgencias armadas de los años sesenta, el problema no alcanzó ni siquiera a considerarse como tal: la acción militar propiciaría la acción política y ésta dependería de los ritmos de aquélla. Pero en las organizaciones armadas de los años setenta que parten de la crítica a dicho esquema y, en contraposición, se asumen precisamente como organizaciones político-militares (es decir, con una visión de integralidad entre uno y otro de los factores), ¿cómo se resolvió el dilema? ¿cuánto de lo expuesto teóricamente se tradujo a la realidad concreta?

Nuevamente el caso del FMLN en este sentido es ejemplar. A diferencia de otras organizaciones político-militares (OPM), el FMLN alcanza un alto nivel de fortaleza militar y también política³, el cual (también en este sentido a diferencia de otras experiencias) se mantiene por un tiempo lo suficientemente largo como para poder hacer una serie de readecuaciones en torno a "equilibrar" ambos factores cuando determinadas coyunturas llevaron a inclinar la balanza en uno u otro sentido.

El manejo de lo político y lo militar en el FMLN: una periodización tentativa.

Debo aclarar al lector que no encontrará en este capítulo un análisis sobre la guerra en El Salvador, así como tampoco un

³ No es el caso, por ejemplo, del FSLN cuya fuerza militar no proviene tanto de su estructura propiamente armada, sino de la actividad de las masas. O el caso de la URNG cuya indiscutible fuerza militar no se correspondió con su fuerza política (la cual sin duda tuvo hasta que la represión no por casualidad se centra en el movimiento de masas entre 1980 y 1982).

estudio sobre la estrategia militar del FMLN.* Lo que motiva este capítulo es el balance sobre la relación que las organizaciones político-militares establecieron entre los hechos propiamente armados con la actividad política, ambos como partes integrantes de la aplicación de su concepción político-militar.

El punto en que lo político y lo militar confluyen, es en el relacionamiento que una organización insurgente establece con lo que aquí genéricamente hemos llamado "el movimiento popular". Es de cara a él que cristaliza una determinada forma de concebir la relación entre uno y otro de los elementos que componen la estrategia insurgente. Es alrededor del (o los) sujetos actuantes de la revolución que se establece esta relación. Dicho de otro modo, y de una manera muy esquemática, cuando los hechos armados no forman parte integral junto a los objetivos políticos, el movimiento popular asume un papel de simple "base de apoyo" para la organización insurgente; en este caso, los objetivos de la organización (no los del movimiento popular) se convertirán en el criterio con el cual dicha organización se acercará al pueblo. Del otro lado, cuando los hechos armados son vistos como productores y/o impulsores de hechos políticos la organización insurgente priorizará el ritmo de estos últimos, y aquéllos serán el acompañamiento necesario; en este otro caso, el movimiento popular, con su nivel organizativo, su "estado de ánimo", su grado de avance, impondrá los pasos a seguir y las modalidades que asumirán los hechos armados.

* Existen diversos balances, análisis, apreciaciones y recuentos sobre los aspectos propiamente militares. Entre otros, (FMLN, 1984) (Villalobos, 1981, 1982, 1986) (Guardado 1989) (FMLN 1987) (Shafick, 1983).

Como todo esquema, esta forma de presentar el problema no refleja, por supuesto, ni todas las posibilidades que se presentan en lo concreto, ni todas las modalidades intermedias y/o combinadas que puedan existir. Sin embargo, tiene utilidad en tanto permite ubicar los dos extremos generales en que se refleja la relación a la que aludimos. Las organizaciones político-militares salvadoreñas (como lo mencionamos en los primeros capítulos) surgen bajo una concepción donde lo político y lo militar, en principio, están estrechamente interrelacionados. Esto estuvo precedido -como ya fue revisado antes- por la valoración de que las condiciones salvadoreñas, el carácter de su régimen y lo que ya apuntaba a convertirse en crisis económica, requerían de formas organizativas distintas.

Desde el punto de vista concepcional, las organizaciones político-militares se alejaron, bajo este supuesto, de la lógica política que movió a las organizaciones "foquistas", para quienes los hechos militares despertarían en el movimiento popular la necesidad de organizarse para la lucha. A diferencia del "foquismo", para las OPM los hechos militares no suplirían el trabajo organizativo con el movimiento popular. En la lógica político-militar, la vía armada para tomar el poder no sólo no significó el descuido del trabajo organizativo (lo político), sino fue la condición necesaria sin la cual lo militar no podría estructurarse.

En la práctica, este marco concepcional llevó a las OPM a desplegar un amplio trabajo de inserción con el movimiento de masas prácticamente desde que surgieron a inicios de los años setenta. No sólo las condiciones objetivas en el país (que revisamos en el

capítulo II) propiciaron el crecimiento impresionante de las OPM en la segunda mitad de los años setenta, sino a ello contribuyó la concepción organizativa que alentó su trabajo con el movimiento popular. Cuando se desata la crisis tras el fraude electoral de 1977, ya el movimiento popular tiene un alto nivel organizativo fincado alrededor de los frentes de masas y tiene claridad respecto de que en el país la vía armada ha quedado como la única opción posible.

4.1. 1970-1980: movimiento popular y autodefensa.

En el proceso de inserción inicial de las OPM dentro del movimiento popular existió una premisa: quienes integraran los núcleos armados de las OPM sólo podrían provenir de las propias organizaciones populares. Todo militante armado debería tener experiencia organizativa con el movimiento de masas y un cierto grado de liderazgo.

Cada compañero de un comando armado tenía obligación de tener 15 colaboradores, y como eran compañeros que habían estado precisamente en el movimiento sindical, o bien, ligados a las masas, aquellos 15 colaboradores eran generalmente dirigentes sindicales, activistas sindicales. Luego, cuando venías a darte cuenta, ya teníamos sesenta o setenta y cinco compañeros, que era un colchón en el que se movía el comando armado. Este, por fuerza, se vio obligado a ir escogiendo dentro de los 15 colaboradores a los mejores, e ir formando lo que se llamó "grupo de apoyo", pero no grupo de apoyo logístico, sino grupo de apoyo para el trabajo de masas. (Marcial, en Harnecker, 1993: 60)

La autodefensa -necesaria en vista del paulatino pero constante incremento en la represión- fue el origen de lo que después se convertiría en el ejército guerrillero más fuerte en la historia reciente de América Latina. Pero más allá de haber formado buena parte de los cuadros militares, la concepción bajo la cual se

organizó la autodefensa definió el carácter de la inserción popular en ella. Es decir, no como una actividad separada del objetivo político ni externa a la organización popular, sino surgida de ésta.

Un ejemplo de modalidad de autodefensa en el área rural durante la década de los setentas:

Sucedió en Las Vueltas, que es un municipio de Chalatenango, había dos caseríos cerquita, Los Ramírez y Los Naranjos que estaban organizados. Entonces la Guardia Nacional -que tenía un puesto en Las Vueltas- solía incursionar en estos caseríos para hacer capturas de gente organizada o de dirigentes. Cuando los del Jicaró, que estaban al sur, detectaban que la Guardia venía por la vereda en dirección a ellos, había alguien que salía como correo. Tenían cohetes pirotecnícos de vara, que estallan a alturas de 100 metros, detonaban dos cohetes de estos y era la señal de que la Guardia iba en esa dirección. Claro, todo mundo se ponía alerta; si había reuniones, se desmontaban; si había dirigentes que estaban bien reconocidos, a los cuales el enemigo podía capturar, buscaban ocultarlos y, desde aquel momento todo el mundo estaba alerta para seguir la ruta de la Guardia, para ver si llegaba a catear alguna casa y capturaba a alguien. Y cuando había una captura, la gente se lanzaba a tratar de rescatarlo, porque todos estaban pendientes. La familia de los que se encontraban en la casa convocaban a los que se hallaban en la calle y a los que estaban trabajando en el campo (Guardado 1989:28-29)

El mismo Facundo Guardado, comandante del FMLN, relata otra modalidad de autodefensa en las acciones populares urbanas en los años setenta:

Si, se sabía qué compañeros eran los de la autodefensa permanente, pero para nosotros lo principal era organizar a la base para su propia autodefensa. Si había que responder en un determinado momento, quien respondía era toda la gente y no sólo el grupo de autodefensa. Tratábamos de que todos llevaran pañuelos empapados con agua y bicarbonato contra los gases lacrimógenos; todo el mundo iba vigilante de que no se metieran provocadores en la marcha y si se detectaba a alguno, inmediatamente era señalado para tomar medidas contra él. Era difícil que un provocador pudiera meterse en las filas de una marcha sin que fuera detectado, no sólo por los grupos de autodefensa, sino por la misma masa. Claro está que llevábamos también un grupo con más condiciones, más selectos, con escopetas, con armas cortas, con molotov, de forma que pudieran cumplir su misión. En

algunos casos, por ejemplo, obstaculizando la arremetida de un carro patrulla, neutralizando a un francotirador o indicando por qué ruta debían retirarse o cómo neutralizar a la policía (Guardado 1989:30)

Estas dos largas citas dan cuenta de la forma en que se expresó la autodefensa durante los años en que la represión gubernamental crecía. En el texto del que extrajimos estos ejemplos pueden verse las distintas modalidades que va asumiendo la autodefensa en función del incremento de la represión y de las formas que ésta va asumiendo: de la autodefensa hasta cierto punto "pasiva", el movimiento popular se ve obligado, por la represión, a aplicar una autodefensa más activa ("acciones de repudio"). Es decir, en una relación directa al incremento de la represión, las estructuras de autodefensa también debieron redefinirse y variar las modalidades de acción.

Como en ningún otro, este periodo se caracteriza por un evidente equilibrio entre lo político y lo militar (éste expresado en forma de autodefensa). La autodefensa funge como la estructura que sostiene el desarrollo de la actividad de masas, la acompaña y la escuda. El ritmo es impuesto por la actividad del movimiento popular y la autodefensa (lo militar) toma la forma que requieren las diversas manifestaciones de protesta de las organizaciones populares, así como lo que exige la respuesta represiva gubernamental.

La autodefensa como tal, sin embargo, mostró sus límites al profundizarse la crisis política desde los primeros meses de 1980. La fuerza militar tenía un insuficiente desarrollo frente a lo que las circunstancias exigían. La acumulación política expresada en un movimiento popular poderoso y cuyo ánimo se acercaba a pasos

agigantados hacia la insurrección, no tuvo su correspondiente desarrollo en fuerza militar, es decir, la autodefensa ya no bastaba para un momento en donde el tensionamiento de fuerzas exigía otros niveles.

4.2. 1981-1986. La guerra en el centro.

La ofensiva de enero de 1981 abre una etapa distinta en el enfrentamiento. Como vimos, la insurrección urbana no se generaliza, la huelga general no se desarrolla como estaba previsto y la fortaleza militar mostrada por el recién formado FMLN no bastó para que el movimiento popular saliera de la fase de reflujo a la que la intensa represión gubernamental lo había orillado. La insurrección de las masas campesinas, sin embargo, consolida la formación de los Frentes de Guerra. La expresión más alta del enfrentamiento político, la guerra, inicia en el país. El desmoronamiento del ejército y, en consecuencia, del régimen, son evitados sólo porque la ayuda norteamericana llegó a tiempo.

La nueva fase del enfrentamiento que se abre en 1981 presentó al FMLN exigencias de carácter distinto a las que debió resolver en la etapa de acumulación de fuerza política y militar. Ciertamente no logró con la ofensiva de enero el objetivo por el cual ésta fue lanzada, pero tampoco el ejército fue capaz -aun con la ayuda norteamericana- de desarticular a las fuerzas insurgentes. De manera que para sostener y reactivar la acumulación política que quedó latente, fue necesario que las OPM iniciaran un proceso de reacomodo.

Las condiciones nos impusieron tener que pasar a construir un ejército. Cerrada la alternativa insurreccional, se nos impone la necesidad de lograr un mayor desgaste y mayor

resquebrajamiento del ejército en el campo meramente militar, lo que nos obliga a afinar nuestras estructuras militares (Villalobos 1982:6)

En efecto, la guerra impuso su propia lógica y hubiese sido fatal desconocer esta verdad. La enorme acumulación lograda a lo largo de casi una década sólo podría mantenerse si en el terreno del enfrentamiento militar el FMLN lograba asentarse, consolidarse y, más tarde, pasar a la ofensiva buscando derrotar a su enemigo (ahora más claramente ubicado como el ejército gubernamental). Todos los recursos, obligadamente, se pusieron en función de fortalecer a lo militar.

...a corto plazo, luego de enero, no podíamos lanzar una contraofensiva con objetivos insurreccionales. Era obvio que lo que necesitábamos en ese momento fundamentalmente era el desarrollo de nuestra fuerza militar. Los seis meses subsiguientes a enero fueron un periodo de resistencia, de consolidación de la retaguardia, de desarrollo de nuestras fuerzas y de avance hacia una etapa cualitativamente de más calidad en el terreno militar....(idem)

Se inicia así el desarrollo de uno de los aspectos que más asombro despertó internacionalmente: la enorme capacidad estratégica y flexibilidad táctica del FMLN mostrada en el campo de batalla. Lo militar salvó la acumulación política que la represión pretendió aniquilar en 1980; fue el evidente despliegue de lo militar lo que la sostuvo a lo largo de la década; fue eso lo que permitió que el viraje estratégico que habría de consolidarse hacia 1989 se hiciera con costos políticos mínimos; y fue, finalmente, lo que obligó a todos los actores nacionales e internacionales a aceptar la negociación para solucionar la guerra teniendo en la mesa a un FMLN en condiciones de fuerza y no de derrota.

Frente a un enemigo que, en base al apoyo norteamericano contaba con reservas prácticamente inagotables, el FMLN fue

desarrollando al máximo una extraordinaria fortaleza militar. Cuatro meses después de la ofensiva de enero -una vez que para la insurgencia es claro que el momento insurreccional no será posible en corto tiempo y, por otro, el ejército salvadoreño asume que el aniquilamiento del FMLN no será posible en lo inmediato- ambos contendientes inician la preparación de sus fuerzas para un conflicto de más larga temporalidad. Entre 1981 y 1983 la lógica de la guerra exige no sólo ampliar el número de combatientes (es el periodo de mayor crecimiento en ambos ejércitos), sino una reorganización interna de estructuras.

Para 1983 el FMLN ha dejado de ser una fuerza estrictamente guerrillera para convertirse prácticamente en un ejército*. Pero un ejército con la suficiente flexibilidad como para adecuar sus estructuras a las distintas fases de la guerra: desde la etapa en que debían acompañar a poblaciones enteras en los desplazamientos a que eran obligadas por los ataques del ejército*; pasando por los grandes operativos contra cuarteles, puestos militares, aniquilamiento de batallones enteros, destrucción de aviones en tierra; para pasar más tarde a la fase de "sabotaje a la

* Las fuerzas del FMLN contaban con Unidades Especiales de Rápido Despliegue (que iban desde agrupaciones de 100 hombres hasta batallones); destacamentos regulares en las áreas controladas por la insurgencia; comandos para operaciones especiales (urbanos y rurales); así como las estructuras tradicionales de la guerrilla (urbanos y rurales). (Benítez, 1989)

* Muchos testimonios hablan de esta etapa impregnada de tragedia y heroicidad (Clements 1986:135-182; López Vigil 1991; Armstrong y Rubin 1986). Las más grandes violaciones a los derechos humanos se sucedieron en esta etapa pues los bombardeos indiscriminados, los ametrallamientos por aire, los cercos a la población civil produjeron millares de víctimas. De ello da cuenta la Comisión de la Verdad (1993).

infraestructura" mediante ataques a presas, torres de energía, paros de transporte; todo lo cual no sólo logró desarticular uno tras otro los planes contrainsurgentes, sino en diversos momentos a lo largo de la guerra, llevó al ejército al borde del colapso. La ayuda norteamericana lo evitó.

Ahora bien, ningún movimiento revolucionario armado es capaz de sobrevivir -y mucho menos fortalecerse al grado que lo hizo el FMLN- si no está inserto en la población. La concepción político-militar llevaba implícita esa exigencia, a la cual contribuyó también el factor geográfico, que de ser un elemento en contra en la etapa de origen de las OPM, durante la guerra funcionó a favor.⁷ Una guerra de las dimensiones de la salvadoreña en un territorio tan pequeño, superpoblado y bien comunicado sólo podía podía desarrollarla una fuerza insurgente que mantuviera lazos estrechos con la población.

El vínculo permanente con la población no se perdió puesto que las condiciones de guerra lo exigían, pero sobre todo porque en la concepción de las OPM ese lazo era su razón de ser. Por lo demás, el FMLN no perdió de vista que la insurrección popular era condición indispensable del triunfo; unir guerra e insurrección fue el hilo conductor durante todo el proceso a partir de 1981. Mientras no hubiese condiciones para la insurrección popular, la guerra sólo tuvo sentido en tanto se le vió como espacio de consolidación y mantenimiento de la acumulación política; sostener

⁷ Desde el punto de vista del enfrentamiento bélico, un comandante resume muy bien esta cuestión: "En El Salvador...no existe el concepto de montaña ni área rural aislada. En ese sentido, cada pulgada de terreno perdido constituye un desequilibrio vital en la guerra" (Villalobos 1989:22)

la fuerza militar era el requisito para, en el marco del movimiento popular, "crear las condiciones" de una eventual insurrección.

En una guerra popular, el papel del factor militar no es absoluto. Lo decisivo para un movimiento revolucionario es saber si ha logrado la acumulación militar necesaria que, conjugada con los factores políticos, permita cambiar la correlación de fuerzas (Villalobos 1989: 21)

EL FMLN mantuvo esa claridad sobre el papel que jugaba la guerra en el sentido de provocar un "cambio en la correlación de fuerzas" que, a su vez, generara una nueva coyuntura de poder similar a la de 1980-81. De hecho los variadas readecuaciones estratégicas que impulsa el FMLN entre 1981 y 1989 parten, sin duda, de lo que va exigiendo cada fase de la guerra, pero también en el diseño estratégico de cada etapa siempre estuvo presente el "pueblo": de 1981 a 1986 se buscó "incorporarlo a la guerra"; de 1986 a 1989 incidir y potenciar un eventual ánimo insurreccional. De ahí, por ejemplo, que cuando el FMLN sustituye las acciones militares con grandes contingentes de combatientes por las acciones de desgaste en las que nuevamente debe funcionar como guerrilla (1983), toma la decisión en función del momento mismo en que se encuentra la guerra (el ejército ya no defiende territorios, sino sus cuarteles*), pero también lo hace con un sentido político de cara a la población:

...podemos también comprender el porqué el FMLN recurre [después de las grandes ofensivas guerrilleras de fines de 1982 y principios de 1983] a las acciones guerrilleras de desgaste ya que no está en disputa el terreno, sino dos cosas: incorporar a todo el pueblo a la guerra y ser capaces de desgastar al enemigo (Villalobos 1986: 23)

* Sobre diferentes ajustes al interior del ejército salvadoreño desde el inicio de la guerra hasta 1986, véase (Lungo, 1986a)

Pero más allá de la permanencia de lo esencial de la concepción político-militar, lo cierto es que la lógica de las armas impuso su sello. Durante este período lo político se subsumió en lo militar y -contrariamente a la etapa anterior- en ésta acabó por ser el sostenimiento de lo que se fue transformando en un objetivo en sí mismo: derrotar al ejército enemigo. Por supuesto que en estricto sentido, alcanzar el objetivo estratégico (tomar el poder) dependía sin lugar a dudas de lograr la derrota del ejército puesto que éste, en última instancia, mantenía la estructura del régimen; y, por otra parte, una derrota insurgente desmoronaría la fuerza acumulada por el movimiento popular del campo y la ciudad.

Me parece que esta es una verdad contundente. Pero lo que aquí está en discusión no es si el FMLN concebía así a la guerra, sino cómo las características del período donde la guerra se convirtió en el eje alrededor del cual giraban los acontecimientos, obligó a la adopción de medidas cuya perspectiva básicamente era militar. Más allá de cómo se pensaban las cosas, la realidad se impuso.

De esta manera, el movimiento popular (la "base social" del FMLN) giró alrededor de los específicos objetivos de la guerra. En términos del largo plazo, ese movimiento popular, en la perspectiva de las OPM, se reactivaría y alcanzaría nuevamente altos niveles de radicalidad que concluirían en una insurrección; en este orden de ideas, el "factor político" no se abandonaba. Pero en términos coyunturales, esas organizaciones populares empezaron a movilizarse

en función de los ritmos y tiempos que el FMLN le imponía en base a la situación en la guerra.*

¿En qué sentido decimos esto? En el que en las acciones donde participaba la población (y no sólo los combatientes) no eran en último caso, producto del desarrollo político al interior del propio movimiento popular, sino "inducidas" por la vanguardia en función de acelerar el proceso político nacional asestando golpes militares importantes al enemigo. El movimiento popular, sobre todo en las ciudades, empezaba a caminar por otros rumbos, no divergentes, pero sí paralelos a los que el FMLN pensaba.

4.3. 1986-1989: un mismo esquema para una situación distinta.

En los últimos meses de 1986 se lleva a cabo una importante - por definitiva- reunión de la Comandancia General. Tras casi seis años de guerra, el FMLN se ve precisado a hacer un balance serio y profundo de lo que se ha recorrido hasta ese momento y plantear las grandes líneas hacia adelante. En el documento que resulta de esa reunión (FMLN, 1987) han quedado resumidos los puntos principales de la línea estratégica para el periodo.

* Quizá una de las medidas que más claramente marcó cómo lo militar fue predominando sobre lo político fue que, ante las necesidades de la guerra, se estructuró una "campana de reclutamiento patriótico". Como ninguna, esta medida contradecía en lo fundamental no sólo la concepción político-militar que dio marco a todo el trabajo organizativo de las OPM, sino incluso también a la esencia de un ejército guerrillero. La incorporación obligada de combatientes puede ser algo natural en un ejército institucional, pero obligar a la población a hacerse guerrilleros es perder de vista que tomar las armas es producto de la toma de conciencia de que ese, y no otro, es el camino para el cambio. Ciertamente esta medida no duró mucho tiempo y fue retirada tras una severa autocritica.

Quiero destacar -basándome en el documento mencionado¹⁰- las valoraciones principales que hace el FMLN en torno a tres aspectos: el balance de lo obtenido, la caracterización de la coyuntura y las líneas de acción a seguir.

Después de analizar los rasgos de la coyuntura previa al lanzamiento de la ofensiva de enero de 1981 -destacando el auge impresionante del movimiento popular, la crisis nacional, la situación del régimen, el concurso de diversas fuerzas políticas alrededor del proyecto revolucionario, el proceso de unidad entre las organizaciones político-militares-, el FMLN ubica las causas por las que el plan insurreccional no funcionó. Analiza también las condiciones que permitieron el crecimiento y consolidación de las fuerzas militares entre 1981 y 1982, así como el papel que había jugado Estados Unidos a lo largo de todo el periodo y en cada fase del mismo. (pp. 1-6)

Del balance, deriva la caracterización del momento actual (1986):

La situación revolucionaria está marcada por la perspectiva del viraje en el orden estratégico, es decir, avanza aceleradamente en su maduración hacia un nuevo estallido revolucionario. La actual coyuntura es de crisis de poder del gobierno duartista, quien sufre la más aguda de sus crisis [y] no ha podido proporcionar la base social al proyecto contrainsurgente...Las masas están en lucha creciente contra el proyecto, elevando su conciencia e implementando métodos combativos de lucha; el gobierno duartista está aislado y no tiene posibilidades de iniciativas políticas audaces en el marco del diálogo y la solución política...Las contradicciones en el seno del enemigo se profundizan. En la Democracia Cristiana, hay divisiones internas en la lucha por el liderazgo. El Alto Mando [de las Fuerzas Armadas], Estados Unidos y el gobierno hacen esfuerzos por bloquear el presente auge de masas, tratando de encauzar este descontento por la

¹⁰ Salvo que se especifique lo contrario, todos los párrafos y referencias en este apartado corresponden al documento de la Comandancia General (FMLN, 1987).

vía de la demagogia, de las ofertas reformistas y del supuesto proceso democrático [a fin de] cerrar el paso a la vía insurreccional a través de la represión contra el movimiento popular y ofreciendo la alternativa de incorporación al proceso democrático....[subrayado mío]

De ahí el FMLN concluye -dada esta caracterización del momento político- que es necesario "preparar la Contraofensiva Estratégica", cuya fase actual (a partir de fines de 1986) es de preparación de condiciones para su lanzamiento. El momento de despliegue de la contraofensiva "estará determinado por factores nacionales e internacionales", pero mientras tanto,

La coyuntura actual debemos aprovecharla para fortalecer la organización, la ampliación, la convergencia y alianza con otras fuerzas. También debemos incidir en profundizar las contradicciones en el campo enemigo, derrotar el proyecto contrainsurgente democrata-cristiano y hacer que el pueblo asuma y luche por el proyecto revolucionario....(subrayado mío)

En función de "construir la coyuntura de poder", la fase de preparación tiene las siguientes prioridades:

Alcanzar mayor desarrollo en la organización y elevación de la conciencia combativa de las masas, que permita el desencadenamiento pleno de la violencia revolucionaria de las masas, que lleve a la insurrección; crecer y desarrollar nuestras fuerzas militares...; crear el andamiaje clandestino y el ejército político en el seno de las masas para posibilitar la insurrección; desarrollar el plan militar nacional del FMLN...para llevar al ejército a una nueva crisis militar...; fortalecer todas las categorías de nuestras fuerzas militares permanentes para que esto no permita la creación de múltiples direcciones de ataque.

Según la Comandancia General, para derrotar al ejército y derrocar al gobierno:

...debemos hacer confluir simultáneamente en un mismo torrente revolucionario la ofensiva militar, la huelga general y la insurrección popular armada...

En consecuencia, los cuatro factores a potenciar son:

...el avance en lo militar, como factor clave y decisivo, el auge de las masas como el factor más dinámico, el control del FMLN de extensas zonas del país, y la firme decisión del FMLN de asumir la conducción.

La unión de estos factores -en lo que habrá de incidir la acción del FMLN a partir de ese año- dará un vuelco a la situación nacional y ése será el momento en que habrá de lanzarse la contraofensiva ("pero sólo si contamos con las fuerzas necesarias para lanzarlas, de lo contrario, aprovecharemos la situación para acumular más fuerzas"). Así,

Llegado el momento de la actividad insurreccional de las masas, éstas se volcarán a las calles y arrastrarán tras de sí a las masas rezagadas; será entonces el momento preciso de lanzarnos a la insurrección generalizada o parcial y tensionar todas nuestras fuerzas militares para lanzarlas a las batallas decisivas y definitivas desatando la ofensiva militar generalizada, aunque no contemos con todas las condiciones óptimas en el orden organizativo.

Más que describir las acciones concretas que en el documento plantea la Comandancia General en torno a cómo crear las condiciones para el despliegue de la contraofensiva, me interesa sobre todo destacar que el FMLN mantiene el mismo esquema con el cual lanzó la ofensiva de enero de 1981. En efecto, en 1986 sigue sosteniendo que deben "confluir simultáneamente" ofensiva militar, huelga general e insurrección armada.

No pretendo discutir la pertinencia o no del esquema por el esquema mismo. Más bien, creo que es necesario preguntarnos si el esquema aplicado en 1981, y que se pretende reimpulsar en 1986, ¿estaría enmarcado en la misma situación política? Pareciera que, desde la perspectiva del FMLN la situación se mantiene igual en su esencia. En los meses previos a enero de 1981 el régimen se presentaba tambaleante y errático en sus respuestas debido en gran

parte a sus contradicciones internas y, principalmente, debido a la impresionante movilización de masas. Según la valoración de la Comandancia, en 1986 "el gobierno duartista vive un crisis de poder" y se encuentra en "un proceso de descomposición y de profundas contradicciones internas", al tiempo que está presente "un auge de masas" caracterizado porque éstas "llevan la iniciativa en el terreno táctico". Para la Comandancia General, el único factor ausente en 1981 pero presente en 1986 es la fuerza militar revolucionaria. Y será ésta la que habrá de sostener el esfuerzo por acelerar las condiciones para la contraofensiva en su etapa preparatoria, y será "el factor clave y decisivo" en la etapa de su lanzamiento. En definitiva, el factor militar, a diferencia del periodo 1978-1980, tenía en 1986 un nivel de desarrollo mucho más grande que el factor político.

Sin embargo, el escenario en 1981 y en 1986 sólo en apariencia es el mismo. Para el FMLN, se estaba escenificando la misma obra, aunque con actores distintos. Y no era así. Si los sutiles cambios en cada acto aparentaban que todo seguía igual, al ver la obra completa podía percibirse que ésta ya no era la misma. En 1986, ciertamente, el movimiento popular se había reactivado tras un largo periodo de reflujo, pero definitivamente ya no era el mismo: ya no tenía el mismo nivel de "radicalidad", si por esto se entiende la pretensión de insurreccionarse para tomar el poder y, por el contrario, estaba tan lejos de plantearse eso como cerca estaba de las reivindicaciones económicas, sectoriales y, en el mejor de los casos, de buscar el fin de la guerra a través del diálogo.

Por su parte, el régimen en turno, en efecto, no había resuelto los factores que dieron origen al conflicto (ni tampoco parecía tener disposición a hacerlo), pero lo cierto es que era producto de una institucionalidad reconstruida alrededor de procesos electorales que, sin dejar de ser instrumento formal de una democracia ausente, habían cobrado carta de legitimidad; la oposición "democrática", sin romper la alianza con un proyecto tan radical como el del FMLN, se reactiva al encontrar de nuevo el espacio de lucha que se había cerrado a fines de los años setenta; y finalmente, seguía en la obra un ejército que, no obstante seguir mostrando su absoluta incapacidad para derrotar a un enemigo al que con desprecio llamaba los "piricuacos", mantenía un cierto grado de optimismo y confianza por tener el ilimitado respaldo norteamericano.

La situación política de 1981 y la que se desenvolvía en 1986 se había transformado. El esquema insurgente, sin embargo, se mantenía. La convicción por parte del FMLN que era necesario unir fuerza militar y fuerza política a fin de lograr el ansiado y siempre buscado **espate entre guerra e insurrección**, produjo cambios tácticos tanto en el terreno de la guerra, como en la relación con el movimiento popular. Con respecto a lo primero, y para los efectos de este escrito, baste decir que medidas como el sabotaje a la infraestructura (paros de transporte, voladura de torres eléctricas, daños a presas, etc.) tenían el sentido preciso de debilitar al régimen evitando la puesta en marcha del plan de

reactivación económica.¹¹ Quisiera detenerme un poco en la relación FMLN-movimiento popular urbano.

Estaríamos en un error si afirmáramos que tras el inicio de la guerra el FMLN se desvinculó del movimiento popular urbano. Los Frentes de Masas desaparecieron, en efecto, pero las organizaciones (sindicales, estudiantiles, magisteriales) que los formaban y que lograron sobrevivir a la represión de 1980, mantuvieron la concepción político-militar y, por tanto, seguían formando parte del FMLN aunque el vínculo, por obvias razones, no apareciera tan claro. Como revisamos en el capítulo III, la reactivación del movimiento popular en 1986 estuvo sellada por la presencia de nuevas organizaciones, nuevos planteamientos, dirigencias y actores, todo ello en un marco de amplitud. Decíamos también que las reivindicaciones estaban más en el orden de lo económico (muchas veces restringidas sectorialmente), mientras que las de orden político tenían más que ver con el problema de despidos, de defensa del derecho de huelga, etcétera. Hacia 1987, por cierto, las reivindicaciones económicas se enfilan hacia el plano más general del modelo económico en su conjunto y, por su parte, las demandas políticas se integran alrededor de la exigencia del diálogo por la paz o el cese de la represión.¹² Sin embargo, esta evolución no parecía a apuntar hacia un proceso de radicalización,

¹¹ No significa que estas acciones no se hubiesen realizado antes de 1986, pero a partir del trazado del Plan de la Contraofensiva Estratégica se convierten en un eje prioritario bajo un diseño de "desgaste económico" más que de "desgaste militar". (FMLN, 1987:8-10)

¹² Para un análisis sobre el cambio en las demandas del movimiento popular, véase el ya citado texto de Valencia y Ruiz, (1988).

el despliegue de la Contraofensiva Estratégica requería de un movimiento popular con ánimo insurreccional, no cabe duda que la insurgencia estaba frente a una tarea de grandes dimensiones puesto que la situación no parecía ir por sí sola hacia esa dirección. Y esto no era, de ninguna manera, un problema menor puesto que si en el esquema de empatar guerra e insurrección, las condiciones para la primera estaban dadas, pero eran mínimas en cuanto a la segunda, lo que estaba en juego era ni más ni menos que la posibilidad de la victoria.

El FMLN se replantea, entonces, el vínculo que hasta ahora había mantenido con el movimiento popular, puesto que hasta ese momento había "esperado" -por decirlo así- a que la radicalización se diera casi como efecto natural de las victorias en el campo de batalla; pero ahora era necesario impulsarla para acortar los tiempos políticos. El primero y más importante dilema al que se enfrenta el FMLN en este terreno, es ¿cómo radicalizar a un movimiento popular cuyo signo en ese momento era fundamentalmente la amplitud?

Dilema nada sencillo si se toma en cuenta todo lo que deriva del término "amplitud": es decir, organismos cúpula que albergan organizaciones con distinto nivel de conciencia y que, por lo mismo, impulsan un amplio abanico de demandas y propuestas (y que, precisamente por eso, propician el ingreso de más miembros), proponen formas de lucha moderadas o poco radicalizadas en tanto que los integrantes no tienen, en efecto, la disposición de usar otras. En fin, un movimiento que se asume como "amplio" difícilmente puede ascender a niveles de otro carácter en poco tiempo. Más bien, en términos generales, su apreciación de la

situación nacional y sus expectativas van en un camino distinto a aquel que les permitiría llegar al convencimiento de que el poder es algo de lo cual podrían apropiarse.

De manera que el FMLN resuelve la contradicción amplitud-radicalidad de una forma en que -poco tiempo después ellos mismos reconocerían- se pretendió forzar la adopción de un nivel político distinto al que el propio movimiento popular requería. Muy al contrario de lo que fue el proceso de radicalización que alcanzó altos niveles de agudeza a fines de los setenta, en donde las organizaciones político-militares incidieron a través de un lento y paciente trabajo de organización, de convencimiento, de aprendizaje en la lucha misma; contrario a esta forma, decíamos, en 1986 la estrategia organizativa partía de un error básico (e incluso, podríamos decir opuesto a la esencia de la concepción político-militar), el cual era asumir que la "conciencia" se impone cuando en realidad es algo que se adquiere. En el proceso de toma de conciencia, la vanguardia induce, apoya, propicia; pero no es quien la crea.

En aras de acelerar la radicalización, el FMLN fuerza los tiempos de un proceso que es gradual por naturaleza y que sólo por el concurso de diversos factores -entre los que la conducción de la vanguardia, con todo y ser de los más importantes, es uno más entre otros- puede dar saltos de calidad. Así, el FMLN, por un lado, lanza la consigna a las organizaciones populares afines a él de "radicalizar" peticiones, plataformas de lucha, pliegos petitorios, etcétera, en las asambleas y reuniones; y, de cara a las acciones, propiciar actividades cada vez menos moderadas (más número de huelgas, huelgas por solidaridad, mítines, manifestaciones, tomas

de fábricas, etcétera); pero también, por otro lado, llama a sus comandos urbanos a introducirse en las acciones callejeras y a ejecutar un plan de acciones propiamente guerrilleras.¹³

En una entrevista realizada en junio de 1989, uno de los comandantes comenta sobre lo que seguramente por esas fechas el FMLN había revisado críticamente. El párrafo a continuación plantea los efectos negativos de situaciones que fueron típicas a partir de 1987.

Para que tu me entiendas, ¿cómo va a ser aceptable que los estudiantes universitarios salgan a la calle enmascarados, encapuchados, con pedazos de hierros en las manos? ¡Claro que eso atemoriza a la gente! La gente en vez de acercarse, huía. Eso lo hemos discutido un montón de veces, y lo hemos discutido allí con la gente que ha estado metida en eso. No se trata de teorizar, es algo concreto, a esa gente, en vez de atraerla a la marcha lo que se hacía era ahuyentarla... ¿Que ha habido oposición a las acciones radicales? Sí, también ha habido oposición. ¿Que cuando se apedreó a Duarte en la Universidad, por ejemplo, los compañeros del PC se opusieron a capa y espada? Sí, se opusieron a capa y espada. En ese momento la gente que estaba allí -no hablo de los miembros de la comisión política, hablo de la gente que estaba allí en la Universidad y los que estaban dirigiendo con nosotros aquello- estuvo en total desacuerdo con la acción y, por el contrario, nuestra gente estuvo feliz con ella... (Guardado, 1989:14)

Me pareció oportuno insertar esta descripción hecha en un momento (1989) en que el FMLN ha revisado críticamente las

¹³ Estas últimas iban desde destrucción de casetas telefónicas (hacia 1988) hasta la colocación de "coches-bomba" en la entrada de cuarteles y/o estaciones de policía principalmente en San Salvador. En el marco de la preparación de la contraofensiva estratégica, es posible explicarse el incremento a partir de 1987 de este tipo de acciones, las cuales por cierto, fueron desapareciendo debido a que el FMLN valoró después de algún tiempo que eran contrarias a los efectos que pretendía producir. Por ejemplo, si con ese tipo de acciones de guerrilla urbana se propuso crear un clima de desestabilización, al tiempo que de confianza en la población sobre la fuerza de la insurgencia, lo cierto es que el efecto fue contrario puesto que la población empezó a rechazarlas tanto porque se veía afectada en sus intereses (los teléfonos públicos ya de por sí escaseaban en San Salvador), como en su seguridad personal (algunas veces falló el dispositivo de los carros-bomba y produjo víctimas inocentes).

consecuencias de una radicalización forzada, porque creo que ejemplifica dos cuestiones muy importantes: por un lado, los hechos aquí descritos son una muestra clara de la enorme distancia que existe entre el manejo de lo político y lo militar hasta 1981 y la forma en que se presenta dicha relación algunos años después. Es decir, entre "lo militar" (que se encontraba a nivel de estructuras de autodefensa) que funcionó acompañando y sosteniendo el impulso de un movimiento popular altamente politizado al iniciar la década de los ochenta (cfr. los ejemplos al inicio de este capítulo); y lo militar (estructuras armadas que se trasladan al ámbito del movimiento popular) en la segunda mitad de la década, existe una gran distancia en el sentido en que lo hemos discutido en este capítulo.

Pero también, por otro lado, me pareció conveniente el párrafo porque describe hechos en un sentido autocrítico, a menos de tres años de que el FMLN se reuniera para impulsar la Contraofensiva Estratégica al amparo de la cual se buscó la radicalización del movimiento popular. El proceso político nacional del cual el FMLN fue uno de los actores principales, vivió diversas fases y distintos momentos; todos ellos influyeron en el FMLN como organización, al tiempo que él fue factor que incidió en la modificación de ese contexto. En el desarrollo de esta influencia mutua, el FMLN fue mostrando una evidente capacidad de respuesta pero, sobre todo, una extraordinaria flexibilidad en el terreno militar y en el terreno político. Creo que en última instancia aquí reside la razón por la cual llegó a ser una de las organizaciones insurgentes más poderosas hasta ahora en América Latina.

reside la razón por la cual llegó a ser una de las organizaciones insurgentes más poderosas hasta ahora en América Latina.

¿Que fue, entonces, lo que no le permitió percibir el profundo cambio que se daba en el escenario nacional al grado de hacer, según mi hipótesis, que su estrategia se fuera desfasando paulatinamente? ¿Fue demasiado pesada la "armadura" de la estrategia con la cual nació y por la cual impulsó el proceso de cambio? Las respuestas forman parte de un debate que quizá aún no ha iniciado. Pero creo que queda en pie un hecho del cual el FMLN dio muestras a lo largo de su actividad como organización armada: la capacidad de hacer las readecuaciones internas que la realidad exigía. El viraje estratégico en 1989 fue posible porque había "material humano" apropiado y experiencia política para ello. Por eso fue posible concretizarlo en poco tiempo y por eso fue que lo hizo una insurgencia fuerte y no una insurgencia derrotada.

CAPITULO V. EL FIN DE UNA GUERRA SIN INSURRECCION. SE CONSOLIDA EL VIRAJE.¹

5.1. Ofensiva de noviembre de 1989: insurrección popular, de nuevo la gran ausente.

En la madrugada del 11 de noviembre de 1989 el FMLN despliega una de las ofensivas más impresionantes en los casi diez años de guerra. Impresionante por su contundencia, y también por la muestra de acumulación militar y política que hasta ese momento había reunido la insurgencia, esta ofensiva cambió el rumbo del proceso político nacional. Pero -al igual que la primera gran ofensiva en 1981- el cambio en la situación no se dio en el sentido esperado por la insurgencia, es decir, provocar el colapso del ejército y del régimen para propiciar la toma del poder. En 1989, al igual que en 1981, la insurrección popular -factor que en la estrategia insurgente era esencial- nuevamente estuvo ausente.

Muchas y complejas cuestiones derivan del análisis de la ofensiva del FMLN que estalla el 11 de noviembre de 1989. Por una parte, como fenómeno militar en sí mismo, la acción insurgente mostró el más alto grado de desarrollo militar alcanzado por movimiento insurgente alguno en América Latina²; y por otra parte,

¹ A lo largo de muchas sesiones y durante un largo tiempo, algunas ideas que integran este capítulo formaron parte de un debate intenso con Víctor Ferrigno, colega y compañero de quehaceres en el espacio del Centro Centroamericano de Relaciones Internacionales (CECARI) y, más tarde, en esa aventura a la que dimos por nombre Asociación para la Paz, la Democracia y el Desarrollo en América Central (APADDE). No le trasladado a él ninguna responsabilidad sobre lo escrito aquí, pero sí un reconocimiento a su agudeza en el análisis, a su terquedad en la defensa de los argumentos y a su infinita capacidad para escuchar.

² Para una descripción de las distintas fases de la ofensiva del 11-30 de noviembre en el terreno de las acciones propiamente militares, ver (CECARI, 1990:16-17)

fue la prueba irrefutable de un fenómeno que había ido mostrándose algunos años antes: que la estrategia político-militar alrededor de la cual la insurgencia había actuado, se había agotado gradualmente.

Pero este agotamiento sólo quedará totalmente claro tras los resultados de la ofensiva. Como se revisó en el capítulo anterior, en noviembre de 1986 la Comandancia General está convencida aún de que puede impulsar una coyuntura de poder, de ahí la conclusión en esa importante reunión, de preparar las condiciones militares e impulsar la radicalización del movimiento popular esperando unir empuje militar con insurrección. La definición del lanzamiento de la ofensiva de noviembre de 1989 derivó precisamente de esa valoración sobre las posibilidades de toma del poder.

Mirá, con la ofensiva nosotros perseguíamos dos propósitos. El propósito máximo: tomar el poder, buscando el levantamiento de las masas, que era lo que podía darnos la correlación de fuerzas para aplastar al enemigo. Y uno mínimo: sostenernos en los combates en las ciudades por lo menos setenta y dos horas y lograr producir un cambio en la correlación de fuerzas. (Facundo Guardado, en Harnecker, 1993:285) (subrayado mío)

Visto como unidad, el FMLN en realidad jamás abandonó la estrategia de toma del poder, sustento de sus acciones desde la ofensiva de enero de 1981. Dicho de otra manera, para el FMLN el quid del problema era armonizar los tiempos de la guerra con los tiempos de la insurrección popular.

Algunos decían que no era tan latente [la insurrección], sino que había una insurrección en cauce. Sobre eso no todos estábamos de acuerdo. Todos coincidíamos en que había un estado positivo entre las masas, pero ya en la caracterización y en la calificación del fenómeno hubo errores...La comandancia constata que tenemos una situación de masas mejor que antes y, sobre esta base, llama a los cuadros y les hace ver que a esta situación corresponde una ofensiva. Todo el

mundo se entusiasma. (Valentín, en Harnecker, 1993:293)
(subrayado mío)

Tras el fracaso de la ofensiva de 1981 -que, como analizamos anteriormente, tuvo como causa de primer orden la inexistencia de la insurrección popular-, el esfuerzo de los siguientes años se mantuvo en dos direcciones: sostener y acrecentar la capacidad y presencia militares y, de cara al movimiento de masas, primero hacerlo salir del reflujo al que había entrado tras la represión de 1980 y, después, potenciarlo nuevamente como actor protagónico.

Aún cuando en muchos de los casos, el trabajo con el movimiento popular -sobre todo a partir de 1986- mostró algunos intentos por buscar formas novedosas de expresión, en el fondo mantuvo el mismo objetivo, es decir, preparar la insurrección. Así como durante la ofensiva de 1981 una cantidad importante de los mejores cuadros para el trabajo de masas se fue a la guerrilla (aquellos que lograron salvarse de la represión), posteriormente se dio el proceso inverso. Muchos cuadros de enorme calidad para el trabajo de masas (en su mayor parte con una sólida formación militar), regresan a ese ámbito. Este proceso arranca a principios de 1987 cuando da inicio la "fase preparatoria" de la Contraofensiva Estratégica.

Si bien la calidad de la actividad insurgente quedó más que demostrada al haber hecho posible el inicio de las acciones militares en la ofensiva de 1989, el problema no radica tanto en si el trabajo de masas fue efectivo o no. La pregunta vale, en todo caso, si antes nos cuestionamos la viabilidad o no de la estrategia que le dio marco a esa actividad. En ese sentido, ¿la insurrección

del pueblo aún era posible? ¿seguía siendo válida, políticamente hablando, la "fórmula" guerra-insurrección?

Me parece que las valoraciones del FMLN sobre el desarrollo de los acontecimientos en el país fueron incorrectas. Y lo fueron debido básicamente a dos elementos: en primer lugar, a que no se hizo una correcta caracterización del nuevo perfil del movimiento de masas y, en ese sentido, se mantuvo una misma estrategia ante un pueblo que había cambiado sustancialmente; en segundo lugar, a que en esencia el FMLN mantuvo la posición que, en términos generales, históricamente la izquierda latinoamericana ha seguido, es decir, pensar que es la sociedad la que se debe adecuar a los tiempos de la guerrilla y no al revés.³

Como vimos en el capítulo III el movimiento de masas salvadoreño jamás volvió a ser el mismo a partir de 1980. El que resurge alrededor de 1986 tiene características diferentes que van no sólo desde tener preponderantemente cuadros dirigentes nuevos (lo cual tiene efectos políticos importantes), hasta el hecho que

³ En una entrevista aparecida en junio de 1989 (es decir, a cinco meses del lanzamiento de la ofensiva) uno de los comandantes, a pregunta expresa de la entrevistadora, contesta:

¿Puede haber insurrección exitosa en las actuales condiciones en San Salvador, con la correlación de fuerzas que hay? Yo te digo que no. Ahora, si en vez de estar haciendo llamados abstractos a la insurrección, trabajamos en concreto en movilizar a las masas, en ampliar el movimiento, en elevar sus niveles de combatividad, en hacernos fuertes en los barrios, en ir armando y fogueando a la masa radicalizada y combinando todo esto con la ofensiva militar dirigida a golpear la columna vertebral del enemigo, que es el ejército, ¡Ahí, sobre esa base sí podemos asegurar que la insurrección va! (Guardado, en Harnecker, 1989: 26)

Más allá de que a poco tiempo del lanzamiento (y presumiblemente ya con los preparativos en marcha) se mantenga la duda sobre si hay o no condiciones para la insurrección, es interesante ver en el párrafo como a esta se le vió como algo que podría construirse. casi como algo sujeto a la voluntad de la vanguardia.

ya para esos años en la escena política han aparecido sectores - muchos de ellos producto de la guerra misma- cuyos intereses, expectativas y modalidades de acción no se ajustaban a los esquemas organizativos tradicionales.*

Por lo demás, el país en su conjunto también había cambiado.* Incluso el panorama regional también había variado: de la crítica situación de principios de los ochentas, en la mitad de la década el panorama era distinto. El fantasma de la regionalización de la guerra había desaparecido, el gobierno sandinista tras su victoria militar sobre la contrarrevolución había negociado con ésta y se preparaba para un proceso electoral, la crítica situación que había vivido Guatemala al iniciar la década, presentaba otro panorama, en fin, todos los gobiernos centroamericanos habían logrado un importante nivel de legitimidad frente a la comunidad internacional

* Como lo vimos anteriormente, ese era el caso de sectores como los desplazados internos, los refugiados, los repatriados (producto directo de la guerra); pero también un amplísimo sector de "informales" que evidentemente no sólo planteaban demandas diferentes a las tradicionales, sino sus formas organizativas no podían ser las mismas. Tan sólo para mencionar un hecho ilustrativo: debido a la crisis económica (producto de la guerra y de los efectos de los cambios económicos mundiales) la tasa de desempleo creció en grandes proporciones, lo cual derivó en una reducción sustancial del sector trabajador ligado directamente a un centro de trabajo. De más está explicar los efectos que esto tiene en términos de estrategia organizativa.

* Nos referimos a los aspectos tratados en el capítulo III con respecto a la consolidación institucional que logra el régimen salvadoreño, la cual independientemente de cómo fue lograda y cómo se sostenía gracias a una potencia externa, le redituaba márgenes de legitimidad importantes nacional e internacionalmente. Por otra parte, también se fueron consolidando posiciones políticas de gran relevancia nacional (lo que se conoció como "la tercera fuerza"); cuyos discursos y prácticas se alejaban de las posiciones del gobierno, pero también eran críticas ante el FMLN.

y se había reducido de manera importante el perfil de la solución militar.*

Las condiciones internas e internacionales habían, en efecto, cambiado más allá de los aspectos superficiales. Se trataba ya de una situación esencialmente nueva que planteaba retos novedosos y complejos. Si bien el FMLN actuó en algunas líneas congruente con este cambio (cuya expresión más importante tiene que ver con las propuestas de diálogo como veremos más adelante), su esquema estratégico se mantuvo. Y, en tanto el esquema se mantuviese igual en esencia, ni las propuestas de diálogo ni la propuesta de enero de 1989 sobre las elecciones (la cual analizaremos más adelante) tenían el sentido que asumieron a partir de enero de 1990 cuando la negociación se instala como eje principal del proceso.

La posibilidad de la solución política -y, por tanto, el debate sobre la viabilidad o no de la estrategia de toma del poder a partir del binomio guerra-insurrección- estaba presente en el debate al interior del FMLN desde, al menos 1982. Baste como ejemplo, los trágicos sucesos que involucraron al cmdte. Marcial (Cayetano Carpio), máxima figura de las FPL, en el asesinato de la cmdte. Ana María y su posterior suicidio. Como hoy se sabe, en la base de esto estuvo la decisión de asumir o no una posible solución negociada a la guerra.

* De nuevo aclaro que de ninguna manera la crisis regional quedaba solucionada realmente a partir de los Acuerdos de Esquipulas, en tanto las raíces del conflicto no fueron tocadas. Sin embargo, es un hecho indiscutible que el rumbo tomado por los acontecimientos había provocado un cambio de situación política que obligaba a las insurgencias centroamericanas a dar una respuesta acorde a las nuevas condiciones.

No obstante que, con el paso del tiempo, empezó a tener consenso dentro del FMLN la disposición a aceptar que la solución al conflicto debía pasar por la negociación, de hecho se mantuvo la línea según la cual era posible la toma del poder tras una victoria militar. En realidad resulta un tanto falso "dividir" de esta manera las posiciones, puesto que -con un menor nivel de aceptación de este hecho- todas las organizaciones político-militares que formaban el FMLN creían (aun cuando fuera a nivel de duda razonable) en un desenlace de ese tipo.

Tan es así, que la decisión para el lanzamiento de la ofensiva de noviembre se dio tras lograr un consenso interno básico: si las condiciones se presentaban favorables, es decir, si el pueblo se insurreccionaba, el objetivo de tomar el poder no sería desechado. En tal sentido, es indudable que para el lanzamiento de la ofensiva existió un acuerdo general: debía ir dirigida hacia la toma del poder. El consenso básico fue, por tanto, que tal acción militar sería ejecutada y que la decisión de "ir hasta el tope" (tomar el poder) dependería del desarrollo de los acontecimientos.

La negociación como solución estratégica quedó en ese momento -en el de la decisión de lanzar la ofensiva y en los primeros días de desarrollo ésta- fuera del esquema. Los resultados, no obstante, llevaron al FMLN a asumir que la negociación se convertía en estratégica. La ausencia de la esperada insurrección llevó al convencimiento que la guerra podía sostenerse por algún tiempo, pero que no llevaría en definitiva a la toma del poder. Es así que la solución política se consolida al interior del FMLN como el eje estratégico para la nueva etapa y, por tanto, aquel otro basado en

el esquema guerra-insurrección pierde fuerza y es abandonado definitivamente.

5.2. Noviembre de 1989: convencimientos mutuos.

La ofensiva clarificó para todos los sectores nacionales, involucrados o no directamente en el conflicto militar, que no había posibilidades reales de triunfo de un ejército sobre el otro. Así, tanto para el ejército como para el FMLN se hizo evidente que el equilibrio de fuerzas era una realidad indiscutible. La dinámica propia de la ofensiva así como sus resultados, significaron la derrota de aquella posición que en la Fuerza Armada aducía que la derrota militar del contrario aún era posible; de hecho, estos grupos -aun cuando no constituían la posición hegemónica desde hacía tiempo- cobraron gran fuerza a los pocos días de iniciada la ofensiva.

Por otra parte -y quizá uno de los puntos más importantes a destacar- por primera vez los sectores dominantes llegan a la total comprensión de que, por una parte, ningún proyecto económico (bajo la modalidad que fuere) tenía en lo absoluto viabilidad estando presente tal nivel de guerra; y por otra, también por primera vez en el curso de diez años de guerra ven en los hechos que ese ejército no representaba ninguna garantía para su seguridad.

El solo hecho de haber iniciado las acciones militares en una ciudad (ni más ni menos que en el centro político del país) supuestamente bien resguardada por el ejército y tras que, sólo unos días antes, éste se había jactado de conocer los planes del FMLN y anunciar que todo estaba bajo control, provocó enormes dudas

en la clase dominante.* Tras la penetración insurgente en su área de residencia (toma espectacular del Hotel Sheraton el día 20 y de la elegante colonia Escalón el día 26), la clase dominante concluyó que el ejército no representaba en lo absoluto ninguna garantía de protección.

Seguramente esto pesó enormemente en el ánimo de los sectores económicos dominantes: si a pesar de la ayuda norteamericana que recibía el ejército, si a pesar del enorme gasto social que para la economía salvadoreña significaba sostener el esfuerzo bélico, estas Fuerzas Armadas no eran siquiera capaces de frenar -ya no digamos derrotar- al FMLN, para la oligarquía no existía razón para seguir sosteniéndolas. Esto significó de hecho un parteaguas: la oligarquía decide romper el vínculo que históricamente sostuvo con el ejército salvadoreño.

Pero más allá de este hecho que impactó psicológicamente a los sectores dominantes, el factor que de manera contundente decidió a los grupos anti-negociación a aceptar esta salida como el "mal menor" fue que el FMLN mostró ser una fuerza a la cual no se le podía mantener "cercada" en las zonas que durante todos esos años habían sido el escenario común de guerra. Es decir, que el FMLN tenía la suficiente capacidad político-militar como para desestabilizar al país entero (y no sólo determinados

* En efecto, el ejército sabía que se preparaba una acción de grandes dimensiones desde días antes y desplazo alrededor de 19 mil hombres a San Salvador. "Lo que no sabía el enemigo era la hora, la magnitud, ni la modalidad. Esos tres factores fueron los de sorpresa". (Harnecker, 1993:287). Para un análisis de la ofensiva en sus aspectos militares, políticos y económicos, véase Universidad Centroamericana (1990)

Departamentos)*, parar durante días la vida cotidiana, enfrentar cara a cara al ejército y, en fin, actuar en este sentido de manera sorpresiva y probablemente continua. En efecto, con la ofensiva el FMLN dejó claro que podía ser un factor determinante para evitar la aplicación de cualquier proyecto económico. Hasta ese momento la clase dominante logró "convivir" con la guerra. Mientras ésta se mantuvo lo suficientemente alejada de los puntos neurálgicos de la economía la continuidad de la vida productiva podía seguir sin riesgos insalvables.

También la llamada "comunidad internacional" se convence de la necesidad de intervenir en el conflicto en búsqueda de una solución política al mismo. La ofensiva es lanzada en un momento en que a nivel internacional el FMLN tiene ya un camino avanzado y éste ha empezado a dar frutos, sobre todo en lo que se refiere al trabajo de lobby a nivel de gobiernos. El peso de lo internacional no recayó tanto en lo que el FMLN como movimiento armado representaba, sino más bien a que el clima era adverso al despliegue de una acción militar de este tipo. Los aspectos desfavorables del ámbito internacional tuvieron que ver con el clima de distensión mundial * y regional cuya consecuencia más inmediata fue el descrédito acelerado de la vía armada.

* De hecho se había configurado una división geográfico-económica de El Salvador. La parte occidental (Ahuachapán, Sonsonate, Santa Ana) y sur del país (La Libertad, cierta parte de La Unión) paulatinamente se fueron convirtiendo en los "reductos" de los grandes empresarios (oligárquicos y "modernos") y, por tanto, en la zona de mayor productividad.

* Recuérdese que hacia estas fechas las medidas de Gorbachov en la URSS avanzaban. El "derrumbe" del socialismo estaba en pleno desarrollo haciendo que los términos de la confrontación Este-Oeste se fueran diluyendo.

El traslado de este clima de distensión a Centroamérica se vio apoyado por el proceso de pacificación regional que da inicio con la firma de los Acuerdos de Esquipulas en agosto de 1987. Aun con sus altibajos, ya hacia 1989 la pacificación regional parecía encaminarse, al menos formalmente, hacia una solución donde lo militar tendía a tomar un bajo perfil. Después de la reunión de Costa del Sol (febrero de 1989) y sobre todo después de los Acuerdos de Tela (agosto de 1989), la resolución que los presidentes toman con respecto a la contrarrevolución nicaragüense y al FMLN, hacen que la solución política alcance su punto más alto de posibilidades (Páez, 1990)

A pesar que la desmovilización de la contrarrevolución no se consumó en ese momento y que el diálogo en El Salvador -después de las reuniones de México y Costa Rica en ese año- no trascendió hacia la negociación, lo cierto es que para la opinión pública internacional y para buena parte de los observadores políticos, se mantuvo la convicción de que el proceso de pacificación seguía en marcha. Es decir, si bien la pacificación no cuajaba en los hechos, existía un clima que, con todo lo "artificial" que fuera dificultaba que una acción militar por parte de la insurgencia pudiera tener apoyo (o al menos la comprensión) de la comunidad internacional.⁷

Por su parte, el pragmatismo de la administración de George Bush -quien trataba de dismantelar las aristas más agresivas de la política de su antecesor Ronald Reagan-, antes de la ofensiva había

⁷ Sobre contexto internacional durante la ofensiva, véase: Sánchez (1990)

funcionado mediante el mecanismo de mantenerse a cierta distancia dejando que las fuerzas políticas salvadoreñas tuvieran una dinámica propia y sólo, de presentarse una situación crítica, tener una participación más directa en el conflicto. La "situación crítica" se presentó en noviembre de 1989.* Este fue el momento en que se llegó a un punto crítico ya no sólo para el ejército salvadoreño sino también para la administración Bush. Estados Unidos inició un agresivo trabajo diplomático tanto en la OEA como en la ONU aunque, paradójicamente, el consenso bipartidista en el Congreso parecía perderse ante el caso salvadoreño.

También las reacciones de la comunidad internacional tuvieron dos momentos de actuación frente a la situación en El Salvador. Las primeras reacciones de los gobiernos latinoamericanos y de otras naciones fueron fundamentalmente declaraciones que "lamentaban el rompimiento del proceso de diálogo" y mostraban "preocupación ante los hechos". Si bien pocas declaraciones oficiales acusaban en forma directa al FMLN del rompimiento del diálogo, ciertamente tampoco le dieron su apoyo explícito.

Los llamados al régimen y al FMLN para reiniciar el diálogo se mantuvieron más bien en bajo perfil hasta que el asesinato de los

* Ante el despliegue de la ofensiva insurgente, la actuación del gobierno norteamericano tuvo dos momentos ubicables en el tiempo. Las primeras reacciones fueron de apoyo irrestricto al régimen y al ejército salvadoreños bajo la confianza de que éstos tendrían la capacidad militar y el colchón económico suficiente para salir del problema. Si bien los primeros días, el gobierno norteamericano se mantuvo en el plano del apoyo político y el avituallamiento militar, la situación varió con la toma por parte de la guerrilla del Hotel Sheraton donde se encontraban miembros de sus tropas especiales.

jesuitas* provoca una reacción de rechazo generalizado. Esta reacción no llega al punto -salvo en el caso de España- de acusar directamente al gobierno de Alfredo Cristiani como responsable de los hechos, sino más bien acelera las acciones en torno a una posible mediación de organismos internacionales en función de un alto al fuego y el reinicio del diálogo. Es importante hacer notar que el giro en la situación internacional se dio más en torno a iniciativas de diálogo que en función de otorgar apoyo explícito al FMLN.

La posibilidad que la OEA fuera la instancia mediadora se debilitó fundamentalmente por tres razones: la acción de la diplomacia norteamericana; la mediocre actuación de su Secretario General durante los acontecimientos del Hotel Sheraton; y el resultado de la reunión de presidentes centroamericanos en San Isidro, Costa Rica. En efecto, después de la declaración de San Isidro -la cual deslegitimaba al FMLN, daba todo su apoyo al gobierno de El Salvador y que fue firmada incluso por el gobierno sandinista- el papel de la ONU se potencia en la medida en que ni los gobiernos centroamericanos ni la OEA muestran "neutralidad" suficiente como para servir de mediadores.

* A partir del día 15 de noviembre el ejército despliega un plan que combinaba cuatro acciones: intensificación de los bombardeos aéreos contra las zonas ocupadas por los insurgentes; el descabezamiento de la dirigencia del movimiento popular y de los partidos de oposición; desalojo de la guerrilla y, finalmente, represión generalizada. En el marco de la acción contra el liderazgo popular y político opositor el operativo de la noche del 15 a la madrugada del 16 cobra a sus únicas víctimas: seis sacerdotes jesuitas pertenecientes a la Universidad Centroamericana y dos de sus empleadas. (UCA, 1989)

De hecho, otras posibilidades de mediación internacional - algunas de las cuales se presentaron tras esta Declaración- se vieron opacadas ante la invasión norteamericana en Panamá (diciembre 1989). A partir de ese momento, la ONU asume un papel estratégico en la solución del conflicto salvadoreño.

5.3. 1989: se consolida el viraje estratégico.

La ofensiva insurgente convirtió el diálogo (que ya se venía dando con altibajos desde años atrás) en un proceso de negociación. Podríamos afirmar, sin riesgo a equivocarnos, que fue el factor militar el que potenció la negociación y forzó al gobierno y ejército salvadoreños a aceptar la inevitabilidad de sentarse a la mesa de negociaciones. Asimismo, una vez que el FMLN no logra tomar el poder ("el objetivo máximo"), la solución política es la carta que sale a relucir en el juego.

Ciertamente el impacto generado por este enorme esfuerzo militar, clarificó posiciones y decantó la situación política nacional que permanecía sin variaciones esenciales en lo que respecta a la guerra. Sin embargo, creo que resulta un tanto limitado ver el cambio drástico de situación como producto exclusivo del factor militar, como si éste por sí sólo hubiese sido el que abrió las puertas de la negociación. Me parece más correcto afirmar que lo militar permitió reunir elementos dispersos que, estando presentes en la situación salvadoreña, no habían podido expresarse. Sólo para mencionar los más importantes: el agotamiento de la estrategia político-militar basada en el binomio guerra-insurrección; el cambio en la situación nacional y regional; y,

finalmente, la guerra que había llegado a un punto tal en que ninguno de los contendientes podía derrotar al otro y, en términos generales, era imposible una escalada en el esfuerzo bélico. Así, **la ofensiva de 1989 precipitó factores que ya estaban en el escenario político nacional y regional, pero que no habían encontrado aún las condiciones necesarias para unificarse y marchar en torno a la solución política.**

Pero, además de que esta forma de analizar el fenómeno provocado por la ofensiva nos permite encontrar sus causas más allá del hecho militar en sí, me parece que abre otra línea de estudio igualmente importante: la disposición del FMLN a trascender como organización -con todo su potencial político y militar acumulado- hacia una fase distinta donde la estrategia varía en cuanto al objetivo que persigue.

Un viraje estratégico de las dimensiones del que llevó a cabo el FMLN -con todo lo que ello implica en cuanto a readecuación de estructuras internas, además del lógico cambio en el relacionamiento con el movimiento popular y con otras fuerzas políticas y, por supuesto, los cambios que significan el ingreso a un terreno donde las armas juegan en todo caso un papel muy distinto- no podía ser ni producto de un "convencimiento" coyuntural, ni podía ejecutarse de la noche a la mañana. Pensar que tras los resultados de la ofensiva, el FMLN decide mecánicamente ingresar al terreno de la negociación es negar que este viraje fue parte de un proceso que inició mucho antes de 1989, pero que sólo a partir de ese año se consolida tras la claridad -eso sí- que deja una ofensiva que nuevamente se queda sin insurrección popular.

El viraje fue un proceso que se fue armando paulatinamente y que sólo cristalizó cuando una de las piezas definitorias -los resultados de la ofensiva de noviembre- se acomodó para armar el rompecabezas que era la situación nacional e internacional en su conjunto. Tres elementos dan cuenta de ese proceso de armado del viraje estratégico: las propuestas de diálogo, las modificaciones en el programa político y el cambio en la concepción sobre las elecciones. Estos son, desde mi punto de vista los tres elementos que muestran el proceso paulatino de modificaciones en el esquema estratégico original, y son también los que permiten entender que el viraje en la estrategia y su consecuente ingreso al proceso negociador con el gobierno y el ejército salvadoreños no fue "un acto desesperado" realizado por una "insurgencia derrotada".

Diálogo, programa y elecciones: los signos del viraje.

Prácticamente desde su fundación, el FMLN lanza los primeros llamados al diálogo. Obviamente, en circunstancias en que se preparaba la ofensiva de enero de 1981, esos llamados no pueden ser calificados más que de maniobras tácticas, aunque más allá de esto, tienen básicamente el objetivo de llamar la atención sobre la cada vez más evidente presencia norteamericana en el conflicto. Por eso es que esos llamados al diálogo enfatizan en "la solución entre salvadoreños".¹⁰ La guerra que se instala como fenómeno nacional a partir de 1981 alejará a la solución política por un buen tiempo del escenario nacional.

¹⁰ Para una revisión más pormenorizada de los distintos momentos de diálogo hasta antes de 1989, véase Sánchez (1989).

La primera propuesta estructurada que lanza la insurgencia en torno al diálogo es la **Propuesta de los cinco puntos** (1983) en plena etapa de ejecución del Plan Bienestar para San Vicente¹¹. El presidente provisional Alvaro Magaña -quien asume el cargo en el marco de la nueva legalidad- forma la **Comisión de Paz** para dialogar con el FMLN-FDR. En septiembre de 1983 se lleva a cabo el encuentro sin que se llegue a ningún acuerdo.

Varios son los factores que imposibilitan ir más allá de un simple encuentro de delegados. Ni para el FMLN ni para el gobierno salvadoreño el diálogo reviste una importancia estratégica; mientras que, en la perspectiva del gobierno norteamericano -en pleno desarrollo de su nueva estrategia en Centroamérica- el objetivo central es la derrota militar de la insurgencia, por lo que un proceso negociador está profundamente alejado de los objetivos norteamericanos hacia El Salvador. Con este aval, el ejército salvadoreño está convencido que es posible derrotar al FMLN por lo que, lógicamente, la negociación está muy lejos de ser urgente.

Por su parte, para el FMLN la negociación tampoco es un punto central en este periodo. Recordemos que la estrategia insurgente tiene como componente esencial el desarrollo de la acumulación militar y su sostenimiento hasta que el trabajo de reactivación del movimiento popular dé frutos y alcance el nivel que ya para estas fechas ha adquirido el componente militar.

¹¹ El Plan Bienestar para San Vicente es el primer plan contrainsurgente estructurado bajo el esquema norteamericano. Véase, Castellanos (1984)

Aquí es necesario introducir un matiz. Si bien en 1983 el diálogo para una solución política no es el elemento central de la estrategia del FMLN, al interior de las organizaciones revolucionarias el debate sobre si es factible o no la negociación empieza a tomar importancia. Tan sólo pensemos que en el fondo de los sucesos al interior de las FPL estaba el debate interno respecto a la solución negociada. (Harnecker, 1993:cuarta parte).

Pocos meses después del encuentro entre ambas delegaciones, el proyecto de institucionalización da otro paso con las elecciones que se realizan en marzo de 1984, las cuales dan el triunfo a José Napoleón Duarte, candidato de la Democracia Cristiana. La transparencia de este proceso electoral nunca fue cuestionada seriamente, por lo que en los hechos el nuevo gobierno logra un cierto nivel de legitimación a partir del cual -entre otras cosas- permite manejar la deslegitimación de la lucha armada. El país entra así a un nuevo período político donde paulatinamente se van arraigando los mecanismos formales de dominación.

El FMLN no percibe la importancia de este esquema como generador de condiciones políticas nuevas. Frente a las elecciones mantiene su posición de boicot a las mismas (combinando las acciones militares con llamados a la población a no votar). De hecho frente al nuevo carácter que asumen los procesos electorales de ahí en adelante, el FMLN mantuvo en esencia la misma actitud. Incluso en las elecciones que dan el triunfo a Cristiani en 1989, el FMLN a pesar de detener su acción militar un día antes de los comicios continuándolas un día después, no dejó de hacer esporádicos y débiles llamados a no votar. Es decir, hasta el

último momento desvalorizó la importancia que ya habían cobrado los procesos electorales en el nuevo marco institucional.

Tras el triunfo de la Democracia Cristiana el proceso de institucionalización en el país avanza y se profundiza. Los sectores de la derecha han sido (por lo pronto) desplazados del poder, aún cuando logran mantener cierta fuerza al lograr un número importante de escaños en la recién electa Asamblea Legislativa. Sin embargo, dichos sectores -nucleados alrededor del partido Alianza Republicana Nacionalista, ARENA- todavía deberán aguardar dos años más para recomponerse y enfrentar a la Democracia Cristiana.

En febrero de 1984 -a cuatro años del documento sobre el Gobierno Democrático Revolucionario signado por la alianza FMLN-FDR en plena etapa de crisis política- el FMLN lanza la Plataforma de Gobierno de Amplia Participación Popular que es recibido por los sectores de izquierda (tanto nacionales como externos) con un profundo escepticismo. Si bien el documento tiene poco impacto inmediato, es posible detectar en él dos elementos que tendrán gran importancia más tarde: por una parte, el FMLN atisba que la situación en su conjunto ha cambiado y que el planteamiento de un gobierno sólo de las fuerzas de izquierda podría no ser viable; por otra parte, en este documento se encuentra el germen de lo que será el esquema de diálogo-negociación de la insurgencia, por lo menos hasta antes de la ofensiva general de noviembre de 1989. En efecto, en cuanto a este último tema, el FMLN plantea un proceso cuya primera fase sería un diálogo nacional donde las diversas fuerzas sociales y políticas debatirían sobre las causas de la guerra y sus posibles soluciones; y, en una segunda fase, las fuerzas

beligerantes dialogarían sobre el fin de la guerra. De hecho este esquema se mantendrá en cada propuesta particular en torno al diálogo con el gobierno.

Es durante la administración Duarte que el proceso de institucionalización se afianza y el tema del diálogo comienza a cobrar peso al interior de las fuerzas políticas nacionales. El movimiento popular lo asume como una demanda importante. El tema de la paz va generando consensos cada vez más amplios en la población, no así al interior del ejército y el sector empresarial. El gobierno salvadoreño lo ve como un elemento más del proyecto contrainsurgente: una vez creada la nueva institucionalidad, una vez trabajado el esquema de "coptación" del movimiento popular, la posibilidad de madurar un proceso de aislamiento de la insurgencia tendrá en el plano político al diálogo como elemento central¹². Es por ello que el planteamiento gubernamental en lo referente al diálogo tiene como punto central el desarme de la insurgencia y su posterior conversión en partido político. De hecho manejará siempre este mismo esquema.

En este marco, el presidente Duarte -que ya desde su campaña electoral había prometido dialogar con la insurgencia- convoca a la primera ronda de diálogo en La Palma. Esta se verifica en octubre de 1984 y produce como resultado la creación de una **Comisión Mixta** encargada de estudiar las propuestas de ambas delegaciones, crear los mecanismos para incorporar en torno al logro de la paz a todos

¹² Mientras tanto, en el plano militar se desarrollan los más sofisticados operativos y se "trabaja" a la población en las zonas de guerra en una doble dirección: restarle base social a la insurgencia y ganarla para el proyecto contrainsurgente (Sánchez, 1987)

los sectores del país, estudiar mecanismos para la humanización de la guerra y tratar todos los aspectos relacionados con el fin del conflicto armado. En noviembre de ese mismo año se lleva a cabo la segunda ronda de diálogo en Ayagualo. El FMLN-FDR presentan en esa ocasión su **Propuesta Global para la Solución Negociada y la Paz**. El gobierno, por su parte, presenta su **Oferta de Paz**. Las diferencias son evidentes entre ambas propuestas. Para el FMLN-FDR se estaría pensando en un proceso de negociación para dar fin a la guerra; para el gobierno sería la discusión sobre las garantías a la insurgencia tras su desarme.¹³

A partir de estas rondas de diálogo es posible detectar que durante un buen tiempo el gobierno mantuvo la iniciativa política en este campo por cuanto las convocatorias a reuniones provenían de él y las lanzadas por la insurgencia siempre cayeron en el vacío. Por su lado, el FMLN mantuvo la iniciativa en lo que a propuestas concretas de solución negociada se refiere. No obstante que las propuestas insurgentes son cada vez más completas y depuradas, no

¹³ El FMLN-FDR plantean tres fases para la solución negociada: 1) creación de condiciones políticas básicas para la solución negociada, uno de cuyos puntos básicos es el rescate de la soberanía nacional.

2) el cese de hostilidades.

3) integración de un gobierno provisional, reformas a la Constitución, reorganización de la Fuerza Armada y convocatoria a elecciones.

El documento del gobierno plantea los siguientes puntos:

- 1) propuesta para que la Asamblea Legislativa dicte una amnistía general.
- 2) garantías de libre circulación para los alzados en armas que decidan reincorporarse a la vida civil, o facilidades para los que deseen salir del país.
- 3) garantías para la formación de un partido político.
- 4) programas especiales para la atención de lisiados de guerra.

podría afirmarse aún que la negociación política realmente fuera en este momento el eje de la estrategia revolucionaria. Es, a lo sumo, un frente más de lucha en el marco del mismo esquema que dio lugar a la ofensiva de 1981.

Es por eso que frente al movimiento de masas, si bien el planteamiento fue impulsar la lucha por la paz y la solución política, el objetivo central era preparar núcleos en función de la insurrección cuando las condiciones objetivas maduraran. Recuérdese que desde 1986 el gran dilema del movimiento revolucionario en cuanto al trabajo con el movimiento popular fue cómo resolver el binomio "amplitud-radicalidad".

Durante 1985 y 1986 no prospera ninguna iniciativa de diálogo. Aún más, en un intento por "sacar" del marco regional el problema de la solución negociada, el presidente Duarte condiciona el diálogo con el FMLN-FDR a que simultáneamente el gobierno nicaragüense dialogue con la contra. En junio de 1986 en el discurso conmemorativo de su segundo año de gobierno, el presidente Duarte llama a una tercera ronda de diálogo a realizarse en Sesori en septiembre de ese año, a la cual sólo asiste el presidente.

El diálogo ingresa a una fase nueva a partir del avance del proceso de paz regional en el marco de los Acuerdos de Esquipulas II (firmados el 7 de agosto de 1987). Como lo apuntamos antes, uno de los principales puntos del Acuerdo de Pacificación Regional fue formalizar el compromiso de los gobiernos centroamericanos en torno a la búsqueda de la "reconciliación nacional" y, en el caso de aquellos gobiernos enfrentados a movimientos armados -Nicaragua, El Salvador, Guatemala- abrir espacios de diálogo con éstos.

Pensados fundamentalmente para obligar al gobierno sandinista a abrir espacios a la contrarrevolución, los Acuerdos comprometieron a los gobiernos de Guatemala y El Salvador a dialogar con los movimientos insurgentes de sus respectivos países.

A partir de la firma de los Acuerdos de Esquipulas el diálogo irá adquiriendo un papel cada vez más relevante en el escenario político nacional. La presión por el diálogo para lograr el fin de la guerra empezará a ser más fuerte; el contexto regional impulsa así una demanda que ya estaba presente en cada vez más sectores de la sociedad, quienes empiezan a aglutinarse alrededor de la exigencia a ambos contendientes de buscar una solución política a la guerra. Los propios países del (ya para entonces) ex-Grupo Contadora mantienen su labor de apoyo al proceso de paz aunque ya en un bajo perfil y con otra modalidad. En el caso de El Salvador en diversas ocasiones México y Venezuela serán anfitriones para la realización de rondas de diálogo.

No obstante este clima cada vez más generalizado, las propuestas de solución política de uno y otro de los actores principales no parecen tener punto de contacto. El esquema básicamente se mantiene igual: para el FMLN la solución pasa por acordar una serie de modificaciones políticas y, sólo hasta haber logrado esto, se negociaría el desarme; para el gobierno y el ejército salvadoreños el esquema es exactamente al contrario, es decir, primero el desarme de la insurgencia y después los acuerdos sobre garantías para la inserción de los rebeldes en la lucha

institucional, a partir de la cual deberían intentar los cambios políticos en el país.¹⁴

La primera ronda de diálogo en el marco de los Acuerdos de Esquipulas, tendrá como sede la capital, San Salvador, en octubre de 1987. A dicha reunión el presidente Duarte llega con una agenda de tres puntos: formas de incorporación del FMLN a la vida institucional, aceptación por parte de la insurgencia de los Acuerdos de Esquipulas y deposición de armas. Por su parte, el FMLN refrenda en la mesa de diálogo su **Oferta Política** (lanzada en julio de 1986)¹⁵ y reitera su **Propuesta de Humanización de la Guerra** de mayo de 1987.

A pesar que las rondas de diálogo que le sucedieron a la de San Salvador tuvieron algunos avances, sobre todo en el plano del afinamiento de ambas posturas, no se llega a ningún acuerdo concreto.¹⁶ En la base de esto estaba la discrepancia fundamental

¹⁴ Ese es el sentido del **Plan de Paz**, dado a conocer con el nombre de "Fórmula de Paz" a través de la Unión Nacional Obrero Campesina (UNOC), organización formada por el propio gobierno con el objeto de crear un ente paralelo a la UNTS. Dicho Plan comprende las siguientes etapas:

1) diálogo para discutir cese de fuego; 2) promulgación de un decreto de amnistía; 3) cese de fuego; 4) realización de elecciones.

¹⁵ El FMLN proponía seis bases de compromiso:

- 1) solución entre salvadoreños
- 2) amplitud y pluralismo del gobierno
- 3) cese de fuego
- 4) régimen económico justo
- 5) democracia y respeto a los derechos humanos
- 6) política exterior independiente

¹⁶ Como resultado del diálogo de San Salvador se formaron dos mesas de negociación (cese de fuego y "otros contenidos de Esquipulas" tales como refugiados, desplazados, reconciliación nacional, etc.), con lo cual fue evitado el intento gubernamental de centrar el debate en el tema de cese de fuego como condición

del orden en que debían ejecutarse las acciones: ¿cuándo el cese de fuego? ¿antes o después de las reformas? Y es lógico que ninguna de las dos fuerzas intentara llegar a un mínimo entendimiento al respecto. Todavía en 1987 -y durante dos años más- cada uno creía tener la suficiente capacidad como para derrotar al contrario. Sólo la ofensiva de noviembre de 1989 desarticuló en toda su amplitud y para siempre la tesis -asumida tanto por el ejército como por la insurgencia- de que aún era posible la derrota militar del oponente.

Antes de esto, sin embargo, no podríamos afirmar que el FMLN ha adoptado como eje estratégico el proceso de negociación. No obstante, por el contenido de sus propuestas, por el momento en que son lanzadas, por la estructura de las mismas que paulatinamente se va afinando, es posible notar que la solución política está siendo asimilada como un factor importante dentro de la estrategia. No es, todavía, el eje de ésta (como lo será a partir de 1990), pero sin duda es un terreno que la insurgencia considera fundamental y frente al cual pretende (y logra) tener la iniciativa. Las propuestas de diálogo de toda esta etapa no fueron -como se les calificó en su momento- una estratagema mientras se preparaba la ofensiva. En realidad, la solución política era asumida con toda seriedad, pero en tanto el objetivo siguiera persiguiendo el empate

básica. Los días 21-23 de octubre se le da continuidad a esta ronda con la Reunión de Caracas, en la cual no se llegó a ningún acuerdo debido a serias discrepancias en torno a los tiempos y mecanismos de la implementación del cese de fuego. La siguiente reunión -programada para llevarse a cabo en México del 30 de octubre al 4 de noviembre- se suspende por el retiro de los delegados del FMLN en protesta por el asesinato de Hebert Anaya, presidente de la Comisión de Derechos Humanos.

guerra-insurrección todo lo demás seguiría girando alrededor de
eso. En el mismo tenor funcionó el trabajo organizativo con el
movimiento de masas, como vimos en el capítulo anterior.

5.4. Enero 1989: una propuesta inusitada, primera evidencia del viraje.

A pocos meses de las elecciones presidenciales previstas para marzo de 1989 el FMLN lanza una propuesta poco común, por decir lo menos. Da a conocer la **Propuesta del FMLN para Convertir las Elecciones en una Contribución a la Paz** en la que propone: 1) la postergación de las elecciones a fin de "crear las condiciones mínimas" para que pudiesen ser consideradas totalmente legítimas, y 2) -que es donde estaría lo poco común de la propuesta-, el compromiso del FMLN no sólo de no obstaculizar por ningún medio el proceso electoral y, por el contrario, apoyarlo, sino también reconocer al gobierno que de él surgiera, independientemente de su signo político.

La propuesta es inesperada por su contenido mismo, pero también por el carácter del sujeto que la presenta. Aunque algunas reacciones fueron en el sentido de argumentar que esa era la prueba de que la insurgencia empezaba a tener problemas serios en el terreno de la guerra, lo cierto es que -como quedaría confirmado pocos meses después- estaba muy lejos de ser así. Pero más allá de esto, lo importante a destacar es que por primera vez el FMLN intenta involucrar el plano electoral dentro de su estrategia global. La posición ante los procesos electorales no había variado desde que, a principios de los setenta, los había calificado como

farsa. A lo largo de la guerra, mantuvo esta posición y de ahí los llamados constantes a no votar o las acciones militares para boicotearlas.

De tal manera que la propuesta de enero es el primer signo que apunta a rearticular la fuerza acumulada en el terreno militar, al interior del movimiento de masas y en el terreno diplomático alrededor de un campo poco transitado: el político-institucional (o, más específicamente, el ámbito electoral). Al igual que con respecto al diálogo, el FMLN por primera vez intenta incorporar la cuestión electoral como un terreno que podría tener sentido en el marco de la estrategia que, como lo hemos dicho, no se había abandonado.

En septiembre de 1988 -es decir, unos meses antes de dar a conocer su novedosa posición ante el proceso electoral-, el FMLN había iniciado una importante ofensiva militar que, por sus características, evidenciaba cambios sustanciales: golpes simultáneos, combinación de acciones de mediana y gran envergadura, acoso directo a las ciudades, presencia de guerrilla urbana, continuidad operacional, desarrollo de armamento artesanal, entre otras acciones. ¿Como explicar que en medio de un profundo cambio en el accionar militar se recurriera a un arma política de tales dimensiones? Si consideramos a la propuesta electoral en el marco de la estrategia mantenida por el FMLN, las elecciones estarían formando parte de las acciones tendientes a radicalizar a aquella porción del movimiento popular que -en un símil con los años setenta- "aún creía en que los votos harían el cambio".

Es elocuente el análisis que uno de los comandantes del FMLN hace sobre lo que históricamente ha provocado momentos insurreccionales en El Salvador, visión que fue compartida por todas las organizaciones político-militares:

Muchos de los levantamientos insurreccionales han estado ligados a elecciones, a fraudes electorales, porque en la medida que las masas y otros sectores de la población van cobrando conciencia son mayores las posibilidades de que determinadas pretensiones políticas lleguen a radicalizarse. Ya los que tienen conciencia de esa situación constituyen una masa mayor y, por tanto, las posibilidades de jalonar son mayores. Poco hacemos con que haya un grupo con las banderas lo más alto posible, si son pocos los que lo acompañan. (Guardado, en Harnecker, 1993:308).

Quizá podría aducirse que el FMLN lanza su propuesta "apostando" quizá a la tradicional cerrazón de la clase dominante; podría también decirse que, sabiendo eso, la insurgencia la presenta pensando en que el movimiento popular se lanzaría en su defensa y la previsible respuesta gubernamental generaría descontento en la población; igualmente se podría argumentar que el régimen, en caso de aceptar ya sea por presiones o por convencimiento, no aguantaría un proceso real de limpieza en las elecciones puesto que eso iría contra sí mismo; y, finalmente, también sería lógico dudar de que el FMLN cumpliría la parte a la que se comprometía.

Estas y otras apreciaciones, me parece, ya quedan en el terreno de las especulaciones. Fuera de esto que, por otra parte, ya no es posible comprobar, creo que una propuesta como la de enero sobre la cuestión electoral, lanzada en el momento en que ya está andando la fase preparatoria de la contraofensiva, representó un punto de inflexión entre dos estrategias que en esencia eran

contrapuestas pero que indudablemente ya estaban presentes en esa coyuntura. Ninguna de las dos hasta ese momento había entrado en contradicción con la otra y podían, paradójicamente, ir armándose en forma paralela. El camino que la insurgencia fue construyendo alrededor del proceso de diálogo, de los cambios en el programa político-social (que, según algunos, ya desde 1982 denotaba que el FMLN iba "limando lo más radical de su pensamiento") se encuentran al iniciar 1989 con una propuesta sobre elecciones. Si ésta fue una sorpresa, se debió a que sobre lo electoral el FMLN no había mostrado ningún cambio, a diferencia de los otros dos factores que ya habían pasado por cierta metamorfosis.

El FMLN, desde mi punto intentó con la propuesta unir los dos caminos. Pero el intento fue fallido -más allá de la mayor o menor cerrazón política del régimen- porque, después de todo, el esquema guerra-insurrección seguía siendo el principal. No fueron, en ese sentido, "errores de conducción" como el FMLN valoró después, ni falta de previsión sobre lo que habría de generar la propuesta:

...tratando de decir lo fundamental de por qué a partir de la propuesta de enero no se logró una mayor y más amplia movilización de masas, pienso que esto obedeció a un error de conducción nuestra...no fue un problema de las masas el hecho de no salir de inmediato con fuerza en el respaldo de la propuesta, sino de la vanguardia. (Guardado, en Harnecker, 1989:2)

Ni tampoco fue, como consecuencia de esto, un problema de indefinición en el movimiento popular a causa de "los mensajes cruzados" enviados por el FMLN:

...algunos de nuestros cuadros de la ciudad nos plantearon que éste era el momento de salir, pero se habían trabajado orientaciones para las masas que no iban en esa dirección. No iban en la dirección de salir a la calle masivamente, porque lo veían en la dirección de que aquí lo que va es la insurrección y todo el trabajo tiene que ser hacia la

insurrección, sin precisar cuál era la ruta, la meta, los escalones, los peldaños que se tenían que ir alcanzando....(idem)

El problema tenía más fondo. La propuesta electoral de la insurgencia tenía su correspondencia en una estrategia sustancialmente distinta a la que en ese momento se mantenía en pie. Por eso, incluso, el FMLN no supo (ni podía) sacar todo el provecho político que una propuesta de ese carácter implicaba en un contexto de larga guerra como el salvadoreño.

...Todos partíamos de que iba a ser una bomba, pero nadie previó la dimensión, los alcances que llegó a tener, ni todo lo que se prolongó esa coyuntura...Aún después, cuando nos dimos cuenta de las repercusiones que la propuesta había creado, tuvimos el tiempo necesario para poder haber hecho algo, que no hubiera sido lo ideal, pero hubiera sido de mucho impacto.(idem:3)

La propuesta el FMLN logró movilizar, en efecto, a un amplio espectro de la población: todos los partidos políticos, la Fuerza Armada, los sectores populares, la iglesia, los empresarios, la burocracia, las fuerzas políticas en su conjunto, se vieron precisadas a asumir una posición frente a la propuesta. No obstante el clima que ésta generó, las elecciones se desarrollaron "normalmente" y el triunfo de ARENA pareció alejar las posibilidades de reanudar el diálogo. Al poco tiempo, sin embargo, el flamante presidente Alfredo Cristiani logra deslindar su posición frente al diálogo con el FMLN de la que enarbolan los sectores "duros" al interior de su partido.¹⁷

¹⁷ Para caracterizar de manera muy esquemática este aspecto podría afirmarse que había básicamente dos posiciones frente al diálogo al interior de ARENA y las FFAA: estarían, por una parte, los sectores que, en la euforia del reciente triunfo en las urnas, seguían convencidos de que era posible la derrota política y

Los reacomodos inmediatamente posteriores a la victoria electoral de ARENA fueron decantando posiciones respecto al diálogo en el nuevo espectro generado por el regreso de la oligarquía al poder. Las primeras medidas gubernamentales (que fueron principalmente de carácter económico) mostrarían también que se trataba de una "oligarquía" de nuevo signo, es decir, que quien hegemonizaba al interior del bloque dominante que se integró alrededor de ARENA era un sector cuyo objetivo se acercaba más a construir un nuevo modelo económico, que a pretender el regreso al viejo modelo que había mostrado su total agotamiento desde fines de los años setenta.**

Poco tiempo después de su toma de posesión, Cristiani enfrentará la crisis más fuerte de todo su mandato. El FMLN se decide por la ofensiva en noviembre y con ello, en efecto, dará un vuelco impresionante a la situación en el país. De los dos objetivos con que fue lanzada, el segundo se logró. Por primera vez desde el inicio de la guerra, la negociación se consolida como la única vía posible de solución al conflicto armado. La realidad y la fuerza de los hechos, cuyos signos se habían desarrollado paulatinamente a lo largo de todo el proceso, y frente a los cuales

militar del FMLN; y, por otra parte, aquellos sectores que, con una visión más pragmática y valorando la ayuda norteamericana como imprescindible, estarían dispuestos al diálogo, siempre y cuando se llegara a él con la suficiente fuerza política.

** Las primeras medidas económicas fueron implantadas prácticamente sin problemas. No será sino hasta noviembre de ese año en que los empresarios salvadoreños asumirán concientemente que ningún proyecto económico -ya fuera el tradicional o el moderno- tendría viabilidad en el marco de la guerra. Es decir, la ofensiva del FMLN mostrará, entre otras cosas, que la paz era el requisito esencial para echar andar el proyecto económico que se pretendía para el país.

las organizaciones político-militares fueron dando respuestas firmes pero aisladas, se presentaron de tal manera claros que para el FMLN dejaron de ser datos del contexto para convertirse en una exigencia para tomar la decisión más trascendental: afianzar el viraje de la estrategia bajo la cual surgió y acumuló un enorme potencial político-militar.

El FMLN entra, así, a la ruta de la negociación política. De enero de 1990 a enero de 1992 habrá de sortear todavía muchas batallas aunque en un terreno distinto. La ofensiva de noviembre de 1990 -ya instalada totalmente la mesa de negociación- incluso tendrá un signo totalmente diferente a toda la actividad militar que desde 1981 había desplegado la insurgencia (y donde también mostró su talento de estrategia). Esa acción, ubicada en el terreno militar, tuvo por primera vez desde el inicio de la guerra, otro objetivo, distante de aquel dirigido a tomar el poder: en 1990 el despliegue de fuerza militar se realizó para empujar la negociación política que para esos momentos estaba empantanada.

La toma del poder no era más el objetivo estratégico. Ahora el objetivo era lograr las transformaciones políticas que democratizaran al país y las reformas económicas. Para ello era necesario lograr que los Acuerdos, además de concluir la guerra, crearan paralelamente el marco nacional adecuado para las necesarias reformas políticas que el país demandaba. Los puntos que tocó el Acuerdo final no por casualidad se centraron en: reformas al estatuto de las Fuerzas Armadas y creación de la Policía Nacional Civil; reformas al Poder Judicial y a la legislación electoral; el tema económico social; garantías par la participación

política del FMLN; y cese del enfrentamiento armado¹⁹. En otras palabras, esos aspectos estaban dirigidos a lograr el desmantelamiento del poder político de las Fuerzas Armadas -columna vertebral del viejo régimen-, la creación de un mínimo de condiciones políticas que aseguraran una participación política real del conjunto de fuerzas, y reformas económicas (básicamente alrededor de la tenencia de la tierra en las zonas de conflicto a fin de dotar a los ex-combatientes).

El viraje estratégico que puso a la negociación como el eje fundamental, implicaba también otros cambios importantes: en primer lugar, cambios en la visión que de sí mismo tenía el FMLN en tanto vanguardia del proceso de cambio, es decir, de ser insurgencia armada, se convertiría en partido político; en segundo lugar, cambia su concepción en cuanto al carácter de la revolución: en el horizonte lejano queda la revolución socialista, ahora la revolución será "democrática"; y, por último, varía incluso la concepción misma de cómo provocar el cambio social: éste no necesariamente se realizará a partir de la destrucción del aparato estatal y una vez que se tome el poder, sino como un proceso que en la búsqueda por ganar espacios y profundizar la democracia vaya construyendo formas distintas de relación con la sociedad.

Por lo demás, bajo la nueva óptica, "estar en el poder" no será en base a un triunfo político-militar, sino en base a un triunfo en las urnas y en los espacios legales que se vayan

¹⁹ El texto completo de los Acuerdos, así como los documentos desde los Acuerdos de Ginebra hasta la Declaración de Chapultepec (además de los concernientes a los cuerpos de seguridad y el calendario de verificación), se encuentran en: (ONU, 1992).

ganando. Estamos, pues, ante nuevos objetivos, ante un carácter y concepción distintos del cambio social y ante una vía diferente de crear y consolidar el cambio.

¿Cómo evaluar que el FMLN haya aceptado finalmente la negociación como fórmula para dar fin al conflicto? ¿Traición a los principios? ¿Debilidad política del FMLN?, o bien, ¿reconocimiento de la "situación concreta" y adecuación de la estrategia a ella? Desde mi punto de vista, dadas las condiciones nacionales e internacionales, la negociación era la única forma posible en esos momentos para evitar la pérdida de la acumulación político-militar. Negociar desde una posición de fuerza -no olvidemos que el FMLN no se se sienta a la mesa tras una derrota- fue reconocer que dicha fuerza, en el contexto nacional que ya se había configurado- sólo sería útil para la solución política. De lo contrario, gradualmente, se iría desgastando. El contexto nacional y mundial no auguraba ningún cambio mínimamente favorable.

Las diversas piezas del rompecabezas se unieron en 1989 y mostraron que, a pesar del camino andado, de los costos humanos que implicó seguir esa ruta, del heroísmo y valor invertidos por todos y cada uno de los salvadoreños que decidieron el cambio para su país, era necesario aceptar que el contexto ya era otro. El campo de batalla se trasladó, primero, a una mesa de negociación donde debía expresarse el potencial político y militar acumulado; y, después, el campo de batalla se transformó en espacios de lucha institucional. En el Castillo de Chapultepec en la Ciudad de México, con la firma de los históricos Acuerdos de Paz, el FMLN dió fin a una larga historia como movimiento armado. Unos cuantos días

después, a su llegada al aeropuerto de San Salvador iniciaban otra, ahora como partido político.

PARA INICIAR EL BALANCE.

Contra lo que se acostumbra, no quise que estas últimas páginas tuvieran como título la palabra "conclusiones". Primero, porque si somos fieles al significado, sería tanto como "poner fin a algo". No pretendo (ni quiero) dar fin a una historia que continúa, no obstante que sea de una manera distinta y, por cierto, no como se previó al iniciar la década de los ochentas. Bajo nuevas formas, en efecto, el proceso político en El Salvador sigue su curso.

Segundo, porque me pareció más conveniente que estas últimas líneas fueran planteadas como un resumen de ideas en la mesa del debate, pues la experiencia armada salvadoreña concluyó por lo pronto en ese país, pero no necesariamente se ha agotado en América Latina. Podemos estar o no en desacuerdo con la adopción de la vía armada -algunos motivados por lo doloroso y traumático que esto resulta para una sociedad; algunos porque consideran que en los tiempos que corren, las armas son un instrumento obsoleto para construir sociedades menos injustas-, pero más allá de las "preferencias" personales, pareciera que nuestra América Latina sigue adoleciendo de las mismas causas que hasta ahora han propiciado el surgimiento de movimientos armados.

Este recuento, por tanto, no quiere "concluir" sino participar de un debate que hasta hace poco sólo en apariencia se creía agotado e inútil.

* * * * *

En lo adecuado o no de una estrategia política intervienen muchos factores, los cuales resumi en un elemento que los

involucra: la situación sobre la cual esa estrategia pretende incidir. Las valoraciones que podamos hacer en torno a una estrategia política son una parte del análisis; la otra, es la incorporación del contexto en que habrá de desarrollarse y para el cual fue pensada. Una y otra no deberían desligarse más que para los efectos del trabajo analítico, porque en la realidad ambas se mantienen estrechamente unidas. Estrategia y momento político forman parte de un binomio que nos permite ubicar el nivel de pertinencia de un planteamiento político y, quizá incluso, su viabilidad.

Alrededor de este marco, he recorrido lo que fue la acción de las organizaciones político-militares en El Salvador, buscando principalmente aquellos elementos que pudieran explicar algo en apariencia paradójico: el FMLN no alcanzó el objetivo estratégico que se proponía, pero no fue una insurgencia derrotada. Lo que he tratado de mostrar a lo largo de este trabajo es que la explicación estaría en un hecho que me parece importante introducir en el debate: la estrategia que como movimiento armado asumió el FMLN se desfasó de la situación política.

El esquema estratégico (unir guerra e insurrección) no logró empatar en ninguno de las fases del proceso político. En 1980 la balanza estaba inclinada hacia la insurrección y no existía la fuerza militar que la sustentara; en 1981, teniendo la fuerza militar, la insurrección no se presentó; y, finalmente, tampoco en 1989 con el gran poder militar del FMLN, la insurrección ya no era posible. El reloj de la guerra y el reloj de la insurrección no lograron sincronizarse.

Mientras la insurgencia -siguiendo este símil- se mantuvo en el intento permanente por poner los dos relojes a la misma hora, el tiempo político de la clase dominante salvadoreña se amplió. De tener casi los minutos contados, pasó a disponer del tiempo suficiente para, paulatinamente, rearticular su poder. En este proceso -dificultado por una insurgencia que se fortalecía cada vez más, pero simultáneamente facilitado con la ayuda norteamericana- la clase dominante fue haciendo los cambios internos necesarios para eliminar a una oligarquía tradicional severamente golpeada, al tiempo que reconstruía el sistema político. En el más claro espíritu "gatopardista" el nuevo esquema de dominación cambió: no tanto como para afirmar que El Salvador era un país diametralmente distinto al de antes de la crisis política; pero sí lo suficiente como para desfazar la estrategia revolucionaria.

Si el proceso de institucionalización -como aquí le he llamado- fue largo y contradictorio se debió a que, con todo y el respaldo norteamericano, el FMLN nunca sufrió una derrota. Y, no obstante, en medio de la guerra, esa clase dominante fue refuncionalizando el sistema. En cada proceso electoral, fue recuperando la legitimidad perdida y abriendo cauces -sólo aquellos que le convenían y sólo al nivel suficiente para dar credibilidad a su proyecto pero cuidando que no fueran aprovechados por el FMLN- para permitir que los partidos se convirtieran nuevamente en una opción para la participación política. La llamada "tercera fuerza" fue adquiriendo una presencia política cada vez más sólida. El movimiento popular, actor fundamental de la estrategia insurgente, cambió también, involucrando nuevos actores en convivencia con los

ya conocidos, enarbolando nuevas demandas surgidas al calor de la coyuntura, mezcladas con las viejas exigencias no resueltas.

Y estas transformaciones dentro del país -en las que, reiteramos, la presencia norteamericana, fue elemento clave- se empezaron a empatar con un panorama regional que también se modificaba. A finales de esa década tres hechos mostraron cuánto había cambiado en la región: el FMLN a pesar de la acumulación lograda y que muestra en toda su plenitud en noviembre de 1989, no toma el poder; toda la potencia militar norteamericana invade a la nación panameña; el gobierno sandinista que se instaló en el poder con el respaldo de una insurrección popular y que derrotó a dos ejércitos (al somocista y al contrarrevolucionario), no pudo evitar la contundencia de las papeletas electorales. Tres hechos que quizá en sí mismos dicen poco, pero que al verlos sucederse uno tras otro, llamaron en su momento la atención sobre cuánto se estaba transformando la realidad.

Pero más allá incluso de las fronteras regionales, el mundo entero en los años ochenta vivía también cambios profundos. Los cambios en El Salvador y los cambios regionales, con tiempos y ritmos distintos, se profundizaron y redefinieron al encontrarse con todo lo que se transformaba a nivel mundial. Más que un cambio en la coyuntura, el país, la región, el mundo entero estaba viviendo el paso de una época a otra.

La ruta general que se plantearon las organizaciones político-militares tras las elecciones de 1977 fue adecuada a una situación política dominada por los sectores más duros del ejército y la oligarquía que no estaban dispuestos a la más mínima reforma del

sistema político, no obstante que éste ya mostraba signos de agotamiento. Frente a la escasa fuerza de los sectores modernizantes de la clase dominante -para quienes la oligarquía tradicional y su ejército se habían convertido en un obstáculo para su proyecto-, emergió bajo el impulso de las organizaciones político-militares el proyecto popular y adquirió altos niveles de radicalidad, inicialmente como producto de la represión gubernamental y, más tarde, como un proceso lógico a pesar de ella.

El FMLN se enfrentó a una verdadera clase dominante estructurada, organizada, con cimientos sólidos en una estructura económica que, independientemente de su arcaísmo, le había otorgado fuertes bases de sustentación. No fue, por ejemplo, el caso nicaragüense ni el cubano, donde el sistema de dominación se fincaba sobre una sola cabeza, fácilmente identificable. La salvadoreña es una clase dominante de larga trayectoria y experiencia política que nace con el cultivo cafetalero desde fines del siglo XIX y desde ahí empieza a formarse y a dominar.

Seramente debilitada por sus propias contradicciones internas, esta clase dominante logra captar en la década de los ochenta que, frente al proyecto popular, lo que estaba en juego era su propia sobrevivencia como clase. De ahí que para evitar las fracturas internas que hubiesen permitido la victoria de su oponente, decide aplastar las opciones reformistas surgidas del propio núcleo dominante (representadas en 1979 por la juventud militar) y recurrir a la represión más despiadada.

Al revisar la situación que se desarrolla tras los Acuerdos de Paz firmados en 1992 es claro -como plantea Carlos Vilas en la introducción a su sugerente balance de la Centroamérica de los años ochenta- que "...los revolucionarios salvadoreños avanzan en medio de dificultades hacia su conversión en partido político en un sistema que se parece mucho más al que combatieron durante más diez años que al que trataron de crear a través de esa lucha..." (Vilas, 1994: Introducción). Esto es dramáticamente cierto. Fue necesaria una gran movilización social, una guerra y 75,000 muertos para modificar, así haya sido en mínima medida, un sistema político profundamente autoritario y represivo. Un sistema que, sintomáticamente, hasta los años setenta no soportaba siquiera la mención del término "reforma agraria" y exigía que, en todo caso, se hablara de "transformación agraria". Es esta característica del modelo la que nos lleva también a asumir que, en última instancia, los cambios no fueron tan superficiales. No llegaron a ser como los pensó la insurgencia y como los requería el país, pero sí fueron tremendamente distantes de lo que el sistema por sí mismo y sin la presión popular hubiese podido generar.

Coincido plenamente con Carlos Figueroa en que "La gran tragedia para Centroamérica es que el estallido revolucionario se dió en un momento en el cual en el mundo dos épocas se estaban encontrando, una muriendo (la del flujo revolucionario mundial de la segunda posguerra) y la otra naciendo (la ofensiva conservadora encarnada en el neoliberalismo, la crisis del Estado de bienestar y la debacle del socialismo real)" (Figueroa, 1996: 107).

La estrategia de la insurgencia salvadoreña pasó así, de la imposibilidad de triunfar cuando despuntaban los años ochenta, al desfase en el transcurso de la década para, al finalizar ésta, hacerse inviable.

+ + + + +

Hasta aquí, un breve resumen de lo que hemos desarrollado a lo largo del escrito. Pero creo que -también para el debate- quedan algunas preguntas por hacer. Son algunas de las muchas que podemos, desde el presente, hacerle al pasado, con toda la carga que esto conlleva.

¿Las organizaciones político-militares debieron haber aceptado en 1979 la fórmula política reformista que hubiese permitido desplazar a la vieja oligarquía y refundar a la nación bajo una lógica distinta? Dicho de otro modo, si al cabo de diez años de guerra se llegó en esencia a lo mismo, ¿hubiese sido posible evitar la guerra si en 1979 las organizaciones político-militares hubiesen apoyado la salida reformista que pretendió liderar la Juventud Militar, aunque eso hubiese significado dejar a un lado el proyecto de cambio revolucionario? En aquella coyuntura la insurgencia se decidió por lo último y con ello, ciertamente, abonaron en el debilitamiento de la opción reformista.

Y quizá mucho más impactante que eso, ¿Hubiese sido posible evitar tantos costos humanos producto de la guerra, si el FMLN hubiese estado dispuesto a dar el viraje estratégico mucho antes de 1989?

Pero, ¿una organización revolucionaria no está obligada a cumplir con los objetivos que se propone y evitar se queden a la mitad del camino? La pregunta, entonces, debería tener un sentido distinto: ¿era viable en la coyuntura generada entre octubre de 1979 y 1980 acelerar las contradicciones políticas para hacer posible el triunfo de una propuesta que no quería "cambiar las cosas para que todo siguiera igual"? Yo contesto afirmativamente. Entre octubre de 1979 y la primera mitad de 1980 la opción de toma del poder -objetivo central de la estrategia de las OPM- era viable.¹ La polarización no la pudo detener nadie y lo que quedó claro en el panorama fue que frente a frente estaban dos proyectos políticos, dos percepciones sobre el futuro del país a tal grado distintas que la ejecución de una dependía de la desaparición de la otra.

Para evitar caer en el terreno de "lo que pudo haber sido y no fue", yo creo que debemos intentar respuestas que, desde el presente, tengan perspectiva hacia el futuro. Es decir, estas y otras preguntas sobre el proceso salvadoreño y, en particular, sobre el papel de las organizaciones político-militares, deberíamos plantearlas en función de rescatar las enseñanzas del pasado. Responder estos cuestionamientos en base a la experiencia insurgente salvadoreña y dejarla exclusivamente en ese marco nacional, tendría una dramática conclusión, una aseveración injusta

¹ Como se comprenderá otra es la discusión sobre si, de haber tomado el poder, el FMLN sería capaz de impulsar un proyecto popular. Aquí la discusión no es si su propuesta de cambio que requería, según su concepción, de tomar el poder estatal podría o no haberse ejecutado; sino, si la percepción de que era posible un asalto al poder era o no correcta en esa coyuntura.

y una limitante. La primera nos llevaría por el terreno de la desesperanzadora pregunta que de cara a todos los procesos revolucionarios que se desarrollaron en la región durante los años ochenta, muchos nos hicimos y quizá nos sigamos haciendo: ¿valió la pena tanta sangre y destrucción para que finalmente las cosas cambiaran en el sentido tan limitado en que cambiaron?

La aseveración injusta a la que se podría llegar -y que, de hecho muchos llegaron- al revisar la historia del proceso salvadoreño sin tener una perspectiva de futuro, es que consideremos a los movimientos armados culpables de la violencia y el terror, evitando enjuiciar a las estructuras, a las instituciones y a los agentes que en su decisión por mantener el estado de cosas, no dudaron en aplicar su poder bajo el signo de la exclusión, de la violencia y del terror.

En cuanto a la limitante, responder esas preguntas sin salir del contexto salvadoreño nos impediría trasladarlas a futuras experiencias en América Latina. Sobre todo porque, contra lo que pueda ser la corriente actual o los deseos personales, ciertamente el capítulo de las insurgencias armadas no ha concluido.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS.

- Alas, Higinio. El Salvador ¿por qué la insurrección?, San José, Secretariado Permanente de la CDHCA, 1982.
- Armstrong, R. y Rubin, J.S. El Salvador (El rostro de la revolución), 3a. ed., San Salvador, UCA Editores, 1986.
- Bambirra, Vania. "Diez años de insurrección en América Latina", en Varios, América Latina, dependencia y subdesarrollo, 2a. ed., Costa Rica, EDUCA, 1975.
- La revolución cubana. Una reinterpretación, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1977.
- Benítez M., R. La teoría militar y la guerra civil en El Salvador, San Salvador, UCA, 1989.
- Bermúdez, Lilia y Raúl Benítez M. "Los 'combatientes de la libertad' y la guerra de Baja Intensidad contra Nicaragua", en Varios. EE.UU. contra Nicaragua. La Guerra de Baja Intensidad en Centroamérica, Madrid, Ed. Revolución, Textos Breves, 1987.
- Reagan contra Centroamérica. La guerra de baja intensidad, México, Siglo XXI, 1988.
- Política y defensa de Reagan a Clinton. Promoción de la democracia y Guerra de Baja Intensidad en tres estudios de caso, Tesis para obtener el grado de Maestra en Estudios Latinoamericanos, México, FCPYS/UNAM, 1995.
- Cabarrús, Carlos. Génesis de una revolución. Análisis del surgimiento y desarrollo de la organización campesina en El Salvador, México, Ed. de La Casa Chata, 1983.
- Cabezas, Omar. Canción de amor para los hombres, Managua, Ed. Nueva Nicaragua, 1988.
- Cariás, Marco V. y Daniel Slutzky, et.al. La guerra inútil. Análisis socioeconómico del conflicto entre Honduras y El Salvador, San José, EDUCA, 1971.
- Carpio, Salvador Cayetano. (Cmdte. Marcial). La huelga general obrera de abril. El Salvador, El Salvador, Ed. Farabundo Martí, Col. Anastasio Aquino, s.f.
- Castellanos Moya, Horacio. "Insurgencia y contrainsurgencia", en Centroamérica en la Mira, México, SALPRESS, nos. 4-5, enero-abril 1984.
- Castro, José R. "El plan contrainsurgente norteamericano en El Salvador", en Centroamérica: la guerra de baja intensidad, Managua, Cuadernos de Pensamiento Propio, CRIES, 1986. [pp. 58-61 sobre estructura de ej. en cuerpos de seg.]

- Castro Morán, Mariano. Función política del ejército salvadoreño en el presente siglo, San Salvador, UCA, 1984.
- Cavalla, Antonio. Estados Unidos-América Latina: fuerzas armadas y defensa nacional, México, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1980.
- CINAS. El Salvador: guerra, política y paz (1979-1988), San Salvador, CINAS, 1988.
- CECARI. Boletín CECARI, México, CECARI, núm. 14, diciembre 1989-enero 1990.
- Cienfuegos, Fermán. Veredas de la audacia. Historia del FMLN, Managua, Ediciones Roque Dalton, 1989.
- El Salvador: democracia y desmilitarización, Managua, Ediciones Roque Dalton, mayo 1990.
- El Salvador. La revolución inevitable, Managua, Ediciones Roque Dalton, 1991.
- Clements, Charles. Guazapa. Testimonio de guerra de un médico norteamericano, San Salvador, UCA Editores, 1986.
- Comisión de la Verdad. De la locura a la esperanza. La guerra de 12 años en El Salvador. Informe de la Comisión de la Verdad para El Salvador, San Salvador/Nueva York, Naciones Unidas, 15 de marzo 1993.
- Córdova, R. y Benítez, R. La paz en Centroamérica. Expediente de documentos fundamentales 1979-1989, México, CIIH/UNAM, 1989.
- "La militarización de América Central (1980-1985)", Ponencia presentada en el XVI Congreso Latinoamericano de Sociología, Río de Janeiro, Brasil, 2-7 marzo 1986.
- Cuenca, Breny. La primera Administración Reagan y El Salvador, México, CECARI, Cuadernos CECARI, núm. 1, junio 1986.
- Dalton, Roque. ¿Revolución en la revolución? y la crítica de derecha, La Habana, Casa de las Américas, Cuadernos CASA, no. 9, 1970.
- Las historias prohibidas de El Pulgarcito, México, Siglo XXI, 1974.
- Doljanin, Nicolás. Chalatenango la guerra descalza. Reportaje sobre El Salvador, México, Ediciones El Día, 1982.
- FARN. Apuntes para el estudio de 13 años de la historia de la Resistencia Nacional, El Salvador, s.e., 1983.

- Figueroa Ibarra, Carlos. "Violencia política e insurrección armada en Guatemala (1954-1995)", en Carlos Figueroa (comp.) América Latina. Violencia y miseria en el crepúsculo del siglo, México, ALAS/UAP, 1996).
- Flores Pínel, Fernando. "El Estado de Seguridad Nacional en El Salvador", en Varios. Centroamérica en crisis, México, El Colegio de México, 1980.
- FMLN. Parte de guerra no. 1, San Salvador, Comisión de Prensa y Propaganda del FDR, 10 de enero 1981.
- "Situación revolucionaria y escalada intervencionista en la guerra salvadoreña (Documento aprobado por la Comandancia General en reuniones de diciembre de 1983 en Morazán)", en Cuadernos Políticos, México, ERA, núm. 39, enero-marzo 1984.
- FMLN. Concepción de la contraofensiva estratégica, Reunión Comandancia General noviembre de 1986, El Salvador, enero 1987.
- FMLN/FDR. Plataforma Programática del Gobierno Democrático Revolucionario, Representación en México del FMLN/FDR, 1981.
- FPL. ¿Qué son las FPL?, s.l., Edición Internacional de las FPL, 1980.
- Gaspar Tapia, Gabriel. El Salvador. El ascenso de la nueva derecha, San Salvador, CINAS, 1989.
- Gilly, Adolfo. Guerra y política en El Salvador, México, Ed. Nueva Imagen, 1981.
- González Janzen, Ignacio. La batalla de El Salvador, México, Ed. Prolibro, 1981.
- Gordon, Sara. Crisis política y guerra en El Salvador, México, Siglo XXI, 1989.
- Guardado, Facundo. Los resultados de una metodología correcta para movilizar a las masas, (entrevista de Martha Harnecker), El Salvador, Ed. Farabundo Martí, agosto 1987.
- Movimiento de masas urbano en situación de guerra, (entrevista de Martha Harnecker), San Salvador, Ed. Farabundo Martí, junio 1989.
- Guidos Véjar, Rafael. "La crisis política de El Salvador. 1976-1979", en ECA, San Salvador, año XXXIV, núms. 369-370, julio-agosto 1979.
- El ascenso del militarismo en El Salvador, San Salvador, UCA, 1980.

- Guzmán, Enrique (Ed.). Balace de una esperanza. Esquipulas II un año después, Costa Rica, FLACSO/CSUCA/UNV, 1988.
- Halliday, Fred. Génesis de la segunda guerra fría, México, Coordinación de Humanidades/FCE, 1989.
- Handal, Shafick J. "Consideraciones acerca del viraje del Partido Comunista de El Salvador hacia la lucha armada", en Fundamentos y Perspectivas, San Salvador, revista teórica del PCS, no. 5, abril 1983.
- Harnecker, Martha. Con la mirada en alto. Historia de las FPL a través de sus dirigentes, San Salvador, UCA Editores, 1993.
- Pueblos en armas....
- Insulza, José Miguel. "Centroamérica y Estados Unidos", en Estados Unidos. Perspectiva Latinoamericana (Cuadernos Semestrales), México, CIDE, núm. 17, primer semestre 1985.
- Isaula, Roger. Honduras: crisis e incertidumbre nacional (Hacia un análisis de coyuntura 1986-1987), Tegucigalpa, Editores Unidos, 1988.
- Jiménez, Eddy E. La guerra no fue del fútbol, La Habana, Casa de las Américas, 1974.
- López Vigil, José I. Las mil y una historias de Radio Venceremos, San Salvador, UCA Editores, 1991.
- Lungo Uclés, Mario. "Las nuevas Fuerzas Armadas salvadoreñas, un obstáculo para la democracia", en Nueva Sociedad, Caracas, núm. 81, enero-febrero 1986.(a)
- El Salvador 1981-1984: la dimensión política de la guerra, San Salvador, UCA, Col. Premio Nacional UCA, 1986.(b)
- "El terremoto de octubre de 1986 en San Salvador", en Cuadernos de Investigación, Costa Rica, CSUCA, enero 1987.(a)
- 1986: la lucha de masas avanza en El Salvador, San José, CSUCA, 1987.(b)
- La lucha de masas en El Salvador, San Salvador, UCA Editores, 1987. (c)
- "El Salvador en los ochentas: guerra, elecciones y perspectivas", San José, Costa Rica, CSUCA, 1989.
- Maira, Luis. "El Estado de Seguridad Nacional en América Latina", en González Casanova, Pablo (Coord.), El Estado en América Latina. Teoría y Práctica, México, Siglo XXI/UNU, 1990.

- Martín-Baró, Ignacio. "La guerra civil en El Salvador", en ECA, San Salvador, año XXXVI, nos. 387-388, enero-febrero 1981.
- Menjívar Larín, Rafael. Formación y lucha del proletariado industrial en El Salvador, El Salvador, UCA, 1979.
- Menjívar Larín, Rafael. "El Salvador: el eslabón más pequeño", en Le Monde Diplomatique, México, septiembre 1980.
- Moreno, Francisco A., "Estrategias de lucha de la izquierda salvadoreña", en Cuadernos Políticos, México, ERA, núm. 28, abril-junio 1981.
- ONU. Acuerdos de El Salvador en el camino de la paz, Nueva York, ONUSAL/ONU, julio 1992.
- Páez Montalbán, Rodrigo. "Centroamérica 1989. Un año excepcional", en Boletín CECARI, México, núm. 14, diciembre 1989-enero 1990.
- PRTC. Sobre el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC), su concepción y estado actual de su desarrollo, mimeo, El Salvador, diciembre 1979
- Salazar Valiente, Mario. "El Salvador: crisis, dictadura, lucha...(1920-1980)", en González Casanova, P. (coord.). América Latina. Historia de medio siglo, tomo II, México, Siglo XXI, 1981.
- Samaniego, Carlos. "¿Movimiento campesino o lucha del proletariado rural en El Salvador?", en Revista Mexicana de Sociología, México, UNAM, núm. 2, abril-junio 1980.
- Samayoa, Salvador y Galván, Guillermo. "El movimiento obrero en El Salvador ¿Resurgimiento o agitación?", en ECA, San Salvador, año XXXIV, nos. 369-370, julio-agosto 1979.
- Sánchez Ramos, Irene. "De Vietnam a Centroamérica. Estrategia de Estados Unidos en El Salvador y Nicaragua", en Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, México, FCPYS/UNAM, año XXXII, nueva época, núm. 126, octubre-diciembre 1986.
- "La nueva estrategia contrainsurgente en El Salvador", en Estudios Latinoamericanos, México, CELA/FCPYS, núm. 7, enero-junio 1987.
- "El conflicto centroamericano entre la Reunión de Esquipulas y la Reunión de San José", en Política: Teoría y Acción, República Dominicana, año 9, no. 97, abril 1988.
- "Caracterización del diálogo-negociación en El Salvador", en Estudios Latinoamericanos, México, CELA/FACPYS, núms. 6-7, enero-diciembre 1989.

- "El marco externo de la negociación en El Salvador", en El País, San Salvador, núm. 1, junio 1990.
- Selser, Gregorio. Honduras, República alquilada, México, Mex-Sur, 1983.
- El Documento de Santa Fe, Reagan y los Derechos Humanos, México, Alpa Corral, 1988.
- Serrano, Vicente. "Génesis y consolidación del movimiento revolucionario en El Salvador (1930-1980)", en Cuadernos Farabundo Martí, vol. I, noviembre 1980.
- Taibo, Paco Ignacio. Ernesto Guevara, también conocido como El Che, México, Planeta/Joaquín Mortiz, 1996.
- Universidad Centroamericana. "El paro nacional de los días 13, 14 y 15 de agosto", en ECA, julio-agosto, 1980, pp. 717-719.
- Universidad Centroamericana. El Salvador, Proceso, San Salvador, año 6, no. 222, 27 enero 1986.
- In Memoriam, ECA, San Salvador, año XLIV, núm.s 493-494, noviembre-diciembre 1989.
- ECA, San Salvador, año XLV, núm.s. 495-496, enero-febrero 1990.
- "Investigación de IDHUCA sobre violación a derechos humanos 1975-1993)", en El Salvador, Proceso, San Salvador, UCA, año 14, núm. 603, 16 marzo 1994.
- Valencia, Elizabeth y Ruiz, Eliseo. Para una periodización del desarrollo del movimiento urbano de masas en El Salvador, Ponencia presentada en elVII Congreso Centroamericano de Sociología, Guatemala, octubre 1988.
- Valle, Víctor. Siembra de vientos. El Salvador 1960-69, San Salvador, CINAS, 1993.
- Varios. El Salvador: alianzas políticas y proceso revolucionario, México, SEPLA, Cuadernos de coyuntura, núm. 5, 1980.
- Vilas, Carlos M. Mercado, Estados y revoluciones. Centroamérica 1950-1990, México, CIIH/UNAM, Col. Alternativas, 1994.
- Villalobos, Joaquín. "Acerca de la situación militar en El Salvador", en Cuadernos Políticos, México, ERA, núm. 30, octubre-diciembre 1981.
- "De la insurrección a la guerra", (entrevista de Martha Harnecker), en Punto Final, México, núm. 204, noviembre-diciembre 1982.

¿Por qué lucha el FMLN?, Morazán, El Salvador, Ediciones Sistema Radio Venceremos, 1983.

El estado actual de la guerra y sus perspectivas, Managua, Ediciones Sistema Radio Venceremos, 1986.